

se

José Eduardo Agualusa

Estación de lluvias



Lectulandia

Estremecedora y sugerente, narrada con un ritmo a veces vertiginoso, «Estación de lluvias» no perdona nada ni a nadie: describe los horrores de la guerra de Angola, con su lado más oscuro y sombrío. Sin embargo, al mismo tiempo nos muestra el lado más luminoso y exuberante. Realidad y ficción, magia e historia... fragmentos de universos que conviven y que se funden en un mosaico de gran poder envolvente, alrededor del personaje de Lúcia do Carmo Ferreira, una escritora que vivió y padeció en primera persona todos los sucesos narrados.

Sueño y realidad se entremezclan dentro del relato hasta el punto de hacernos olvidar que Lúcia es un personaje de ficción. Nada puede ser más elogioso para un escritor que este equívoco. Es una demostración de la fuerza narrativa del texto y de la capacidad de Agualusa para crear universos de ficción con vida propia, valiéndose para ello de unas técnicas narrativas muy especiales y personales, con las que consigue transportar a los personajes por encima del espacio y del tiempo.

Un relato implacable que se puede considerar, sin lugar a dudas, una de las creaciones literarias más conmovedoras de la literatura moderna africana escrita en portugués y la obra más notable sobre la historia contemporánea de Angola. Un testamento nunca antes dado sobre la historia reciente de este país.

Lectulandia

José Eduardo Agualusa

Estación de lluvias

ePub r1.1

Titivillus 08.02.2017

Título original: *Estação das Chuvas*

José Eduardo Agualusa, 1996

Traducción: Rosa María Martínez Fernández & José Luis Sánchez González

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En memoria de Mário Pinto de Andrade

AGRADECIMIENTOS

Este libro le debe mucho a algunos amigos que me ayudaron durante el trabajo de investigación y documentación o que estuvieron dispuestos a compartir conmigo sus recuerdos. Entre ellos no puedo dejar de mencionar los nombres de Amável Fernandes, Ana Major, Ana Mafalda Leite, Antonio Ennes Ferreira, Elke Schmid, Francisca van Dunem, Vicente Pinto de Andrade, João van Dunem, Jorge Silva, José Gonçalves, Nelson Pestana (Bonavena), Orlando Sérgio, Rui Ramos, Luandino Vieira, Maria Alexandre Dáskalos (que le echó el tarot a Lúdia), Ana Paula Tavares, Noelma Viegas de Abreu y, naturalmente, Mário Pinto de Andrade.

EL PRINCIPIO

«En nombre del pueblo angoleño, el Comité Central del Movimiento Popular de Liberación de Angola, MPLA, proclama solemnemente ante África y el mundo la independencia de Angola. A esta hora, el Pueblo Angoleño y el Comité Central del MPLA guardan un minuto de silencio y determinan que vivan para siempre los héroes caídos por la independencia de Angola».

*Agostinho Neto, en Luanda, a las cero horas y veinte minutos
del día 11 de noviembre de 1975*

CAPÍTULO 1

Aquella noche Lída soñó con el mar. Era un mar profundo y transparente, y estaba lleno de unas criaturas lentas que parecían hechas de la misma luz melancólica que hay en los crepúsculos. Lída no sabía dónde estaba, pero sabía que aquello eran medusas. Mientras despertaba, aún pudo distinguir las paredes, y fue entonces cuando se acordó de la abuela, doña Josephine do Carmo Ferreira, alias Nga Fina Diá Makulussu, famosa intérprete de sueños. Según la anciana, soñar con el mar era soñar con la muerte.

Abrió los ojos y vio el gran reloj de péndulo sujeto a la pared. Pasaban veinte minutos de la medianoche. Angola ya era independiente. Pensó en ello y se asombró de estar allí, tumbada en aquella cama, en la vieja casa de las Ingombotas. ¿Qué hacía en aquel país? Una pregunta inútil que la atormentaba todos los días.

Pero en aquel momento tenía otro sentido: ¿qué hacía ella allí?

Estaba lúcida y no sentía nada, ni la amargura de los derrotados, ni la euforia de los vencedores (esa noche era las dos cosas al mismo tiempo). «Es la noche de la mantis», pensó. Y se vio a sí misma, recién nacida, con una gran mantis posada en el pecho.

Cuando era pequeña, el viejo Jacinto le había hablado de eso: «Al poco de nacer, tu madre te miró y vio que tenías una mantis enorme posada en el pecho». Mucho más tarde, la abuela Fina le volvió a recordar el episodio. Le dijo: «La vida te va a comer».

Aquel mes, la abuela Fina había cumplido ciento cinco años, pero seguía siendo práctica y fuerte, como siempre había sido. Lída creía en todo lo que decía, incluso en los presagios. Pensó en despertar a la anciana para contarle el sueño, pero no se movió. No tenía fuerzas. Respiró profundamente el aire saturado de perfume de *quicombo*^[1] y se sintió más liviana. A sus oídos llegaba un rumor remoto y rotundo; no lograba distinguir los diferentes sonidos, pero sabía que eran tiros, explosiones, gritos de dolor, de rabia y de euforias. Casi todos eran ecos de ira, pero también debía de haber gemidos de amor, ladridos de perros, el profundo latir de los corazones. Lída pensó en Viriato da Cruz, pensó en la muerte, pensó que, más allá de las ventanas cerradas de su habitación, la vida proseguía. Se sentó en la cama, estiró el brazo y de la mesita de noche sacó un pequeño cuaderno de tapa negra, alargado, de esos en los que los tenderos anotan a lápiz las cuentas del día.

«Ahí afuera la vida ocurre», escribió. Tachó la frase y volvió a escribir: «Ahí afuera la vida ocurría / en su entero y bruto esplendor».

Después hizo un círculo alrededor de los dos versos y añadió la fecha: «11 de noviembre de 1975».

CAPÍTULO 2

En la plaza Primero de Mayo, el presidente hablaba a la multitud. Poco antes de subir a la tribuna, un joven oficial había saltado de un jeep para entregarle un mensaje del comandante Jacob Caetano, más conocido como Monstruo Inmortal. La situación era crítica: las columnas sudafricanas habían subido ochocientos y pico kilómetros arrasando los frentes sur y centro. Ahora se preparaban para tomar la pequeña ciudad de Novo Redondo. En Quifangondo, a una distancia tan corta que cuando el viento soplaba más fuerte la plaza se llenaba de la tos nerviosa de las ametralladoras, militares cubanos combatían al lado de las FAPLA^[2] contra antiguos comandos portugueses, tropas regulares del ejército zairense y guerrilleros de Daniel Chipenda y Holden Roberto.

Balas brillantes veteaban la noche y nadie sabía decir si formaban parte de los festejos o del aparato de guerra. El cielo de la ciudad se había transformado en una inmensa trampa. El destino de Luanda era tan inseguro que muchas de las delegaciones invitadas a asistir a la ceremonia, incluyendo la de la Unión Soviética, prefirieron no comparecer.

El presidente habló durante cuarenta minutos. Cuando terminó, un instante de asombro recorrió toda la plaza. El presidente se mantenía muy erguido en su traje azul, los ojos sin brillo detrás de unas gruesas gafas, la sonrisa triste —¿o irónica?—, como siempre lo veíamos. La misma sonrisa con la que lo embalsamaron cuatro años más tarde.

Así pues, un brevísimo instante de asombro recorrió toda la plaza. Así es, por lo menos, como me imagino la escena (yo no estaba allí). La delgada figura del presidente en el centro del estrado y, a su alrededor, una masa oscura de soldados, invitados y altos dignatarios del régimen. Enfrente, en ese instante de silencio, el pueblo anónimo.

Y entonces la multitud irrumpió a gritos y una explosión de júbilo arremetió hacia delante, a la vez que la caballería avanzaba para proteger la tribuna. Tumbada de bruces, en su cama de tablas de *quicombo*, Lúdia Ferreira sintió que el aire de la habitación se saturaba de un violento tropel y que de nuevo la alcanzaba el abrazo del mar.

CAPÍTULO 3

Lídia do Carmo Ferreira nació en 1928, en Chela, en una *xitaca*^[3] decrepita y aislada, medio escondida entre dos grandes montes verdes. Cuando tenía dos años, el bisabuelo paterno fue a buscarla y se la llevó a Luanda. Por eso Lídia no conservaba del lugar donde nació la memoria de imagen alguna, sólo sensaciones, el sentimiento de algo verde y poderoso.

En 1988 fui a Lubango. Salí de Luanda en un avión militar, un Casa, con bancos de madera a lo largo del fuselaje y ventanillas redondas casi a la altura del suelo. Sobrevolamos la costa en dirección al sur y, poco antes de Namibe, viramos hacia el interior. Agachado, con la cara pegada a la ventanilla, pude ver cómo el suelo se elevaba súbitamente en un salto prodigioso y todo el paisaje cambiaba de color.

La primera noche en Lubango cené con responsables locales de las juventudes del partido. A mi derecha se sentó un joven de cara ancha y pelo abundante, color cobre. Se presentó: se llamaba Barbosa y era natural de Chela. Entonces le pregunté si conocía a la familia de Lídia Ferreira. Barbosa dejó de comer y me miró desconfiado:

—Es mi tía —dijo—. Pero ni siquiera la conozco. Además, no tengo ningún interés en conocerla.

La reacción que tuvo me sorprendió. En aquella época había mucha gente que prefería no haber oído nunca hablar de ella. Después de cenar, vino a rondarme un tipo de ademanes burdos. Empezó a hablar del tiempo, quiso saber si soportaba bien el frío de las noches, pero enseguida cambió de tema:

—Hace un momento —dijo— le oí hablar con Barbosa de la familia de Lídia Ferreira.

Aquello sí que me sorprendió. Pensé que me había metido en problemas. Miré directamente a aquel embaucador y le dije que casi no conocía a Lídia Ferreira, a no ser como poeta, pero que había oído decir que había nacido en la región. El tipo movió la cabeza, asintiendo:

—Así es —dijo—. Mi madre fue muy amiga de su madre. Lídia nunca me había hablado de su madre. Sin embargo, solía referirse con frecuencia a la abuela, una señora de origen congoleño, y, sobre todo, al abuelo, en realidad bisabuelo, Jacinto do Carmo Ferreira. En 1954, a los pocos meses de su muerte, le dedicó incluso un corto poema:

*Largas barbas albas, desgreñadas.
Las manos en el pecho, como aves asustadas.
Así te recuerdo, mi abuelo blanco,
irremediabilmente muerto.
Te hace tanta falta —¿sabes?— el viejo
sombbrero de corcho y el bastón de soba^[4].*

CAPÍTULO 4

É sta es la historia de un amor desesperado. Todo empezó en 1926, año en que llegó a Lubango un cura de Santo Tomé. Se llamaba Isaú da Conceição y era un joven flaco, melancólico, propenso a la meditación y a la poesía. Le gustaban las palabras extensas, nocturnas, y sus largos sermones versaban irremediabilmente sobre lo efímero de la vida. Excelente declamador, con una voz cálida y profunda, en poco tiempo se convirtió en una presencia indispensable en las prolongadas veladas de la burguesía local. Y aunque el hecho de ser negro le cerraba algunas puertas, la virtud de ser párroco le abría otras.

En una de esas veladas fue donde Isaú da Conceição conoció a Francisca Barbosa, y se dejó seducir por sus ojos de abismo. La abuela del embaucador, doña Assunção, una señora enorme, grande como una casa y de risa fácil, me recitó uno de los poemas preferidos de Isaú: «Va alta la luna en la mansión de la muerte», dijo, intentando reproducir la voz profunda del santomense. Era *O noivado do sepulcro*, de Soares de Passos. «Ya a medianoche con demora sonó», añadí en el mismo tono, y ella me miró con verdadero asombro. Le expliqué que también tuve una abuela y mis palabras parecieron divertirla mucho.

Doña Assunção fue amiga de Francisca Barbosa. «Pobrecilla», me dijo, «aún era una niña cuando le cayó la desgracia».

É sta es la historia que me contó: Francisca vivía en Chão de Chela, en un caserón gastado por el tiempo y habitado sólo por mujeres. Mejor, por generaciones de mujeres. Las dos mayores eran negras retintas, sin lazos de parentesco entre sí, además de ser ambas viudas de un madeirense llamado Barbosa, antiguo profesor de primaria, luego comerciante y finalmente agricultor, deportado a África por delito de violación. Este hombre se convirtió prácticamente en una leyenda en todo el altiplano de Huíla, e incluso más lejos, porque, se murmuraba, prohibía a las mujeres y a las tres hijas mulatas que saliesen de casa y hacía con ellas —decía doña Assunção— lo que un hombre sólo debe hacer con su esposa. Y ni siquiera lo hacía cada vez con una, sino con todas a la vez. Y cuando tuvo nietas de su propia semilla, una por cada hija, así volvió a proceder con ellas, y de las tres recibió igual descendencia. Y después murió.

En agosto de 1907 llegaron a Chela tres hombres exhaustos y harapientos. Eran desertores de la columna portuguesa que había ido a vengar el vergonzoso desastre militar de Vau de Pembe, sucedido tres años antes, cuando los cuamatás acorralaron al capitán Pinto de Almeida, lo mataron a él, a los dieciséis oficiales que lo acompañaban y a unos trescientos y pico soldados más.

Ninguno de los hombres quiso contar con claridad los motivos de la fuga. Al final, uno de ellos, un teniente mestizo que decía llamarse César Augusto y ser natural de Luanda, habló por los otros dos; explicó que estaban muy cansados, sedientos y hambrientos, y que se veían obligados a permanecer en la hacienda hasta

restablecerse por completo. Añadió que habían puesto precio a sus cabezas por traición a la patria, pero que no reconocían como suya la patria a la que habían traicionado. «Nuestra patria es Angola», debió de decir el mulato.

Las dos mujeres mayores se mostraron indiferentes, las mulatas y las mestizas aterrorizadas, y las tres más jóvenes, unas muchachas muy pálidas, lánguidas y rubias —de un rubio tan rubio que daba angustia verlas—, éstas, se pusieron a bailar mientras cantaban en una lengua que ellas mismas habían inventado sustituyendo las vocales por notas musicales, de tal manera que una misma palabra podía tener significados distintos.

Los dos soldados se marcharon al cabo de una semana, pero César Augusto no quiso acompañarlos: se había enamorado de las tres biznietas del madeirense. Ellas se trataban como primas, pero la verdad es que, excepto las dos negras, todas las mujeres de aquella casa eran primas entre sí y también hermanas. Sobre las más jóvenes, pobrecitas, pesaba la desgracia de ser, a la vez, hijas, nietas y biznietas del viejo Barbosa.

Entonces, César Augusto empezó a recuperar la *xitaca* y, como era joven, fuerte y decidido, en poco tiempo había devuelto a los naranjales el antiguo esplendor, traído agua de arroyos distantes y sembrado maíz y *massambala*^[5] en la falda de las montañas.

Un día, sin embargo, Leda, Dejanira y Polixena —estos eran los desmañados nombres de las tres primas— descubrieron que estaban embarazadas. Eufórico y ya desmemoriado de la condena que pesaba sobre él, César Augusto decidió ir a Luanda a pedir ayuda a su padre para reconstruir la hacienda. Se marchó un día de neblina y nunca más volvió.

Meses después, las primas, cumpliendo lo que parecía ser un secreto destino de la familia, daban a luz a tres bellas niñas. La última en nacer, hija de Dejanira, se llamó Francisca y enseguida se reveló la más guapa de todas. Doña Assunção la recuerda como una adolescente de mirada absorta, que pasaba horas y horas sentada, muy quieta, flotando en la fresca penumbra de las habitaciones. Nadie entendió nunca cómo Francisca llegó a conocer a un hombre; salía contadas veces de casa para visitar la ciudad y siempre rodeada de hermanas y tías y abuelas. Cuando le faltó la regla y luego vinieron los vómitos y los mareos, y la barriga se le empezó a hinchar, Dejanira creyó que su hija padecía algún mal desconocido, o que serían caprichosos *calundus*^[6] de adolescente. Consultada la más vieja de las tatarabuelas, Nga Samba, una esclava que Barbosa había traído de Catete y que demostraba poseer una erudición sin límites en materia de sortilegios y filtros, pidió que le diesen un huevo cocido y, luego, que la dejaran sola con la muchacha. El examen fue rápido y definitivo: efectivamente, Francisca había sido desvirgada y tenía en la barriga un alma. «Un *dikulundundu*»^[7], precisó la anciana.

Dejanira, que al desaparecer César Augusto se había convertido en una mujer amarga, de modales bruscos, se encerró con la hija en una de las habitaciones, la

desnudó y la azotó con un látigo que había pertenecido al viejo Barbosa. El griterío de la madre, de las sobrinas y hermanas, de las tías y abuelas, sólo sirvió para que aumentara su ira. Cuando por fin abrió la puerta, lívida como un fantasma, ya sabía el nombre del seductor: «Ha sido el cura», dijo con la voz llena de asombro.

Ifigénia, hija de Polixena, aprovechó el tumulto que reinó el resto del día y, escapando a la vigilancia materna, fue a ver a Maria da Assunção, que vivía a unos cinco kilómetros de allí.

—Ifigénia me entregó una carta de Francisca para que se la hiciese llegar al cura —doña Assunção se rió abriendo su inmensa boca, casi sin dientes, al recordar la escena—. Pero enseguida me di cuenta de que aquello era un lío tremendo y rechacé el servicio.

Pero Ifigénia insistió tanto, llorando y desgrenándose, que Maria da Assunção acabó aceptando y llevando la *mucanda*^[8] al cura:

—No debí hacerlo. El cura leyó la carta delante de mí y se quedó sin habla.

Balbució no sé qué, dio la espalda a Maria da Assunção y entró en la iglesia. Fue al atardecer. En la madrugada del día siguiente se tiró por la boca del Tundavala.

Al darle la noticia, la bella Francisca enloqueció de dolor. A pesar de estar embarazada se negó a comer durante varios días y adelgazó hasta tal punto, que el más mínimo residuo de luz la traspasaba y a través de ella se podía ver el pequeño feto nadando plácidamente en un agua lunar. La ayudó la poderosa ciencia de Nga Samba que, con hierbas y polvos, consiguió devolverle las ganas de vivir. Pero por poco tiempo. En cuanto nació el bebé —fue una niña—, Francisca dejó de nuevo de alimentarse y se sumergió en un estado de completa apatía. Una noche empapó un *campriquito*^[9] en agua, se envolvió en él y se durmió. Al día siguiente se despertó con una tos ligera y siguió tosiendo y suspirando más que respirando, hasta que su cuerpo perdió toda la sustancia y tuvieron que cerrar las ventanas y atarla con una cuerda a los pies de la cama para que no la arrastrase la brisa vespertina.

Cuando murió estaba tan privada de existencia que hubo que vestirla con sus ropas más gruesas, perfumarle todo el cuerpo, pintarle con colores afligidos el pelo y las uñas de las manos y de los pies para que fuera creíble que en otro tiempo perteneció a este mundo.

Antes de morir, Francisca le puso nombre a la hija: Lídia. Meses más tarde, el padre del teniente César Augusto, Jacinto do Carmo Ferreira, apareció en Chela con la noticia de su muerte. Dijo que César Augusto había sido asesinado en Luanda hacía dieciocho años, durante una confusa conspiración nacionalista. Dijo que el hijo era un héroe. Doña Assunção lo recordaba perfectamente:

—Un viejo grande, firme a pesar de la edad. Podría ser misionero, pero hablaba como si fuera uno de nosotros.

Jacinto do Carmo Ferreira explicó que había acudido a buscar a las nietas. Estaba viejo, había hecho cierta fortuna, pero se sentía muy solo; por eso había decidido reunir a su alrededor a toda la descendencia. Antonia e Ifigénia, hijas de Leda y de

Polixena, se emocionaron muchísimo. Para ellas, Luanda era el siglo XXI, el principio del mundo. Sin embargo, ni a Leda ni a Polixena ni al resto de mujeres les gustó la idea. Jacinto do Carmo Ferreira intentó argumentar diciendo que en la capital las chicas recibirían una educación mejor y que, además, periódicamente podrían visitar a la familia en Chela. Añadió que estaba dispuesto a pagar la manutención de todas las mujeres y a correr con los gastos de la *xitaca*. Todo resultó inútil. Las mujeres replicaron que eran absolutamente capaces de educar solas a las niñas y de asegurar su sustento. Jacinto do Carmo Ferreira se exaltó, las amenazó. Al final, llegaron a un acuerdo: Antonia e Ifigénia se quedarían en Chela, pero la huerfanita podría irse con él.

Así fue como Lída marchó a Luanda.

LA POESÍA

«Creo firmemente que es por la poesía
por donde todo va a empezar».

*Antonio Jacinto, en una carta a Mário Pinto de Andrade,
escrita en Luanda, 1 de febrero de 1952*

«En algunas de esas poesías, de diferentes autores, había una materia insidiosa que el poder temía. No porque confirmase o ilustrase apuestas ideológicas, sino porque confirmaba una terrible sospecha: la de que, más allá de una voluntad angoleña llevada a sus últimas consecuencias con el levantamiento armado, había un alma angoleña. Y contra ésta no tenía defensa. Para el que la temía, representaba la derrota decretada en verso».

*Ruy Duarte de Carvalho, «Estamos juntos en el país que tenemos»,
gaceta Lavra e Oficina, n.º 56, Luanda, mayo de 1991*

CAPÍTULO 1

En los años treinta, Luanda era una pequeña ciudad en los suburbios del mundo, en los desolados arrabales del tiempo. Estaba el monte, su sólida y solemne fortaleza, la clara agrupación de casas de la pendiente, la Ciudad Alta bordeando las escarpas de tierra roja. Por todas partes podía notarse el aire cargado de torpeza y de cansancio. En la isla, unida al continente por un decrepito puente de tablas de madera sobre pilares de cemento, corría, al atardecer, un fresco rumor de casuarinas, y era ésa la hora más bella del día.

Jacinto do Carmo Ferreira vivía en las Ingombotas, en un caserón blanco con una puerta ojival, enmarcado por altas palmeras. Era la casa más grande de las Ingombotas. Al menos Lída siempre lo creyó así y durante los años que estuvo fuera así la imaginó, la más bonita y la más grande de las Ingombotas, hasta que en 1974 regresó a Luanda, tras veintiún años de exilio, y fue incapaz de descubrirla entre las orgullosas viviendas de la nueva burguesía colonial. Tenía un patio enorme, encerrado entre anchos muros de adobe. Allí crecían mangos, guayabos, nísperos, papayos, granados, chirimoyos, pitangas y buganvillas, rosales, guisantes de olor y bocas de lobo.

La vieja Fina criaba gallinas, el mundo era bueno y sencillo, y Lída era feliz con la felicidad de ellas: «Las gallinas hacían nidos en la arena y a su alrededor empezaba a flotar un polvo luminoso. Hoy, la paz es para mí una gallina bajo el sol». Lída escribió esto, o algo parecido, en una de las muchas notas que intercambiamos en la prisión de São Paulo.

En el caserón de las Ingombotas, la niña volvió a encontrarse entre mujeres: la anciana Fina, alias doña Josephine, antigua esclava traída del Congo por un comerciante alemán, después *mucama*^[10] de un rico comerciante mulato, finalmente esposa legítima de Carmo Ferreira; Carlota, hermana de César Augusto, viuda, siempre vestida con una *bofeta*^[11] negra; y dos de sus hijas aún solteras, Angelina y María do Carmo, que acogieron a Lída como si de una hermana pequeña se tratara. Los domingos también aparecían los otros tres hijos de Carlota, con las mujeres y su respectiva descendencia, y entonces la casa se llenaba de un alboroto de voces. La abuela Fina preparaba *funge*^[12] con carne seca, a veces un *mufete*^[13] con alubias y aceite de palma, mucho *jindungo*^[14], cerveza alemana para los adultos y gaseosas para los más pequeños, y la comida se prolongaba hasta bien entrada la tarde. En la cabecera de la mesa, el viejo Carmo Ferreira contaba anécdotas, se reía con estruendo, recordaba antiguas historias de cacerías memorables o de fiestas y de *rebitas*^[15] de las que ya no había.

Uno de los hijos de Carlota, Tito, que estudió Derecho en Coimbra y estaba casado con una portuguesa, solía llevar una guitarra y cantaba en español boleros de moda, maxixes o rumbas. Después cambiaba de lengua y de acento y cantaba fados,

sambas pícaras y temas de los carnavales luandenses.

Lídia me enseñó una fotografía de aquella época. Seguramente se tomó un domingo, eso es algo que se advierte después. Posiblemente fuera un domingo de Pascua, pues doña Fina aparecía vestida con una tela morada, como era tradición. En Año Nuevo, las *bessanganas*^[16] se vestían con telas blancas, en Pascua, con telas moradas, el Quince de Agosto, con un tejido llamado banda de mantequilla, blanco, de rayas rosas o azules.

En el centro de la fotografía, sentado en un sillón de mimbre, estaba Jacinto do Carmo Ferreira. Era un poco más gordo de lo que me había imaginado, pero aun así impresionaba. Tenía el sombrero colonial en el regazo y una espesa mata de pelo blanco que se mezclaba con la barba. En el suelo, sentada en una estera, estaba Lídia, una niña delicada, con trenzas ensartadas. Con una de las manos sostenía un gato, con la otra agarraba el brazo de un niño algo mayor que ella, de piel clara y pelo rizado y rubio. Era Artur, hijo de Tito. Murió en 1967. Era comandante del EPLA^[17], fue apresado en una emboscada del FNLA, Frente Nacional de Liberación de Angola, y torturado durante tres semanas. Le arrancaron el pelo y la barba, le quemaron el pecho con cigarrillos y, finalmente, lo empalaron con un hierro incandescente.

De pie, al lado derecho de Carmo Ferreira, estaba doña Fina, con el pelo recogido en una alta *quindumba*^[18] perfumada. Aunque no tuviese necesidad de ello, puesto que Carmo Ferreira seguía siendo un hombre rico —dueño de negocios en los *musseques*^[19] y de una hacienda de café en Porto Amboim—, doña Fina mantenía un próspero negocio de dulces. Sus confiteros recorrían toda la ciudad con un tablero al hombro pregonando las virtudes de la mercancía: dulces de coco, de guayaba y de papaya, golosinas, *micondos*^[20], caramelos envueltos en papel de seda, para cada paladar un color.

En la fotografía, Carlota aparecía al lado izquierdo del padre, de luto riguroso. Los tres hijos se parecían tanto que se diría que eran gemelos, todos oscuros, pequeños y fuertes, con el pelo crespo empastado de brillantina y con la raya en medio. Uno de ellos llevaba unas gafas oscuras y sostenía una guitarra. Era Tito. En el lado izquierdo de la fotografía estaban Angelina y Maria do Carmo. Angelina era muy guapa, sus altos senos destacaban bajo una camisa blanca, de encaje, así como su largo cuello de gacela. Estudió en el Colegio de la Inglesa, en Moçâmedes, donde aprendió la lengua de Shakespeare, a bordar y a tocar el piano. El día que cumplió treinta y cuatro años huyó con un aventurero holandés y nunca más se supo de ella. Maria do Carmo tenía los ojos transparentes, una sonrisa oblicua y enigmática.

CAPÍTULO 2

¿ *C*uando era pequeña tenía muchos amigos?

LÍDIA: Artur fue mi primer amigo. También había un perro, un perdiguero gigantesco, medio loco, al que mi abuelo le puso el nombre del gobernador portugués del momento, Eduardo Ferreira Viana. Tuvimos otro perro, pero era viejo y evitaba a los niños. Se llamaba Salazar.

¿*Cuándo fue la primera vez que salió de Luanda?*

LÍDIA: El primer viaje que recuerdo haber hecho fue a Canhoca, un apeadero del ferrocarril de Malange. Mi abuelo fue a visitar a un amigo y me llevó con él. El tren me asustó. Me pareció muy grande, tumultuoso, humeante. Ocupamos un compartimiento en el vagón de primera clase y me senté al lado de la ventana. Era de madrugada, el aire era húmedo y olía a frutas maduras. Miré hacia afuera y vi a las *quitandeiras*^[21] vendiendo unas grandes naranjas verdes. Un hombre vestido de azul desenrolló una banderola y pasó por nuestro lado trotando en dirección a la locomotora. Gritaba: saliiiiiiiiiiiiida.

*(Entrevista con Lída do Carmo Ferreira,
Luanda, 23 de mayo de 1990)*

CAPÍTULO 3

El tren se estremeció y empezó a moverse. Lída apretó con fuerza la mano del abuelo. En Canhoca bajó todo el mundo. Al lado de la estación había un pequeño restaurante y el tren se detenía unos minutos para que los pasajeros con destino a Malange pudiesen comer. Primero pagaban y después les servían los platos. Decían que el dueño del restaurante solía servir una sopa muy caliente para que la gente no tuviera tiempo de terminar la comida.

El amigo de Carmo Ferreira los esperaba en el andén: un viejo flaco y menudo, cojo de una pierna. A pesar del calor, vestía un traje oscuro y un sombrero de fieltro. Tenía la barba y el pelo completamente blancos, unos ojos grandes y dulces. Lída le encontró un parecido con Papá Noel. Fueron a su casa y durante toda la tarde los dos amigos no intercambiaron palabra alguna, sentados jugando al ajedrez.

La niña se aburría y fue al patio a perseguir saltamontes. En Luanda, Artur y ella organizaban peleas de saltamontes, entre sí o contra mantis; en este último caso las mantis ganaban siempre. Eran como pequeñas diosas traicioneras. Atacaban a los saltamontes por la espalda y les devoraban los ojos. Lída las veía hacer eso muda de horror (de fascinación). A continuación, Artur iba a buscar una piedra y mataba a las mantis.

Cuando Lída volvió, al caer la tarde, los dos ancianos aún estaban sentados frente a frente en silencio absoluto. Al poco entró una señora vestida de luto, puso un mantel bordado en la mesa y trajo de la cocina una cacerola con arroz y carne. Lída comió con dificultad. La carne era opalina, dulce y blanda, como no había probado nunca, y se le ocurrió que quizá fuera una mantis gigante. Se lo quiso preguntar al abuelo, pero éste masticaba en silencio, con la mirada puesta en el plato y, aun así, ajeno a la comida. La niña permaneció callada.

Aquella noche la acostaron sola en una habitación enorme, en una cama donde se sentía perdida, y a Lída le costó dormirse. Oía como afuera la vida palpitaba en una densa membrana hecha de susurros, de latidos bruscos, del runrún repetitivo de las cigarras. Ruidos de la noche del campo. Un remoto arrastrar de cuerpos, un manso aproximar de pasos. Risas. Muy lejano, ahogado, casi exhausto, el resonar ritmado de los tambores. Lída pensó en las historias de apariciones y *cazumbis*^[22] que la abuela Fina solía contar. Una, en especial, la mantenía en vilo: la de las hechiceras cuyas lenguas se soltaban del cuerpo, iban arrastrándose por la noche, entraban en las casas y atacaban a los niños dormidos estrangulándolos. La vieja Fina contaba que hacía muchos años una amiga suya, aún joven, se despertó por la noche, vio a los pies de la cama una de aquellas lenguas y la mató a golpes de machete. Al día siguiente, descubrió que la madre estaba muda.

Lída se despertó de repente. El abuelo estaba a su lado y le sonreía. Papá Noel los acompañó a la estación y, cuando llegaron, le puso en la mano un paquete de

caramelos. El abuelo y él se abrazaron lentamente. Por fin, el abuelo se separó, sostuvo la cabeza del viejo entre sus gruesas manos y le dijo: «Ánimo, esta tierra todavía puede ser nuestra».

CAPÍTULO 4

A Lídia le gustaba contar historias de su infancia. Una me impresionó sobremanera porque era imposible. Luego, me maravillé al descubrir varias referencias al caso en los periódicos de la época. El asunto empezó en la isla una tarde de sábado, en el bar de Ermelinda. Lídia y el abuelo comían viscosos altramuces cuando Eduardo Ferreira Viana apareció jadeante de excitación. Era un animal poderoso e inquieto que siempre parecía estar al borde de un ataque de nervios. Se detuvo delante de Carmo Ferreira y soltó en el suelo una mano de mujer. El viejo se asustó:

—*Sundu ya mamaena!*^[23]

Alrededor de la mesa se formó un círculo de asombro. La gorda Ermelinda, una mulata con cara de ángel, se desmayó emitiendo un suave grito en los brazos oportunos del poeta Vieira da Cruz. El perro salió corriendo, dio la vuelta a la casa y volvió enseguida trayendo entre los dientes un brazo entero. Ladró, corrió hacia la puerta, se paró y volvió a ladrar. Los hombres se miraron unos a otros y luego salieron detrás de él. A unos cien metros de allí, junto a un bosquecillo de acacias, la arena estaba removida y se veía, medio roído y enterrado, un cadáver humano.

En ese lugar se descubrieron siete cuerpos de mujer, algunos muy descuartizados, transformados en limo y barro e hirviendo de vida necrófaga —minúscula, pálida y ansiosa. Todos ellos estaban «horriblemente mutilados», como escribió al día siguiente el reportero de *A Província de Angola*. Pero los cuerpos estaban cortados con precisión a ras de ombligo.

El misterio alimentó las conversaciones de los luandenses semanas enteras. Luanda era una ciudad de crímenes plácidos y disparatados, además de raros, casi siempre anónimos. Una semana después, el editor de *A Gloria de Angola*, Vitorino Espirito Santo, celebraba el descubrimiento escribiendo sobre él que era «la prueba de que, contra los engañosos argumentos de algunos, Angola está entrando, por fin, en el gran club de las naciones civilizadas». Se trata de un buen ejemplo de la ácida ironía luandense: *A Gloria de Angola* era, en aquella época, lo que quedaba de una otrora poderosa prensa xenófoba que la creciente ofensiva colonial prácticamente había sofocado.

Casi todo el mundo estaba de acuerdo en que se trataba de un crimen sexual. Sin embargo, las sospechas variaban, sobre todo las teorías que explicaban el caso. Algunos colonos, en particular los recién llegados, recordaban las «prácticas caníbales, las salvajes orgías de los negros del interior», muchos de los cuales llegaban a la capital y se los veía deambular sin destino por el polvo de las calles, «ofendiendo con su vestimenta descarada la mirada de nuestras vírgenes». Extraje estas curiosas afirmaciones de un pequeño artículo de *A Provincia de Angola*. Su autor, un tal A. Ventura —quizá un seudónimo—, sugería la creación de barrios de europeos rigurosamente separados de los barrios africanos y vigilados por un cuerpo

especial de policía: «Sólo así», concluía el articulista, «será posible garantizar la seguridad de nuestras mujeres e hijas. Ayer sólo fueron negras, pero mañana, quién sabe, quizá la tragedia llame a nuestra puerta».

Vitorino Espirito Santo, en un artículo posterior a este, escribió: «Un crimen tan refinado, tan imaginativo, tan lleno de misterio y seducción, no puede ser honestamente imputado al vulgo. El pueblo, el negro bárbaro, mata con la simplicidad de las bestias simples: suelta un golpe, clava la navaja y huye. Otros recurren al hechizo. Pero les falta inspiración para proceder así y a semejante escala. Un crimen de esta naturaleza requiere la ciencia de un hombre instruido y la sensibilidad de un lord inglés. Conozco el nombre del culpable y aquí lo revelo: Jack el Destripador». El artículo debió causar un escándalo considerable, pues el número en que aparece es el último de la serie.

Los demás periódicos que consulté no resuelven el misterio. Lída aún se acordaba muy bien del súbito desenlace. Según ella, meses después del descubrimiento de los cuerpos, el asesino se entregó a la policía para escapar a la furia popular. Era un pescador del Algarve, un tipo insignificante, de huesos agudos y expuestos, de labio leporino. Un «verdadero desastre genético», a decir de Lída. Había sido deportado a Angola por delito de asesinato y, tras comprarse una pequeña embarcación, hacía varios años que había instalado su vida entre los *axiluanda*^[24]. Nunca tuvo mucha suerte en el mar, pero, aun así, un día empezó a aparecer con la barcaza cargada de un nuevo tipo de pescado. Al pueblo le extrañó, sobre todo porque el algarvio sólo llevaba a tierra las colas de los pescados, bastante grandes a juzgar por los comentarios, con el argumento de que ésa era la parte más sabrosa de la reciente especie. Al poco de haberse descubierto los cuerpos, el hombre confesó: ¡eran sirenas! El desgraciado las mataba y luego les cortaba la apariencia humana, que después enterraba en grandes fosas comunes. Salaba las colas, que la población de Luanda rechazaba, y las vendía a los *fubeiros*^[25] del interior, quienes las revendían después como si fuesen bacalao.

Al hombre lo soltaron al cabo de pocas semanas. Lída oyó decir que huyó de Luanda escondido en la bodega de una trainera y que después se instaló en Moçâmedes, donde montó una funeraria.

CAPÍTULO 5

Fue en julio de 1994, en Porto Alexandre (Tombua), en el extremo sur de Angola. Había entrado por casualidad en una vieja ferretería. Al principio me dio la sensación de que estaba vacía. Después lo vi, sentado en la penumbra. Sólo pude distinguir sus manos flacas. Los gestos cansados con los que espantaba las moscas.

La tienda parecía no tener nada para que vender. Sólo algunos objetos comidos por el óxido. Clavos, tuercas, pequeñas cosas de uso remoto. El hombre hablaba despacio:

—Tendría que haber conocido esto antes —me dijo—. Ahí afuera, esas casas parecían palacios. También había casuarinas, esos árboles altos que el gobierno mandó plantar para impedir el avance de las dunas.

Había visto las casas. Parecían barcos hundidos en la arena. En cuanto a los árboles, no vi ni uno. El hombre levantó las manos con un gesto de desaliento:

—¿Qué quiere? Las cortaron para hacer leña.

La tarde caía rápida sobre el desierto. Mirando hacia fuera, por la puerta, se veían crecer las sombras. Un perro pasó gruñendo, cabizbajo (¿sería el miedo?). «Gané bastante dinero», siguió diciendo el hombre. «Fui pescador».

Se rió:

—Pescaba sirenas.

Se calló. Mudo y oculto en la sombra, era como si no estuviera allí. Me senté solo en el umbral de la puerta. Pensaba en Lída. Había ido hasta allí, hasta aquel fin del mundo, en su busca. ¡Dios mío! ¿Dónde estaría?

Las hormigas rojas corrían formando extraños dibujos en la arena.

CAPÍTULO 6

«**E**ra un tipo peculiar», me dijo Lída a propósito del canónigo Frota, su padrino. Su voz cambiaba según las estaciones, brillante como el metal recién pulido en los meses crudos y polvorientos. Ronca en las madrugadas herrumbrosas, antes de las grandes lluvias: se comentaba que lo habían operado de la garganta y que tenía las cuerdas vocales reconstruidas con hierro. Firme y decisivo en materia de costumbres, no toleraba que las señoras participasen en el oficio religioso con la cara descubierta, de la misma manera que no admitía a los caballeros en mangas de camisa dentro de la iglesia. Una vez reprendió públicamente al propio gobernador general porque intentó contar una historia impúdica en la inauguración de la kermés del Quince de Agosto^[26]. Con todo, sus mejores amigos eran Carmo Ferreira y el canónigo Manuel das Neves: el primero, un republicano declarado, anticlerical y de tendencias libertinas; y el segundo, un nacionalista feroz que conspiraba a la sordina contra el dominio portugués y se mostraba mucho más interesado en escuchar las palabras del pueblo que en transmitirle el verbo sagrado del Señor.

También había un santomense famoso en Luanda que frecuentaba la casa de Carmo Ferreira: el doctor Aires de Menezes, uno de los primeros médicos negros que desempeñó su actividad en territorio angoleño. Alto y de porte atlético, vestido como un héroe de película norteamericana, con un soberbio monóculo en el ojo derecho, perfume francés y bastón de plata. Los *cangundos*^[27] lo observaban desconfiados. Le miraban el monóculo altivo, desconcertados ante su extraordinaria figura, y cuando pasaba complicaban las palabras, lo saludaban: «¿Cómo está de salud vucencia?». Pero en cuanto les daba la espalda, escupían a un lado: «¡Mirad, por ahí va ese diablo de negro!». Se cuenta que uno de ellos, queriendo humillar al médico, apareció en su consultorio pidiendo que lo operase de un pie —tenía niguas^[28]. Aires de Menezes ni se inmutó: tumbó al hombre en la mesa de operaciones, preparó las pinzas, las agujas y los bisturis, le puso anestesia local y procedió en todo como si de una auténtica operación se tratase. El *cangundo* se reía por dentro, pensando en la bonita historia que iba a tener para divertir a los amigos. Se le quitaron las ganas de reír cuando Aires de Menezes le presentó la cuenta: «¿Le parece caro?», se extrañó el médico, «pues sepa que tratándose de eliminar parásitos todo el dinero es poco».

A pesar de su proverbial aspereza, el canónigo Frota cultivó con Lída una mansa ternura de viejo. La llevaba a pasear en *maxila*^[29], le regalaba dulces y muñequitas de trapo, y en cuanto la niña fue capaz de sostener un lápiz, le enseñó a leer y a escribir y le habló del mundo. En el colegio D. João II, donde completó cuarto curso, Lída asustó a todos con su ciencia precoz: no sólo leía y escribía, sino que ya dominaba los rudimentos de la aritmética y la geometría, declamaba poemas enteros de san Francisco de Asís, conocía los secretos de la Biblia y era capaz de conjugar en latín los verbos más obtusos.

El colegio D. João II ocupaba todo el primer piso del palacio de doña Ana Joaquina, un edificio con tres siglos de recuerdos cuyas gruesas paredes guardan dramas de sangre y amor, de esclavos y señores. Declarado patrimonio nacional, fue ocupado en 1977 y envilecido y depredado hasta los cimientos. Hoy, angoleños que han regresado de Zaire encienden hogueras en sus enormes salones, crían gallinas en los viejos confesionarios de maderas preciosas, y cerdos donde antes bailaba valeses la aristocracia criolla de Luanda. Con la inocencia del que no sabe nada, tienden telas con la efigie del presidente en las elegantes barandillas labradas en hierro y calzoncillos de muchos colores en el orgulloso mástil de la bandera.

Pero todo esto sucedió después. En aquella época, el palacio de doña Ana Joaquina aún era tranquilo y sólido, y conservaba una atmósfera de antigua nobleza que fascinó a la pequeña Lúdia:

*La intacta luz antigua,
preservada en cada rincón, recodo, esquina.
Amoldados a los altos techos de las salas
los muertos mudos murmuran
a la sordina^[30].*

CAPÍTULO 7

Usted estudió en el colegio D. João II, en el antiguo palacio de doña Ana Joaquina. ¿Cómo era el día a día en aquella época?

LÍDIA: Era casi siempre igual. Me levantaba a las cinco y media de la mañana. Angelina me bañaba con agua fría, me peinaba y me vestía. A las seis desayunábamos, mi abuelo ya había salido a ocuparse de sus negocios. A las seis cuarenta y cinco, Angelina, Maria do Carmo o uno de los criados me llevaba al colegio. Recuerdo bien al profesor, un hombre circunspecto, siempre vestido de negro. Tocaba la sirena, pedía que le enseñáramos los deberes y castigaba a los que no los habían hecho con media docena de reglazos en cada mano. A los reincidentes les pegaba en las palmas. Decían que si te restregabas excrementos de gallina en las manos, la regla resbalaba y dolía menos. Pero lo probé y no funcionó. A las diez había una pausa y salíamos al recreo, donde nos estaban esperando los criados con las meriendas que nuestras madres habían preparado. Mis compañeros más pobres traían de casa un corrusco de pan envuelto en papel pardo.

¿También le llevaban la merienda?

LÍDIA: Yo era una de las pocas niñas negras a quien le esperaba alguien, pero sólo me percaté de eso mucho más tarde. Recuerdo a otro muchacho, también negro, al que una señora muy blanca, vestida con una especie de túnica color crema, como la de los curas, y con un sombrero colonial en la cabeza, venía a traerle la merienda. Llegaba pedaleando una vieja bicicleta azul, la merendera dentro de un cesto sujeto al manillar. Detrás de ella, los perros corrían en silencio.

¿Cómo?

LÍDIA: Pues eso mismo. Recuerdo verla pedalear. Y los perros detrás de ella corriendo en silencio.

*(Entrevista con Lída do Carmo Ferreira,
Luanda, el 23 de mayo de 1990)*

CAPÍTULO 8

*E*n uno de sus poemas escribió que cuando era pequeña se escondía para fumar.
¿Es verdad?

LÍDIA: Siempre he escrito sobre cosas que han sucedido. Me acuerdo de fumar mis primeros cigarrillos a la sombra de los anacardos, detrás del instituto: los Caricoco. Un paquete de trescientos costaba diecinueve escudos. Incluso se hacía propaganda en la radio. (Canta:) «Quien no fuma Caricoco / ya no sabe lo que es bueno, / Caricoco ué uá, / Caricoco ué lá lá». También estaba el Francés Número Uno, de rayas azules y blancas parecía que llevaran pijama. Y los Rey, un tabaco hidalgo, pero con un sabor horrible. Después aparecieron los Cuanhamas, negros y peligrosos: en cuanto se les arrimaba el fuego se deshacían en chispas. Un día llegué a casa con el vestido agujereado. La abuela Fina me olió la boca, siseó, puso cara de asco y corrió a llamar a mi abuelo. El viejo se tronchó de risa e imitando la voz de las ondas se puso a cantar «Quien no fuma Caricoco ya no sabe lo que es bueno». Abrió la pitillera y me ofreció un cigarrillo. Me dio tanta rabia que ese día dejé de fumar.

*(Entrevista con Lída do Carmo Ferreira,
Luanda, el 25 de mayo de 1990)*

CAPÍTULO 9

Lídia escribía poemas en el silencio de su habitación. A la caída de la tarde iba al patio a recoger ramos de rosas. Las cigarras chillaban. Después se encerraba en la habitación y deshojaba las rosas y las masticaba con avidez sintiéndose confusa, como una mantis hembra devorando al macho. Afuera, las cigarras ardían, locas de asombro y celo. Lídia devoraba las rosas y garabateaba hojas y hojas con largos poemas inconexos.

Sentía miedo de las serpientes y de la oscuridad. Tenía miedo, sobre todo, de su propio cuerpo. Contaba los días con horror en espera de la regla. Y cuando le venía, evitaba salir a la calle, atormentada con la idea de que su olor la precedía. Se sentía perseguida por la mirada inquieta de los hombres, la burla de las chicas y compadecida por las ancianas *quitandeiras*. Se encerraba a solas en el cuarto de baño y lloraba en silencio mientras lavaba los paños manchados de sangre.

Su mejor amiga, Antonia Buriti, estaba enamorada de un compañero de clase. Se pasaba los días suspirando, jadeante, con la manita en el corazón y los ojos húmedos. A Lídia le parecía ridícula y al verla en aquel estado se desesperaba: «Pareces tonta», le decía. Pero, en realidad, sentía celos. El motivo de tanta exaltación sentimental era un mulato oscuro, con fama de peleón y arrogante. Con todo, tenía un inmenso talento para la caricatura y había publicado unos poemas sarcásticos en el periódico del instituto, *O Estudante*. Los profesores decían, con la boca pequeña, que prometía mucho. Se llamaba Viriato. Viriato Francisco Clemente da Cruz.

En el instituto había pocas chicas y mantenían una escasa convivencia con los chicos. Ellos formaban sus propios grupos. Organizaban grandes torneos de fútbol, se bañaban desnudos en la playa de Samba Pequena, paseaban en tropel por la ciudad, exploraban los *musseques*, buscaban cucos en los barrancos, luchaban contra bandos rivales, asaltaban los viejos huertos para robar fruta o cazaban pájaros. Es decir — como decía la vieja Fina—, muchacheaban. Viriato lideraba uno de esos grupos.

Lídia se había fijado en él, como todo el mundo, pero lo que la cautivaba era algo inédito; algo que no sabía explicar. Antonia Buriti sí que lo sabía. Hablaba con demora y languidez de sus «ojos de orientes misteriosos» y exaltaba el carácter resolutivo del muchacho. Narraba, excitada, las muchas historias que circulaban sobre él. A Lídia no le importaba nada de eso; era otra cosa. Un día escribió en su diario: «VI-RI-ATO. VITORIA. RITO, VIA». No sabía qué quería decir aquello. A veces soñaba con él. Iban juntos por una carretera larga y ella le daba la mano. Y, de pronto, descubría que el muchacho que estaba a su lado no era Viriato. Ni siquiera era un hombre. Volvió a tener ese sueño años más tarde, cuando Viriato se estaba muriendo en China y ella empezaba a entrar en el corazón de los enigmas.

CAPÍTULO 10

Los chicos eran crueles. Una vez pusieron liga en una pequeña tapia donde los pájaros solían posarse. Atrapar pájaros con liga era una práctica habitual. Los niños pobres construían jaulas de alambre o junco, atrapaban a los pájaros y luego iban a venderlos de puerta en puerta. Los chavales del instituto, sin embargo, no querían cazar pájaros para venderlos. Cuando ya había siete u ocho debatiéndose en la tapia, empezaban a discutir lo que harían con ellos. Unos pretendían matarlos a pedradas. Viriato quería comérselos. En aquel momento, apareció un muchacho delgado:

—Matar pájaros es delito —dijo—. Será mejor que los soltéis enseguida.

Se llamaba Rui Tavares Marques y hacía poco que había llegado de Huambo. Era un muchacho extrovertido que divertía a todo el mundo imitando la voz de los profesores. Más tarde volveré a hablar de él, pues fue el hombre que en 1976 juzgó a mercenarios y después participó en los interrogatorios de los fraccionistas. Los que sobrevivieron dicen que fue el peor de todos: «Era maquiavélico». Otros adjetivos: odioso, hipócrita, repugnante, paranoico. Obtuvo confesiones bajo tortura. Se dice que en un ataque de ira metió la mano en la boca de una prisionera y le arrancó la lengua. Aun así, hoy conserva muchos amigos: «Es simplemente encantador», me aseguró una escritora portuguesa, «una persona culta, divertida, inteligente. Excelente cocinero y poeta de grandes recursos». Otros adjetivos: brillante, amable, delicado, acogedor. Le dije que una vez le había arrancado la lengua a una mujer maniatada. La portuguesa se llevó las manos a la boca:

—¡Qué horror! Eso no es verdad...

¿Que no es verdad? Bueno. Volvamos a los pájaros. Rui Tavares Marques —a quien más tarde llamaríamos Tovaritch Marx— se enfrentó a los muchachos:

—Matar pájaros es delito —repitió—. Si no los soltáis ahora, llamo a la policía.

Un chico de maneras afeminadas, Rosa da Ana, también conocido como Rosa de Porcelana, apareció con unas tijeras de podar:

—¿Quieres que soltemos a los pajaritos? Pues vamos a soltar a los pajaritos.

Y mientras los demás sujetaban a Rui Tavares, le cortó las patas a los pájaros.

CAPÍTULO 11

«*L a infancia es la estación de la maldad*». *La frase es suya. ¿Qué significa?*

LÍDIA: Sólo eso, que la infancia es la estación de la maldad. Claro que también es la edad de la inocencia. Creo que se necesita una cierta inocencia para que la maldad se manifieste en sus formas más exuberantes. ¿Le he contado la historia de los pájaros? Fui yo la que le di las tijeras a Rosa de Porcelana.

Las noticias sobre niños que matan o torturan a otros niños no me sorprenden. Sí que me admira que este fenómeno no sea más vasto. Los grandes torturadores, y yo conocí a unos cuantos —en fin, ¿hemos conocido a algunos, no?—, los grandes torturadores suelen ser personas que no tuvieron infancia y por eso la ejercen más tarde.

Quizá la maldad de los hombres sea, en el fondo, la expresión de su inocencia. Por eso suelo decir que sólo los inocentes son culpables.

*(Entrevista con Lília do Carmo Ferreira,
Luanda, el 23 de mayo de 1990)*

CAPÍTULO 12

La Segunda Guerra Mundial había terminado y a Luanda llegaban noticias fragmentadas de un mundo en renovación. La derrota del nazismo alcanzaba la propia esencia de las tesis racistas que se habían implantado en Angola a finales del siglo anterior. El darwinismo social era motivo de burla en las academias y los arrogantes germanófilos, que hasta hacía pocos meses abogaban por la separación de las razas y el alejamiento de los negros y los mulatos de todos los cargos públicos, se callaron. Los estudiantes organizaron marchas para apedrear las ventanas del consulado de Alemania, a la vez que exasperaban al cónsul inglés con continuas manifestaciones de apoyo y agradecimiento. Sin embargo, Salazar seguía apretando las tuercas del imperio y los angoleños se sentían cada vez menos dueños de su propio destino. Los más viejos hablaban de un tiempo en que los hijos de la tierra eran los que dominaban la vida económica, cultural e incluso política de Angola, pero los jóvenes se reían de ellos. Alguno de esos viejos soñaba con la restauración de los antiguos partidos del tiempo de la monarquía: hablaban mucho del Partido Pro-Angola.

Un escaso número de infatigables idealistas, como el viejo Carmo Ferreira, envejecían en las mesas de los cafés intentando atar unos con otros los confusos y podridos cabos de la revuelta.

En ese ambiente, la poesía surgió entre la juventud como el camino más obvio de afirmación cultural: «Nos lo quitaban todo, la dignidad, las tierras, los hombres. Y al final la propia fisonomía», me dijo Lída, «nos quitaban todo el pasado y mirábamos alrededor y no éramos capaces de comprender el mundo. Entonces, empezamos a escribir poesía. En aquella época, la poesía era un destino irremediable para un estudiante angoleño».

Era una poesía pobre, pero generosa, atenta a las distorsiones sociales y, sobre todo, obcecada con el espacio sagrado de la infancia, ese último y más profundo reducto de la memoria, no la particular, sino la general, la que explicaba el mundo. La infancia de las remotas costumbres que todavía se mantenían: el *makezu*^[31], la cola y el gengibre^[32], el quimbundo mestizo de las *quitandeiras*, las leyendas que contaban las abuelas, siempre habitadas por bichos que hablaban y extraños seres prodigiosos.

Los jóvenes poetas eran conscientes de su papel mesiánico. «Escribíamos para la Historia», me dijo Lída. Me contó que una vez se encontró a Viriato da Cruz paseando por la plaza da Mutamba. Estaba solo, pero parecía concentrado en algo. Lída le preguntó qué estaba haciendo y Viriato le respondió que estaba esperando el eco. A ella le extrañó: «¡Qué dices! ¿El eco de qué?». Viriato le dijo que aquel día había publicado un corto poema en un periódico de la ciudad:

—¿No lo has leído? No pasa nada, tus nietos lo harán.

Con seguridad, esto debió suceder a finales de los años cuarenta. Viriato se

recuperaba de una tuberculosis. La enfermedad y la falta de recursos económicos lo habían obligado a abandonar los estudios. Se pasaba los días leyendo. Recibía de Brasil los libros prohibidos de la revolución y leía como un loco. También leía literatura: Jorge Amado, Erico Veríssimo, Manuel Bandeira, Graciliano Ramos, los clásicos rusos, los primeros neorrealistas portugueses. Tenía un espíritu curioso y exaltado. Soportaba las críticas con dificultad, pero siempre era el primero en criticar. Hablaba de la necesidad que tenían los angoleños de redescubrir Angola, defendía el estudio del quimbundo —«nuestra verdadera lengua»— y soñaba con una gran revuelta de los campesinos y de las masas oprimidas de los *musseques*. A la vez criticaba con una ironía feroz «los pequeños valores burgueses» de la vieja aristocracia luandense, se irritaba con las limitaciones intelectuales de su círculo de amigos y estaba considerado por muchas personas como un individuo pretencioso y arrogante. En realidad, se sentía coaccionado siempre que se hablaba en quimbundo delante de él y cuando visitaba a su familia en Porto Amboim, donde había nacido, evitaba a los campesinos porque no sabía qué decirles. Envidiaba en secreto a los que se iban a estudiar a Portugal.

El día en que Lúcia se marchó, apareció en el muelle en el último minuto, los pasajeros ya se preparaban para subir las escaleras. Traía un ramo de rosas y tenía mucha fiebre. No le dijo adiós. Le dijo: «¡Hermanita, no nos olvides!».

Llovía. Lúcia le pasó los brazos por el cuello, lo atrajo hacia sí y notó que su cuerpo temblaba. Ardía. Y el ansia, la fragancia de las rosas.

LA BÚSQUEDA

«Ya no sé quién fui, quién soy. Ya no sé cuánto de mí es,
no la vida, sino lo que de la vida en algún libro leí».

*Lídia Ferreira, en una carta a Mário de Andrade,
escrita en Lisboa, el 30 de abril de 1981*

CAPÍTULO 1

Antônio Guilherme Amo, Antoine-Guillaume Amo, Antoine Willen Amo, Anton Wilhelm Amo o Antoni Willem Amo, dependiendo de las fuentes, nació en la Costa del Oro, actual región de las Guineas, en 1707, y poco tiempo después fue entregado como esclavo al duque de Brunswick-Wolfenbuttel, Antoine Ulrich, que a su vez lo cedió al hijo, Auguste-Guillaume. Tuvo suerte. Auguste-Guillaume era un filántropo algo excéntrico que defendía la abolición de la esclavitud y apoyaba la tesis de que los hombres eran iguales en su esencia en todas partes, en defectos y cualidades, y que era el medio el que los determinaba, más de lo que ellos determinaban al medio. Además, creía en la levitación: «Sólo por el hecho de que la gravitación disminuye en razón inversa al cuadrado de las distancias, debería impedirnos hacer del peso uno de los atributos de la materia», decía. Se había pasado años estudiando el proceso de Cambrai, un convento entero de doncellas que en 1491, poseídas por una ira extraña, empezaron a correr desnudas por los campos y a subir a los árboles y a los tejados, y después se lanzaban al vacío, en el que flotaban.

A Auguste-Guillaume le impresionó tanto la inteligencia de Amo que lo puso a estudiar y, en 1729, el joven africano presentó una tesis doctoral en la Universidad de Halle, en Sajonia. Siguió estudios en Wittenberg donde, años después, ya era profesor. Versado en astronomía y filosofía, con un excelente dominio tanto del latín como del griego, el hebreo, el francés, el holandés y el alemán, Amo acumuló numerosos grados académicos y finalmente fue nombrado consejero de Estado de la corte de Berlín. Con todo, tras la muerte de Auguste-Guillaume, decidió regresar a su tierra natal, Axim, donde en poco tiempo se ganó una gran reputación como santo y adivino. El viajero y aventurero francés Davi-Henri Gallandat lo descubrió allá por 1753 viviendo como un eremita, y en sus memorias describe ese encuentro con todo pormenor y emoción. Parece ser que Amo murió en Chamah, en el fuerte de la Compañía Holandesa de San Sebastián, hacia 1765.

Fue en una monografía de Cameron donde Lúdia encontró por primera vez una referencia, aunque breve, a la vida y obra de Antonio Guilherme Amo. Se emocionó tanto que a pesar de estar en plena época de exámenes dejó a un lado los libros de zoología, ecología y cálculo infinitesimal para investigar el extraño destino del filósofo guineano. Ese año sólo consiguió aprobar una asignatura, pero no le importó, pues en aquel momento ya había descubierto que su vocación no era la agricultura.

Al año siguiente se matriculó en Historia. De su paso por Agronomía mantuvo un proclamado horror a los números y la manía cruel de atribuir a toda la gente, en un latín particular y sin reglas, lo que calificaba, bromeando, ser como «la científica designación de cada cual, añadiendo al método de Lineo ciertas nociones psicofisionómicas». En las cartas que escribió a Antonia Buriti, Viriato da Cruz era *Lupus rex*. Más tarde lo llamó *Orago infelix*. El joven Mário Pinto de Andrade, que viajó a Lisboa en el mismo barco que ella y se matriculó en la Facultad de Letras, era

Mirabilis captiva. Agostinho Neto, *Mantis religiosa*. A una de las sobrinas, Paulete, una mulata de ojos grandes, piel luminosa y trigueña, Lúdia la llamaba *Ardenhia genitalis*.

En Agronomía, Lúdia también se ganó la amistad de Amílcar Cabral. El futuro libertador de Guinea, entonces estudiante de segundo curso de Agropecuaria, se distinguía por la tranquila determinación con la que se enfrentaba al mundo, una inteligencia implacable, un bello perfil de bronce, una voz de encantar pájaros y una galantería que ya no se estilaba. Tenía, además, otra cualidad que lo hizo popular en las fiestas de estudiantes: bailaba rumba como nadie. Lúdia recuerda haber ido con él y Mário Pinto de Andrade al estreno de *Río rojo* —un western de John Wayne, que Mário de Andrade insistió en ver sólo por el nombre: «O este», dijo, «o *Aventura en Shangai*».

A partir de esa fecha los tres empezaron a encontrarse con asiduidad al caer la tarde, al acabar las clases, en la Tapada da Ajuda o en un café cercano al Jardín Botánico. Discutían con pasión las películas en cartelera o los libros prohibidos que les llegaban de Francia y de Brasil y, claro, hablaban de África.

El destino de Amo entusiasmó particularmente a Mário de Andrade, que vivía obcecado con la urgencia de devolver al hombre negro su dignidad ofendida. «Los europeos», decía el joven, «borraron de la historia todas las señales de la presencia cultural de los negros en la civilización occidental; peor aún, pretenden ahora destruir nuestras tradiciones, toda nuestra memoria». Y añadía que había que pasar a la acción: tomar una de las consignas lanzadas por Viriato da Cruz, «Vamos a descubrir Angola», y crear las bases para un vasto trabajo de redescubrimiento de África. Sus ojos brillaban sobremanera cuando decía estas cosas. Hablaba de lo que los negros estaban consiguiendo en Francia. Enseñaba traducciones que él mismo había hecho de poemas de Cesaire o de Senghor: «Mil pueblos y otras tantas lenguas han ganado lengua con tu fe roja. / Y ya el fuego que te consume abrasa el desierto / y África ya se levanta, la Negra y la Morena, su hermana. / África se ha hecho acero blanco, África se ha hecho hostia negra / para que la Esperanza viva para siempre».

CAPÍTULO 2

En 1986 vi en Malasia, en el barco que une el continente con la isla de Penang, unos pájaros negros, parecidos a los cuervos, pero más anchos, voluminosos y pensativos. Caían del cielo y se asían a las barandillas de la cubierta, desde donde se dirigían a los pasajeros con palabras fuera de lo común y con la voz extravagante de un presentador de circo. Hablaban de todo y de nada. Hablaban sobre el estado del tiempo, la salud del rey, el coste de la vida y el humor de Buda. Los pasajeros les hacían preguntas incomprensibles, de esas a las que nadie es capaz de responder, pero ellos respondían siempre, y siempre con ineludible sensatez. En Malasia, estos pájaros me recordaron a Joãoquinzinho. Todo el mundo lo conocía por ese nombre, pero era un hombre inmenso, con una sólida cabeza de toro —Lídia lo llamaba *Capita taurus*. Tenía los brazos gruesos como troncos de baobab.

Lo conocí cuando me escapé de casa y fui a Luanda, en noviembre de 1975. Después estuve cuatro años encarcelado con él. Joãoquinzinho arreglaba relojes. Vivía con su madrina, doña Diamantina, una señora plácida, de edad indescifrable, con una piel tan blanca que parecía hecha de la misma materia que el claro de luna. Era una mujer original. Casi siempre vestía una túnica color crema y se enfrentaba a la furia del sol con uno de esos viejos sombreros coloniales, de corcho, hechos a mano. Joãoquinzinho y ella hablaban poco y sólo por medio de murmullos, pero era evidente que los unía un sentimiento más poderoso que el amor.

Detuvieron a Joãoquinzinho bajo la acusación de pertenecer a la OCA^[33]. La culpa fue mía, porque había escondido panfletos de la organización en su casa. Pero ése no era motivo suficiente para detener a un hombre y, desconfiados por naturaleza y por principio, algunos de nuestros compañeros vieron en el hecho un tortuoso malabarismo de las fuerzas de seguridad del Estado para infiltrarse en el movimiento; sin embargo, enseguida se dejaron cautivar —como yo— por el sortilegio de su discurso arcaico y sobre todo por su estoica sensatez de buey. Al final, cuando la DISA^[34] lo liberó, ya lo habíamos nombrado sin su consentimiento, tan en secreto que ni siquiera él mismo lo llegó a saber, secretario general del futuro Partido Comunista de los Trabajadores (de toda la gente que conocíamos, él era el que más se parecía a un obrero).

Me acuerdo de Joãoquinzinho porque intuyó mejor que nadie la importancia de Antonio Guilherme Amo en la vida de Lídia y cómo su descubrimiento la había transformado. En la cárcel organizamos una serie de cursos sobre temas que iban desde los idiomas a la medicina. En la celda J, donde estuve preso, había varios estudiantes universitarios, dos médicos, un ingeniero y un profesor de inglés. También había un joven tractorista sospechoso de pertenecer al FNLA —nos daba clases de quicongo—, y un famoso verdugo del ejército portugués, el coronel Aristides Lobo d'África, que aceptó dirigir un curso de música clásica.

Lídia, encarcelada en el ala de mujeres, empezó entonces a colaborar en los cursos, haciéndonos llegar manuscritos con clases sobre la historia de Angola, la esclavitud, los descubrimientos portugueses, la revolución francesa y otros temas generales. Inevitablemente también acabó hablándonos de Amo. Normalmente, los manuscritos de Lídia los solía leer Joãoquinzinho, que cumplía su papel con una seriedad inmensa. La historia del filósofo guineano le entusiasmó y cuando, en la tercera clase consecutiva, Lídia volvió a referirse a él, recuerdo que hizo una pausa en la lectura y comentó: «La señora Lídia nos habla como si fuese el otro, el propio Amo».

Precioso anacronismo, este «señora»: en plena euforia revolucionaria, Joãoquinzinho siempre se negó a tratar a quienquiera que fuese de «camarada» y siguió diciendo «señor» y «señora», y a veces incluso «ilustrísimo», o cuando se trataba de altos dirigentes del partido o del régimen, «Su Excelencia, Fulano de Tal».

Si se sentía muy presionado, condescendía a un tratamiento nuevo: «camarada excelentísimo».

CAPÍTULO 3

«**L**a vida y la obra de Antonio Guilherme Amo, filósofo negro africano» fue el tema que Lída eligió para su tesina de licenciatura. Los profesores intentaron disuadirla: sobre Amo no había, le decían, datos suficientes para escribir un artículo, y mucho menos una tesina. Entonces, Lída los desconcertó enseñándoles las notas que había recopilado a lo largo de cuatro años.

Otro profesor, antiguo ministro de Salazar, objetó que una tesina sobre un filósofo negro, completamente desconocido, le parecía una tarea sin gloria y, además, podía ser el origen de molestas interpretaciones:

—Veo que usted es de ultramar —le dijo—. ¿Por qué no desarrolla, por ejemplo, un tema vinculado a los descubrimientos, a nuestras extraordinarias aventuras marítimas?

«Vuestras», corrigió Lída. El profesor la miró con aire asustado. La chica se maravilló ante su propia audacia y entonces se acordó del abuelo. Lo vio sentado en el patio, hablando con otros ancianos sobre su sueño de siempre: la independencia de Angola. Carmo Ferreira le escribía todas las semanas. Al principio eran cartas muy formales, sólo con noticias de la familia y de los amigos; pero, poco a poco, fueron haciéndose más cercanas, más íntimas, llenas de nostalgia y de una especie de urgencia que no sabía definir. «Hoy sé», me dijo Lída, «que se estaba muriendo». Las últimas cartas parecían fragmentos de un diario. En ellas, el anciano hablaba sobre todo de sus ideales: «En cada carta me repetía que yo era angoleña, y que no podía desilusionar a los que confiaban en mí».

CAPÍTULO 4

Era en diciembre cuando Lída más echaba de menos Luanda. En diciembre hace frío en las calles de Lisboa. Una lluvia de telarañas se prende a la ropa y al pelo. La gente es más amarga. En Luanda, por el contrario, el vigor de la naturaleza lo contagia todo. El sol arde. Los pájaros cantan de euforia. Diciembre es un mes de risas y calor —el benigno calor del suelo. Los hombres se sientan a la sombra a beber cerveza. Conversan largamente. Las comadres se perdonan antiguas ofensas. Por las calles resplandecen las acacias encarnadas. Las estrellas, como diamantes, adornan las noches con un brillo nuevo.

Los domingos, Lída iba a la playa con las tías o un grupo de amigas y, cuando volvían, el viejo Jacinto las duchaba con una manguera en el patio.

Jacinto do Carmo Ferreira murió en diciembre de 1953, ya centenario. Lída recibió la noticia en el frío de Lisboa. Seguro que si hubiese sido en Luanda le habría dolido menos. Pero fue en Lisboa y el cielo estaba sucio. El aire segregaba una lluvia viscosa y lenta.

Lída arregló sus cosas, vendió todo lo que no se podía llevar, reunió todo el dinero y compró un billete a Berlín. Se marchó sin despedirse de nadie.

—Fue una decisión repentina —me explicó—, estaba fuera de mí. Con la muerte de mi abuelo sentí que el suelo me quemaba los pies. Sentía que la vida no tenía sentido. Estaba muy confundida y, para complicar las cosas, Mário se había enfadado conmigo.

Todo empezó con una gran discusión sobre la negritud. Mário Pinto de Andrade pretendía incluir algunos poemas de Lída en una antología de poesía negra de expresión portuguesa. En aquel momento él ya se carteaba con Cesaire, Senghor, Diop y Depestre. Había escrito decenas de artículos y conferencias sobre temas como «La expresión en quimbundo», «La literatura negra y sus problemas», «El problema lingüístico negroafricano» o «El folclore en la cultura bantú», y había ayudado a fundar, junto a Francisco José Tenreiro, Agostinho Neto y Alda do Espirito Santo, entre otros, un Centro de Estudios Africanos.

El *Cuaderno de poesía negra de expresión portuguesa* debía de ser, decía Mário de Andrade, «la primera manifestación colectiva de la negritud en lengua portuguesa. La demostración cabal de que los poetas negros de lengua portuguesa han empezado a labrar su propio camino y ejercitan también sus voces para cantar en la gran sinfonía humana». Sin embargo, Lída no creía que su poesía fuese negra.

—Es una equivocación —intentó explicar a Mário de Andrade—. Lo que yo escribo no tiene que ver especialmente con el mundo negro. Tiene que ver con mi mundo, que es tan negro como blanco. ¡Y sobre todo es mi mundo! Si quieres incluir mi trabajo cambia el nombre de la antología por «Cuaderno de poetas negros», pero aun así sería un disparate, como hacer un «Cuaderno de poetas altos» o una «Antología de poesía de las mujeres obesas»...

Mário de Andrade se impacientó y levantando la voz la acusó de falta de solidaridad con sus compañeros y compatriotas: «Y en esta fase de nuestra lucha, la falta de solidaridad se confunde con la traición», añadió.

Lídia era una mujer de corazón cortés y meticulado. Antes de responder, midió sus palabras:

—En el fondo —dijo—, la verdad es que yo no me identifico con la negritud. Entiendo la negritud, soy solidaria con los negros de todo el mundo y me gustan mucho los poemas de Senghor y los cuentos de Diop, pero siento que nuestro universo es otro. Tú, como yo y como Viriato da Cruz, todos nosotros pertenecemos a otra África; la misma África que también habita en las Antillas, en Brasil, en Cabo Verde o incluso en Santo Tomé, una mezcla de la África profunda y la vieja Europa colonial. Pretender lo contrario es una estafa.

Mário de Andrade la miró, a la vez indignado y victorioso: «¡Eso dice Gilberto Freyre!», aseguró, «¡eso es la maldita mistificación lusotropicalista!». Se enardeció. La tenía prisionera en la tela de su argumentación indiscutible y durante media hora la crucificó con palabras duras. Cuando se marchó, parecía estar tan ofendido que Lídia creyó que lo había perdido para siempre.

Durante los días siguientes no pudo dejar de pensar en todo aquello, pero cuanto más pensaba, más se convencía de que tenía razón: «El propio Senghor sufre de la nostalgia del universo criollo en el que transcurrió su infancia». Y estaba pensando en Joal: «Recuerdo a las mujeres a la sombra verde de los balcones. Las mujeres de ojos irreales como el claro de luna golpeando en la arena. Recuerdo las voces paganas entonando el *Tantum ergo*».

Y si con Senghor sucedía eso, ¿qué decir de los poetas que Mário de Andrade quería incluir en la antología? Alda do Espirito Santo, negra de Santo Tomé, cantante de los paisajes criollos de su isla. Francisco José Tenreiro, también santomense, mestizo y criollo, casi toda su vida vivida en Portugal. Noémia de Sousa, una joven mozambiqueña que tenía a flor de piel la inquietud de tantas sangres mezcladas: el padre, natural de la isla de Mozambique, con esa inevitable ascendencia india, árabe, bantú y portuguesa, y la madre, una señora mulata, hija de una negra y de un alemán.

Noémia también estudiaba en Lisboa. Sus poemas se leían en recitales y muchos estudiantes africanos se sabían de memoria dos o tres. Uno de ellos hablaba de su infancia lejana. Hablaba de los pescadores indios, de los gritos de los negros de las barcas, de las matronas aturdidas por el calor. Hablaba de los compañeros de pesquerías, «niños negros y mulatos, blancos e indios, / hijos del lavadero, del panadero, / del negro del barco, del carpintero, / venidos de la miseria de Guachene / o de las casas de madera de los pescadores». Todos, «compañeros en la inquieta sensación de misterio de la isla / de los Navíos Perdidos / donde ningún grito se queda sin eco». A Lídia le gustaba el poema porque le recordaba un poco su propia infancia.

Viriato da Cruz y Agostinho Neto también tenían que figurar en la antología de

Mário de Andrade. Neto, aunque nacido en una zona rural, era hijo de un pastor protestante y su poesía denunciaba la frecuencia de la Biblia y el hábito de los cánticos religiosos. Una vez le enseñó a Lúdia un poema que empezaba así: «Madre Mía / (todas las madres negras / cuyos hijos partieron) / tú me enseñaste a esperar / como esperaste en las horas difíciles. / Pero la vida / mató en mí esa mística esperanza. / Yo ya no espero. / Soy Aquél a Quien se espera».

A Lúdia le desconcertó tanto el último verso que no supo qué decir. Le costó mucho tiempo darse cuenta de que un profeta, para ser auténtico, lo único que necesita es sentirse auténtico.

Sin embargo, el caso más curioso era el de Antonio Jacinto, un luandense hijo de portugueses, muy activo en el medio cultural y con el que Mário de Andrade mantenía correspondencia. Al principio, el joven estudiante de filología no quería influir en la antología: «La negritud no excluye al mestizo, sino que excluye al blanco», le dijo a Lúdia. Además de eso, desconfiaba de los angoleños blancos, de la profundidad de su arraigo. Lúdia también. Ambos sabían que a los blancos les gustaba participar en las iniciativas culturales, pero sólo hasta cierto punto, y raramente estaban dispuestos a prescindir de sus privilegios de raza y de clase. Por ejemplo, en las farras de los estudiantes africanos, los jóvenes blancos aparecían sólo las primeras horas. A continuación, se iban a seguir la noche en las brillantes fiestas de sus colegas metropolitanos, en las que no se veían negros ni mestizos.

Aun así, los poemas de Jacinto eran de los más interesantes, no sólo desde el punto de vista estético, sino también en términos políticos. «Monangambé» era un poema fortísimo, eléctrico: «En aquel campo grande no llueve / es el sudor de mi cara el que riega las plantaciones. / En aquel campo grande hay café maduro / y ese rojo cereza / son gotas de mi sangre hechas savia»; el poema empezaba así y luego seguía tras un grito de protesta contra la explotación colonial: «¿Quién da dinero para que el patrón compre / máquinas, coches, señoras / y cabezas de negros para los motores? / ¿Quién hace prosperar al blanco, / tener la barriga llena — tener dinero? / ¿Quién?».

A Mário de Andrade le hubiera gustado haberlo escrito. Cuando decidió incluir a Jacinto en la antología —en lugar de a Orlando da Costa, un poeta indio nacido en Mozambique, pero que desde niño vivía en Portugal—, le dijo a Lúdia que así ya no los podrían acusar de racismo. «Y además», añadió, «fuera de Angola nadie sabe que Jacinto es blanco».

Por último, Mário también quería incluir en el *Primer cuaderno de poesía negra de expresión portuguesa* al poeta cubano Nicolás Guillén, según él porque era «la voz más vasta de la negritud en las Américas». Lúdia opinaba que la inclusión del cubano definiría la esencia del cuaderno, y que no era de negritud de lo que se trataba: «La genialidad de Guillén ha sido conseguir aportar a la poesía culta el alma criolla de Cuba; él no ha recuperado las tradiciones yorubas. Ha reproducido, eso sí, los modelos de mestizaje que habían tenido lugar en la isla durante siglos. Ha fundido la tradición africana con la tradición europea». La elección del poema «Son número 6»,

de *El son entero*, era casi una bandera del criollismo: «(...) Estamos juntos desde muy lejos, / jóvenes, viejos, / negros y blancos, todo mezclado; / San Berenito y otro mandado, / todo mezclado / (...) / Salga el mulato, / suelte el zapato, / díganle al blanco que no se va... / De aquí no hay nadie que se separe; / mire y no pare, / oiga y no pare, / beba y pare, / coma y no pare, / viva y no pare, / ¡que el son de todos no va a parar!».

Lídia pensaba en todo esto. En cualquier otro momento, la paradoja le habría parecido graciosa. Habría buscado a Mário y éste la habría recibido con esos ojos de lumbre que tenía, le habría dicho cualquier cosa, una frase galante, y las carcajadas de ambos habrían apagado el rencor de la discusión. Pero era diciembre y el viejo Jacinto había muerto. Amílcar Cabral se había casado y había vuelto a Guinea. Viriato da Cruz no había respondido a sus últimas cartas.

Lídia estaba desconcertada. Cansada. Quería seguir investigando el pasado de Amo y sabía que en Berlín existían muchos indicios de su paso. Además, tenía algunos amigos en la vieja ciudad alemana. Entonces vendió todos sus libros, compró un billete de avión y se marchó.

EL EXILIO

«L'exilé partout est seul».

*Viriato da Cruz, en una carta a Monique Chainowicz,
escrita en Pequín, el 23 de julio de 1971*

CAPÍTULO 1

Cuando Diogo Cão y sus marineros desembarcaron en la desembocadura del río Zaire y preguntaron a sus habitantes cómo se llamaba la región, éstos les dijeron que era Soio. Pero Diogo Cão observó que los nativos le respondían, en un portugués correcto, que era «Sueño, señor» y se sorprendió, no tanto por encontrar en aquel fin del mundo a gente ilustrada en el idioma lusitano, sino, sobre todo, por la excelencia y propiedad del nombre.

El cielo se movía y gritaba lleno de pájaros alargados, las ciénagas palpitaban con extrañas formas de vida y el río se derramaba oscuro y pesado hacia dentro del mar, y allí era tan ancho que la otra orilla se confundía con el horizonte.

En 1953 el paisaje seguía siendo casi idéntico, pero la localidad ya no se llamaba Sueño y sí Santo Antonio do Zaire. Ese año, el mismo en que Lídia se trasladó a Berlín, allí nació un niño al que se le puso el nombre de Tiago, más exactamente, Tiago de Santiago da Ressureição André. Fue el primer varón después de siete hermanas. El padre era un ayudante de enfermería natural de la región y la madre una señora de M'Banza Congo que se dedicaba al comercio de telas y se vanagloriaba de pertenecer al linaje real bacongo.

Santiago tenía una memoria prodigiosa. Contaba episodios de su infancia precisando los más mínimos detalles, de tal manera que me convencí de que los inventaba a medida que iba hablando. Después confirmé que no. Solía jugar con él: le leía la página de un libro, sin pausas o repeticiones, y una semana después venía a verme y repetía letra por letra lo que yo le había leído. Raramente fallaba.

La madre de Tiago quería que fuese cura. Pensaba que en cuanto el muchacho tuviese edad, lo mandaría al seminario. Pero las cosas no sucedieron así. Un día, en febrero de 1961, el padre de Tiago llegó a casa muy nervioso. «Creo», dijo murmurando, «que en Luanda ha sucedido algo muy malo, peleas de negros contra blancos, de blancos contra nosotros. Una desgracia enorme». Al día siguiente se supo que las cárceles de la capital habían sido atacadas por grupos de hombres armados con cuchillos y catanas y que los portugueses, enloquecidos de odio y sobre todo de pavor, se habían abalanzado sobre los *musseques* y estaban matando a la gente.

Aquella tarde, el viejo enterró en el patio su bonito traje de domingo, asustado por los rumores que llegaban del sur: se decía que los portugueses detenían a cualquier nativo que vistiese de negro. A un asimilado vestido de negro se le golpeaba en la calle; le daban *cabelenhas*^[35], patadas, le rompían los documentos e incluso podían matarlo; mucha gente, decían, estaba muriendo así. Algunos detalles, según Santiago: «Recuerdo que ese día llovió mucho en Soio y yo me escapé del colegio. Por la noche un hombre vino a ver a mi viejo. Era un pariente del norte. Hablaba en quicongo. Traducía y argumentaba: dijo que había llegado la hora de la redención, que debíamos huir al monte y habló de la UPA^[36]. Dijo que Holden Roberto iba a llegar

en avión para expulsar a todos los *cangundos* y también a los mulatos y a los negros que fuesen amigos de los unos y de los otros».

Santiago recuerda que huyeron una noche con claro de luna: «Nos adentramos en el monte y andamos mogollón». Anduvieron varios días. Por el camino fueron uniéndose a otras familias y cada vez eran más personas y todos hablaban de los rumores de la guerra. Muchos cantaban en quicongo: «Oh Señor, mira a tus hijos. / Mira, Señor, los hijos de Israel / y de Angola, Señor, mira a tus hijos. / La esclavitud se va a acabar».

Algunos hombres llevaban piedrecitas redondas y decían que esas piedras estaban embrujadas y que cuando se lanzaran contra los portugueses explotarían como si fueran bombas. También había quien transportaba viejos fusiles artesanos, y otros o catanas o palos largos. Cantaban: «Los que comen en la mesa con los Flamencos^[37], / a esos se les va a encoger el corazón de miedo. / ¡Pero a nosotros no! / Antoine Ninganessa camina a nuestro lado. / Nosotros no tememos la opresión». Otro cántico hablaba de los cambios que estaban sucediendo: «El país sí, el país cambiará. En realidad / los apóstoles de esta idea se erguirán / el día señalado por el Salvador. / ¡Que cada uno abandone el taparrabos de la tristeza / y se vista con la tela blanca de la alegría! / Esperanza, ¡los blancos van a marcharse! / ¡Nunca más pagaremos impuestos!».

A medida que se adentraban por el monte, la gente iba quitándose la ropa y poniéndose hojas y cortezas de árboles. Antoine Ninganessa era un nombre que se oía cada vez más y, a partir de un determinado momento, todas las canciones ya hablaban de él. Se decía que lo había enviado Holden Roberto para anunciar la buena nueva. Era un profeta.

El pequeño Tiago sentía el miedo en el corazón. Sentía el miedo como si tuviera una piedra enorme oprimiéndole el pecho. Miraba a su alrededor y veía a la gente que había conocido en la ciudad, gente habitualmente sobria, gente tímida, que gritaba y saltaba poseída por extrañas convulsiones. Algunas mujeres agrupaban en el suelo montoncitos de hierbas, pieles de animales, pelo humano y otras cosas cuyo nombre él desconocía. Cosas que antes nunca había visto. Las mujeres hacían esos montones y después les prendían fuego. Y vio prodigios: hombres que entraban en las hogueras, permanecían allí dentro algún tiempo y volvían a salir ilesos y bailando.

Las mujeres traían cestos llenos de tierra blanca y se la daban a la gente para que comiera diciendo que era la tierra donde había sido sepultado Simão Kimbangu^[38], y que los que comiesen de esa tierra se harían invulnerables a las balas de los portugueses. Hablaban de la guerra. Decían que por todo el Norte el pueblo estaba matando blancos; decían que ya habían muerto miles de portugueses. Y, además, decían que Ninganessa ordenaba a las mujeres que mataran a sus hijos mulatos y que cuando no lo hacían, también se las mataba a ellas; de todas formas, tenían que acabar matándolas, porque, después de haber matado a los bebés, enloquecían de dolor y empezaban a gritar incoherencias y armaban tal escándalo que molestaban a

la gente.

Una tarde, Tiago se encontró con Antoine Ninganessa. Era un hombre muy alto y tan flaco que parecía estar a punto de partirse en dos. Tenía el pelo largo y revuelto y unos ojos rojísimos que brillaban de noche como si fuesen ascuas de carbón. Hablaba constantemente. Mientras corría de un lado a otro no paraba de hablar, dando órdenes o rezando en voz alta —levantando al cielo sus largos brazos de araña. Siempre decía que la gente tenía que dejar de imitar a los blancos. Nadie debía vestirse con pantalones o camisetas, nadie debía comer en platos de aluminio, nadie podía utilizar papel higiénico. A veces se exaltaba y gritaba que había que hacerlo todo al contrario de como lo hacían los portugueses. Y, entonces, él mismo daba ejemplo y empezaba a andar hacia atrás, como un cangrejo, o se sentaba en una silla con las piernas dobladas al revés y volvía la cabeza hasta la espalda y hablaba no por la boca, sino por el ano.

Al ver aquello, el padre de Tiago se atrevió a preguntarle si no deberían volverse completamente del revés, el exterior hacia el interior y el interior hacia el exterior, convirtiéndose así, sin dar lugar a las dudas, en lo opuesto de los portugueses. Hablaba con gravedad y seriamente. Sin embargo, Ninganessa lo miró alucinado y le gritó que seguía siendo un blanco, un diablo de blanco, pues sólo un blanco sería capaz de pensar algo semejante. Enseguida ordenó a dos hombres que lo agarraran y cuando lo vio bien sujeto, cogió una catana y le cortó la cabeza de un solo golpe. «La boca del insensato es su ruina», gritó, «sus labios son una trampa para su única vida».

Todo esto me lo contó Tiago de Santiago da Ressureição André. Fue en la cárcel de São Paulo. Santiago era carcelero y le gustaba asustarnos contando casos de violencias y brujerías. Tenía una manera particular de contar esas historias. Se reía a carcajadas. Se reía siempre en las partes trágicas. Contaba que vio la cabeza de su padre rodando por los aires y se ponía a reír. ¡Dios mío! Se reía con todo el cuerpo.

CAPÍTULO 2

En Berlín, Lída conoció a un pintor brasileño llamado Alberto Rosengarten. Era un hombre grande y grueso, doce años mayor que ella. Pero tenía unos ojos muy azules invadidos por una luz risueña, y a Lída le pareció un niño.

Alberto militaba en el Partido Comunista Brasileño. Era un comunista afable, bastante dado a las concesiones de pequeño burgués, el buen vino y la buena mesa, le gustaban las fiestas, los puros caros, el boxeo, los caballos y todas las clases de juegos de azar. Los amigos lo consideraban inmune a los ardides del amor, pero se enamoró de Lída a primera vista.

Fue en la Akademie der Künste. Lída había entrado allí por casualidad y se aburría rodeada de cuadros renacentistas, con ninfas gordas y paisajes tristes, cuando oyó a sus espaldas que alguien le decía en portugués: «Éste no es un sitio para ti». Se volvió y se encontró con unos bruscos ojos azules. Los ojos sonreían. Era un hombre grande y rubio y se reía. «Estoy seguro de que eres brasileña», dijo.

En Berlín aquellos días eran movidos. Los cafés estaban repletos de jóvenes. Bebían chocolate caliente con mucha nata, comían pasteles de frutas y discutían con entusiasmo el destino del mundo. Lída todavía no hablaba bien en alemán y, al no ser capaz de comprender todo lo que pasaba a su alrededor, se sentía perdida. Una antigua compañera de Agronomía le había prestado una habitación en un edificio del siglo XIX que aún conservaba como recuerdo de la guerra la fachada completamente agujereada por las balas. Y mientras esperaba que el gobierno alemán le concediese el estatuto de refugiada y una beca de estudios, se pasaba los días deambulando o encerrada en bibliotecas, intentando encontrar señales de Guilherme Amo.

Alberto Rosengarten la tomó a su cargo. Le encontró trabajo en una editorial y le presentó a su vasto círculo de amigos —pintores, escultores, escritores, agitadores profesionales, camioneros, estudiantes, aristócratas, polacos, en definitiva, los muchos y diversos personajes sin naturaleza definida que habían hecho de Berlín su temporal puerto de cobijo.

Una de las primeras personas que Alberto presentó a Lída fue Nanaya Mestre. Nanaya cantaba jazz en un pequeño club nocturno, El Perro Loco. Tenía una voz cálida y ronca y la natural exuberancia brasileña. Hacía cinco años que había llegado de Bahía —persiguiendo a un amor adolescente— y enseguida se hizo muy popular. También era una médium de celebrado talento y practicaba la cartomancia con regularidad. Vivía en Ceciliem Garten, en el segundo piso de un edificio de color ladrillo, y allí fue donde una tarde de otoño le propuso a Lída echarle las cartas.

Primero le echó el tarot de Marsella. En el pasado reciente, todavía capaz de influir en el presente, le salió la torre —la carta más nefasta, señal de destrucción inevitable. Después le salieron —para el presente— el loco y el ahorcado, indicadores de aislamiento, desorientación e inestabilidad, aliados de la traición y el

abandono. Nanaya descifraba las cartas con ademanes nerviosos, cruzando y descruzando los dedos:

—El ahorcado —dijo— también es una carta que anuncia sacrificio y abnegación.

Lídia le sonrió. Miró por la ventana y vio un jardín solemne, con grandes árboles de hojas doradas. «En medio, cerca de ti, está la estrella», siguió diciendo Nanaya, «es una carta de energía e inspiración creadora. Es también el surgimiento de nuevas ideas y de un profundo optimismo. Los obstáculos, el diablo, serán la irracionalidad, un gran deseo sexual e instintos irreprimibles. En la casa de las aspiraciones, la justicia representa las ganas de superación frente a los obstáculos, la imparcialidad y el equilibrio perfecto».

A continuación, Nanaya le echó el tarot egipcio: «Los primeros oráculos confirman que para ti éste es un periodo de grandes preocupaciones y dificultades económicas», dijo mirándola a los ojos. La angoleña volvió a sonreírle: «Eso ya lo sé».

—Además hay otra cosa —añadió Nanaya—, los oráculos dicen que tienes una relación amorosa importante, pero que no va a durar toda la vida.

—¡Increíble! —se burló Lídia—. ¡Y yo que pensaba que ni dos vidas serían suficientes para un amor tan grande!

CAPÍTULO 3

A los pocos meses de llegar a Berlín, Lída volvió a cartearse con Viriato da Cruz. El joven revolucionario le escribía cartas demoradas, dándole noticias de los amigos y polemizando arduamente, discutiendo de política y de literatura. Yo leí esas cartas y me parecieron importantes para comprender la evolución del moderno movimiento nacionalista. Algunas son bellas piezas literarias. El estilo, aunque coloquial, es depurado y algo distante, como si Viriato no sólo se dirigiese a Lída, sino a todo un auditorio —al futuro.

Lída también me enseñó una acuarela firmada por él: es una imagen del Tundavala, con la hierba alta y verde bordeando el abismo. Calculo que se pintó en 1951, año en que Viriato da Cruz trabajó en la secretaría del Instituto Diogo Cão, en Lubango.

En 1954 le tocó a Mário de Andrade abandonar Portugal e instalarse en París. Lída lo supo porque un día apareció en Berlín un argelino, amigo de Alberto, diciendo que había estado en París, en la Maison du Maroc, con un angoleño llamado Buanga Fele. Al argelino le había impresionado mucho Buanga Fele: «Cuando habla parece que arde», dijo. Y añadió que el joven trabajaba en la sede de la revista *Présence Africaine*.

Lída pidió una semana de vacaciones en la editorial y fue a París con Nanaya. No encontraron a Mário de Andrade en la sede de *Présence Africaine*, en el número 17 de la calle de Chaligny, y la joven le dejó una nota: «¿Eres tú?», y la dirección de la pensión donde se habían alojado.

Mário apareció esa misma noche. Estaba muy delgado, tan delgado que parecía que no tenía cuerpo debajo de la pesada gabardina oscura. Pero sus ojos iluminaban unas diminutas gafas de aros redondos. Brillaban más que nunca. Abrazó a Lída como un náufrago se agarra a una tabla. Sólo cuando se desprendió de ella, advirtió la presencia de Nanaya:

—Creo que ya te conozco —dijo—, me parece que te he visto en sueños.

Conversaron hasta la madrugada. Lída me dijo: «Fue la conversación más larga que mantuve con Mário, y al oírlo hablar comprendí que había encontrado su destino». Nanaya, a la que conocí en marzo de 1991, en Bahía, tampoco se había olvidado de aquella noche:

—Mário habló mucho sobre el trabajo que estaba haciendo en *Présence Africaine*. Creo que era el secretario de Alioune Diop y que debido a esa función conocía a todo el mundo: a Senghor, a Césaire, a Nicolás Guillén, a Aragon y al mismo Sartre.

»La conversación era animada —recuerda Nanaya—, cuando, de repente, Mário bajó la voz, introdujo la mano en uno de los bolsillos de la gabardina y sacó un sobre que entregó a Lída: «Quieren formar un ejército para la liberación de Angola y me han escrito para pedirme armas», dijo. Lída lo miró aturdida, abrió la carta y la leyó:

“No sé qué pensar”, murmuró. Mário estaba eufórico:

»“Argelia ya se ha alzado en armas para liberarse de los franceses. Y nosotros, ¿a qué estamos esperando?”.

CAPÍTULO 4

Para intentar reconstruir todo este periodo de la vida de Lída —los años de exilio, entre 1953 y 1974— estoy utilizando, sobre todo, las entrevistas que me concedió. Nanaya Mestre y otras personas que estuvieron cerca de Lída también me han proporcionado indicaciones preciosas. Pero, a pesar de eso, lo que sé es muy poco.

Sé que aquella semana en París fue importante para Lída. Lo sé porque ella misma se lo afirmó en una carta a Mário Pinto de Andrade, escrita en Berlín y fechada el 20 de enero de 1972: «Recuerdo los pocos días que pasamos juntos, en París, cuando aún todo era posible. Íbamos a liberar Angola, ¿te acuerdas?».

También sé que cerca de un año más tarde Lída dejó Europa y se fue a vivir a Olinda, al nordeste brasileño, con Alberto Rosengarten. Eso lo sé, pero no sé los detalles, las circunstancias, lo que pesó en la decisión de Lída.

Vamos a suponerlo: Alberto la amaba. Alberto quería volver a Olinda, su ciudad natal. Soñaba todos los días con el cielo de Olinda, con la luz del amanecer, con las casas de estilo portugués y alegres fachadas de colores. Alberto amaba a Lída y quería que conociese su país. Empezó a pintar acuarelas tristes, casi transparentes y aun así teñidas de una intensa amargura.

Sospecho que Lída no lo amaba. Otra suposición: Lída aceptaba el amor de Alberto con alegría, pero sin alborozo: «Alberto es un amigo que me hace feliz», le contó una vez a Nanaya. Sin embargo, la ansiedad del brasileño acabó por contagiarla. Las simples contrariedades de lo cotidiano empezaron a parecerle intolerables —los pequeños obstáculos burocráticos relacionados con su permanencia en Alemania, la forma en que la gente la miraba por la calle, la ausencia del mar, el áspero idioma germánico. Escribía a Viriato cartas largas y después las rasgaba, le decía (sigo suponiendo): «Los hombres alemanes son muy altos y rubios: los odio. Sus mujeres son precisas y metódicas: las odio. Los jardines de Berlín son totalmente asépticos. No soporto el silencio de los árboles». En realidad, se trataba de los mismos árboles altos que antes la habían fascinado, pero ahora los miraba y no encontraba en ellos señales de su infancia. «El exilio está ahí donde en nada nos reconocemos», escribió en un poema de esa época, «el exilio es el silencio hostil de las cosas».

Podemos imaginar la evolución de esta amargura: una mañana de diciembre, al despertar, Alberto se lamentó: «En Olinda, la primera luz de la madrugada todavía arrastra el perfume del mar». Estaban acostados y Alberto parecía mayor. Lída se subió encima de él, lo besó en la boca y, mirándolo a la cara y sin sonreír, sólo le preguntó:

—¿Cuándo nos vamos?

CAPÍTULO 5

O linda es una ciudad afable, gemela de la vieja Benguela en las mismas gentes plácidas, e idéntica en el lento respirar de las calles y de las casas bajo el sol. Lúdia se reconoció en ella y quizá hoy aún viviría allí si en la noche del 4 de febrero de 1961 el teléfono no la hubiese despertado súbitamente:

—Tienes que unirte a nosotros, ahora ya no puedes negarte —al otro lado, la voz de Mário sonaba angustiada y perpleja—. ¡Han empezado la guerra!

«¿Quiénes?», preguntó Lúdia. Se hizo un silencio breve pero denso y ella se arrepintió de haber hecho la pregunta. Mário volvió a hablar. Lúdia imaginó su cara tensa. Lo imaginó cambiándose el teléfono a la mano izquierda y limpiándose el sudor con la derecha; en Conakry debería de estar haciendo mucho calor:

—¿Cómo que quiénes? ¡Con qué me vienes ahora! Conecta la BBC y escucha las noticias. Hemos empezado la guerra. ¡Luanda está ardiendo!

Mário parecía ansioso. La verdad es que ni siquiera él sabía quién había empezado la guerra. En mayo de 1960 voló de París a Conakry, donde ya lo estaban esperando Amílcar Cabral, Viriato da Cruz y Hugo de Menezes, hijo de Aires de Menezes, el médico santomense cuya extraordinaria figura tanto marcó la infancia de Lúdia. Mário había conocido al presidente de Guinea-Conakry, Sekou Touré, en París. En la misma época entabló amistad con muchos otros guineanos que acabaron siendo altos cargos del régimen, y tras la independencia de Guinea-Conakry utilizó esas amistades para conseguir ayuda para la causa angoleña. Mientras tanto, Viriato da Cruz también había partido al exilio. El Movimiento Popular para la Liberación de Angola, el MPLA, creado en Luanda por inspiración de Viriato, se afirmaba lentamente y Mário fue elegido secretario general. En Angola, la policía política portuguesa detuvo a decenas de nacionalistas en una operación que marcó el endurecimiento del régimen de Salazar con respecto a las colonias y que pasó a la historia como el «Proceso de los Cincuenta».

Las estructuras de oposición al colonialismo portugués se multiplicaban por todas partes, sobreponiéndose y confundiéndose a un ritmo vertiginoso: el Movimiento de Liberación Nacional de las Colonias Portuguesas, MLNCP, se transformó en Movimiento Anticolonial, MAC, después en Frente Revolucionario Africano para la Independencia Nacional de las Colonias Portuguesas, FRAINCP, y, por último, en Conferencia de las Organizaciones Nacionalistas de las Colonias Portuguesas, CONCP. En el transcurso del «Proceso de los Cincuenta», se mencionaron varias organizaciones nacionalistas, desde el ya entonces extinguido Partido Comunista Angoleño, PCA, a una tal Empresa para la Liberación de Angola, ELA, pasando por la Unión de las Poblaciones de Angola, UPA, liderada por Holden Roberto, un aristócrata quicongo refugiado en Léopoldville. En el Parlamento, en Lisboa, Antonio de Oliveira Salazar ironizaba: «Son pocos, pero cambian de nombre para parecer muchos».

Con la ayuda de China, Argelia y Conakry, el MPLA empezó a desarrollar actividades diplomáticas y propagandísticas a partir de 1960. En diciembre de ese año, en la Cámara de los Comunes, en Londres, Mário de Andrade leyó ante un grupo de periodistas un comunicado en el que el MPLA pedía a Salazar que se atuviera a una reciente decisión de la ONU que exigía a Portugal la concesión de independencia de sus colonias. De lo contrario, afirmaba el comunicado, el MPLA se lanzaría a la acción directa para liberar Angola. Sin embargo, cuando la BBC empezó a divulgar las primeras noticias sobre el asalto a las cárceles de Luanda, el 4 de febrero de 1961, Mário de Andrade, Viriato da Cruz y el puñado restante de exiliados angoleños que formaban el MPLA se pusieron nerviosos: ¿Quién había tramado semejante locura?

—¡Ha sido el pueblo! —dijo Viriato—. O sea, ¡nosotros!

En realidad, el cerebro del asalto a las cárceles de Luanda fue el párroco Manuel das Neves, un mestizo luandense del que Lúcia guarda recuerdos contradictorios: «Me parecía un tipo intrigante», me dijo Lúcia una de las últimas veces que estuve con ella, «incluso cuando hablaba de cosas simples parecía estar hablando de otras cosas. Mi abuelo era muy amigo de él, pero de vez en cuando se enzarzaban en discusiones terribles y pasaban meses sin intercambiar palabra. Algunas personas decían que era un bolchevique. Me acuerdo que la primera vez que oí a alguien utilizar esa palabra fue en relación a él».

Se cuenta que días después del asalto a las cárceles, la PIDE^[39] encontró catanas ensangrentadas escondidas en la catedral, donde oficiaba Manuel das Neves. Muchos de los jóvenes que participaron en la operación eran estudiantes del seminario de São Domingos. Se vistieron totalmente de negro y, además de las catanas y de los palos, también llevaron rosarios y crucifijos de madera. Algunos de los supervivientes confesaron que los palos estaban embrujados y que las catanas habían sido bendecidas por el cura. Los periódicos portugueses nunca dieron la noticia de estos pormenores; al contrario, la mayoría creyó los rumores que atribuían la organización del ataque a ciertas potencias y organizaciones extranjeras, «enemigas de la civilización cristiana occidental». Un responsable político alertó sobre el hecho de que «muchos de los terroristas detenidos sólo hablaban francés» y algunos órganos de información llegaron a dar la noticia del descubrimiento de ametralladoras de fabricación checa. Tampoco hubo un solo periódico que se refiriese a la «Reina» — Engrácia Francisca Cabenha, una virgen de quince años que, por imperativos mágicos, acompañó a los atacantes—, ni tampoco a las oscuras ceremonias y rituales a los que ellos mismos se habían sometido.

Cuando el MPLA reivindicó la autoría de la operación, explicando que lo que pretendía era liberar a muchos camaradas detenidos en el transcurso del «Proceso de los Cincuenta», los ideólogos y altos cargos portugueses respiraron aliviados: el mundo volvía a tener sentido.

El canónigo Manuel das Neves fue trasladado en secreto a una pequeña ciudad del norte de Portugal, Sotuelo, donde le robaron la existencia aislándolo entre las

austeras paredes de una congregación de jesuitas. Lo poquísimos que quedaba de él murió diez años después.

CAPÍTULO 6

*E*n 1961 fue a trabajar a Guinea-Conakry, al Instituto Nacional de Investigación, donde ya trabajaba Mário Pinto de Andrade. ¿Llegó a asumir funciones en la dirección del MPLA?

LÍDIA: No. Participé en muchas reuniones, pero nunca acepté representar al MPLA en encuentros con extranjeros. Mário se enfadaba conmigo, repetía que yo tenía que defender mi opción de clase y comprometerme totalmente con la lucha del pueblo. Me daba risa. Mi abuelo, aunque fuese un anarcosindicalista y un romántico por naturaleza, me enseñó a ser escéptica. Sobre todo, me enseñó a desconfiar de los iluminados, de los que conocen el destino del mundo. Me decía: «Las alas las tienen tanto los ángeles como los demonios y las gallinas. Por precaución, lo mejor es tratar a todos como si fuesen gallinas».

¿En aquella época había más ángeles o más demonios?

LÍDIA: En aquella época éramos aún una media docena de intelectuales sin malicia, gente con una moral revolucionaria a prueba de todo. Eso era el MPLA. Recuerdo que una vez Viriato fue a China en busca de ayuda y regresó con los bolsillos abarrotados de billetes de veinte dólares. El dinero se distribuyó con rigor por las diferentes comisiones y nunca hubo a ese respecto el más mínimo problema. Los problemas empezaron más tarde, cuando el movimiento se extendió. Entonces, algunos de los que habían sido ángeles se convirtieron en demonios. Y otros en gallinas.

El 15 de marzo de 1961, la UPA empezó la lucha armada contra el régimen colonial. ¿Cómo reaccionó el MPLA?

LÍDIA: Bueno, en primer lugar no estoy tan segura de que fuera la UPA. Sí que fue una revuelta campesina, instigada por la UPA, pero escapó al control de sus dirigentes. La respuesta de los portugueses fue terrible. Hace pocos días leí un artículo en un periódico de la época. Contaba que algunos terratenientes blancos, «comprensiblemente desesperados por la pérdida de todos los bienes y la muerte de sus seres queridos» —estoy citando el periódico— se entregaron durante semanas a juegos de muerte. El más popular era el juego de la cola: colocaban a varios prisioneros en fila india, arrimaban el cañón de una arma al pecho del primero y disparaban un único tiro; ganaba el que conseguía, de esta manera, traspasar el mayor número de prisioneros. Pero, vamos a ver, ¿cuál era la pregunta?

Le había preguntado que cómo reaccionó el MPLA al 15 de marzo.

LÍDIA: Con perplejidad, claro. La UPA era un movimiento de derechas; Holden, un fantoche del imperialismo internacional (eso era lo que se decía), pero era la UPA la que contaba con el apoyo de los campesinos y eso era intolerable. Y lo que es peor,

no se podía decir.

*(Entrevista a Lília do Carmo Ferreira,
Luanda, el 23 de mayo de 1990)*

CAPÍTULO 7

Aviones ciegos bombardearon las selvas del Norte durante casi seis semanas. En su fuga desesperada hacia el Zaire, Tiago de Santiago da Ressureição André vio los *quimbos*^[40] arrasados por la furia portuguesa, los ríos y las selvas devorados por el fuego del napalm. Me dijo que cerca de Nova Caipemba encontraron un bosque completamente hecho de cenizas y, dentro, algunas chozas también de cenizas y, dentro de las chozas, esteras y vasijas y diversos utensilios, todo de ceniza. Asidos a las ramas de los árboles había cientos de pequeños pájaros. También de ceniza muerta, con sus alegres canciones de lluvia cristalizadas en la punta de los picos. Las bombas de los portugueses habían trabado el curso del tiempo en el bosque, encerrando aquel instante de aflicción en una redoma de cenizas. Al cabo de un segundo que a todos les pareció interminable, alguien levantó el brazo y con la punta de los dedos tocó la frágil estructura de cenizas. Entonces, todo el bosque empezó a desmoronarse con un lento rumor de lluvia mansa y, con él, los pájaros y las chozas y los utensilios domésticos, y en poco tiempo no quedó nada alrededor, a no ser una vasta planicie de idéntica ceniza.

CAPÍTULO 8

¿ *Cómo reaccionó el mundo al 15 de marzo?*

LÍDIA: La revuelta del 15 de marzo y posteriormente la respuesta de los portugueses situaron a Angola en el centro de atención a escala mundial. La UPA, a pesar de recibir ayuda norteamericana, consiguió despertar simpatías entre algunos sectores de la izquierda revolucionaria, obligando al MPLA a radicalizar posiciones. En entrevistas y declaraciones a la prensa norteamericana, Holden Roberto nos denunciaba como un grupo de comunistas sometidos a Moscú. Al mismo tiempo, al darse cuenta de que la UPA jamás conseguiría afirmarse nacional e internacionalmente mientras se mantuviese unida a los viejos ideales de restauración del Reino del Congo, que desde el principio presidieron su creación, Roberto trató de establecer alianzas con otros grupos e individuos de diferente origen étnico, y así fue como surgió el Frente Nacional para la Liberación de Angola, el FNLA. En conversaciones de pasillo, los dirigentes del FNLA nos definían como hijos de colonos, mulatos y blancos, que pretendían usurpar el poder a sus padres. Ha sido la mejor definición que hasta hoy he oído del MPLA.

Puede que sea una buena definición, pero conviene no olvidar que en Estados Unidos o en América Latina también fueron los hijos de los colonos los que consiguieron la independencia.

LÍDIA: Es verdad, pero antes de eso se preocuparon de eliminar a los indios. Sea como sea, el FNLA buscaba realzar nuestro origen pequeño burgués, insinuando que ninguno de nosotros estaba vinculado a las masas campesinas y que, por eso, no éramos capaces de estructurar un movimiento de acción armada contra la dominación portuguesa. Frantz Fanon, que en aquella época gozaba de gran prestigio entre la izquierda europea debido a la ayuda que prestó a los independentistas argelinos, fue una de las primeras personalidades que defendió esta posición.

¿*Cómo reaccionaba el MPLA a este tipo de acusaciones?*

LÍDIA: En 1962, el Partido Comunista Portugués consiguió, con ayuda soviética, liberar a Agostinho Neto, y entonces fue elegido presidente del MPLA en una Conferencia Nacional, ya en Kinshasa, donde se había trasladado la dirección del movimiento. Es evidente que fue una maniobra para acallar las insinuaciones de la UPA. Neto era negro, era hijo de un pastor protestante y contaba con un gran apoyo popular en su zona de origen, Catete. Además, su encarcelación en 1960 hizo de él un héroe de carisma internacional. En París llegó a correr una petición colectiva que exigía al gobierno portugués que lo liberase. Sartre, por ejemplo, la firmó.

¿*En aquella época nadie ponía en duda el liderazgo de Agostinho Neto?*

LÍDIA: ¡Nadie! Excepto, claro, Viriato da Cruz. Viriato no aceptó la decisión de la

Conferencia Nacional. Se volvió loco de ira: «¡Ese hombre es un autócrata!», gritó en plena reunión, apuntando con el dedo en dirección a Neto. Estaba completamente solo. Mário de Andrade y todos nuestros compañeros de Conakry mantuvieron la boca cerrada. Algunos se levantaron para denunciarlo como oportunista o radical. Yo, en cuanto me enteré de lo que estaba pasando, tomé un avión y volé a Kinshasa para intentar conciliar ambas posiciones. No conseguí nada. Viriato creía que estábamos contra él por el hecho de ser mestizo, y Neto, con aquella obstinación bovina, se negaba a encabezar una lista donde figurase el nombre de Viriato.

*(Entrevista con Lília do Carmo Ferreira,
Luanda, el 23 de mayo de 1990)*

CAPÍTULO 9

Comprendo que la ruptura se hiciera irremediable; Lída regresó a Conakry. Aún se quedó un tiempo en Guinea, asistiendo perpleja y asustada al progresivo delirio totalitario de Sekou Touré. Un día llegaron diciéndole que Viriato da Cruz se había unido al FNLA. Poco después supo que Agostinho Neto se disponía a establecer una alianza con dos pequeños movimientos inspirados por los portugueses y casi de inmediato recibió una llamada de Mário de Andrade confesándole que iba a presentar su dimisión como secretario de relaciones exteriores: «Para mí, aquello fue la gota que colmó el vaso. Me fui a ver a Alberto y le dije que sentía nostalgia de Olinda».

Alberto Rosengarten fue detenido en Olinda en abril de 1964, durante el golpe militar que instauró la dictadura en Brasil. Lída pasó dos meses en las cárceles de Río y de São Paulo y después fue expulsada, consiguiendo, posteriormente, obtener asilo en Alemania.

El comunicado que anunciaba la muerte de Alberto Rosengarten decía que el pintor se había suicidado lanzándose por la ventana de un sexto piso. (Lída: «Puede ser, ya se sabe que a los prisioneros les gusta volar.») También decía que había sido un agente de la KGB y que había llevado a cabo acciones subversivas contra la integridad de un país hermano.

Unos meses después, un autodenominado Comité Rosengarten hizo explotar una bomba junto a la embajada norteamericana, en Brasilia. En la pared destrozada podía leerse una frase con grandes letras rojas: «¡Rosengarten no ha muerto! ¡Vive en el corazón del pue...». La explosión cortó la frase aquí.

EL DÍA ETERNO

«NUESTRA VICTORIA ES IRREMEDIABLE»

*Titular que ocupaba la primera página del periódico
Vitoria Certa, órgano oficial del MPLA,
del 31 de marzo de 1975*

CAPÍTULO 1

En la plaza Primero de Mayo, Zorro intentaba atravesar la muchedumbre y llegar hasta Paulete. Podía verla. Tenía los brazos en alto y bailaba. Zorro imaginó la cara de la chica. Recordó la primera vez que bailaron juntos. Miedo. (¿Sería miedo?) Angustia, inquietud. Bailaban juntos y él bajó los ojos y la vio con los párpados cerrados, sonriendo. Ahora estaba demasiado lejos y de espaldas, pero por los movimientos de los brazos, del torso y de la vasta mata de pelo negro, más espesa aún que la misma noche, Zorro estaba seguro de que sonreía. Tenía los ojos cerrados y sonreía.

A su alrededor, la muchedumbre gritaba. Cantaba. Zorro oía frases sueltas: «¡Viva el poder popular!», «¡MPLA, MPLA!», «¡La victoria es segura!». Un hombre alto y fuerte, que olía a ajo y alcohol, lo abrazó:

—¡Un *kandandu*^[41], camarada! ¡Viva nuestro MPLA!

Zorro llamaba la atención. Mestizo claro. Alto, cuerpo larguirucho, rostro enérgico (suele decirse cortado a navaja), quemado por el sol. Llevaba el pelo largo, recogido en la nuca con una especie de pasador de ébano de modo que parecía una crin. Aquello le daba un aire de rebelde. Apenas tenía veinte años, pero solía decir que tenía veintiséis.

En los últimos doce meses había vivido más que en los doce años precedentes: partió al exilio, conoció a la mujer de su vida, volvió del exilio, se involucró en la lucha política, perdió a la mujer de su vida e hizo la guerra. Comprendió muy deprisa que aquella guerra era un extraño suicidio. Perturbado, descubrió que casi nada de lo que hasta entonces había creído tenía sentido.

En 1974 decidió salir de Angola. Estudiaba segundo de Economía en la Universidad de Luanda cuando se enteró de que su nombre estaba en las listas de reclutamiento del ejército colonial. Se despidió de su madre y se marchó a Lisboa en secreto. Quería llegar a París, donde vivían cientos de desertores angoleños y portugueses. Ya había conseguido establecer contacto con una red que ayudaba a pasar emigrantes clandestinos hasta suelo francés cuando estalló la Revolución de los Claveles. «Quise regresar inmediatamente», me contó, «pero entonces me pasó lo de Paulete. Con mujeres así, todo ocurre de repente».

Sucedió en una fiesta, en casa de unos estudiantes angoleños que celebraban la liberación de un grupo de prisioneros del MPLA. Los jóvenes militantes eran, evidentemente, el centro de atención, pero no fue en ellos en quien Zorro reparó:

—Había mucha gente, mucha histeria. Pero ella estaba tranquila. Estaba parada en un rincón, fingiendo que escuchaba a alguien.

Llevaba un vestido negro y un ancho cinturón de cuero con figuras de latón. Un pañuelo rojo y amarillo le ocultaba el pelo. El vestido, muy corto y ajustado, le dibujaba los senos duros, las piernas largas. Zorro esperó a que el otro se alejara y se

acercó a ella: «Me llamo Carlos Umbertali de Miranda», dijo, «pero todo el mundo me llama Zorro». La chica se rió:

—¿El justiciero?

Zorro estaba harto del viejo chiste. Ese nombre era una cicatriz de infancia. Pero la joven se rió, y su risa sonó fresca y brillante como cristales resquebrajándose. El muchacho también se rió. La invitó a bailar y entonces ella se presentó:

—Paulete —dijo—. Paulete do Carmo Ferreira Bastos. Zorro la miró sorprendido:

—¿Carmo Ferreira? ¿Hija de Lída Ferreira?

Lída do Carmo Ferreira. Una vez, en una velada cultural, Zorro recitó un poema suyo. El poema hablaba de una casa a la orilla del mar: «En la antigua casa donde nací y fui / feliz para siempre / todo sigue idéntico y perpetuo / aún hay la misma la luz / crepuscular / de las habitaciones. El inmenso momento. / Y en los anchos balcones abiertos / sobre el mar / aún hay el mismo perfume / del viento». En los últimos versos, la metáfora se hacía obvia: «En algún lado la Casa espera / a mí, a nosotros. / En algún lado la Casa vive. / Espero. Esperamos / con la secreta ciencia de los árboles / y de los magos. / Una Casa así nada / la devora. ¡Nada!». Fue en 1973. Algunos compañeros se levantaron y aplaudieron largamente. La mayoría no fue capaz de comprender el poema. En realidad, ni siquiera conocían a Lída Ferreira.

En Luanda, los estudiantes universitarios eran casi todos blancos, hijos de portugueses, y vivían en un extraño mundo políticamente aséptico al que no llegaban las graves preocupaciones del presente. En ese universo de fiestas, discotecas, playas, música americana, coca-cola, copas, coches, motos y concursos de mises, África era sólo un rumor lejano. Un paisaje con baobabs y acacias encarnadas, hierba alta y negras de senos duros.

Al final de la velada, uno de los profesores lo llamó discretamente a su despacho: «Lo que has hecho es un disparate», le dijo. Zorro no dijo nada. Nadie conocía a ese hombre. Hacía pocas semanas que había llegado de Portugal y parecía evitar a los alumnos y a los mismos colegas. Corría de boca en boca que era un informador de la PIDE. El profesor se levantó: «Lo que has hecho ha sido un disparate», repitió, «ha sido una provocación gratuita, una niñería, pero quiero darte la enhorabuena por tu valor». Le extendió la mano. Zorro vaciló un instante y después hizo lo mismo. Con ese gesto empezó su formación política. El portugués pertenecía a un minúsculo partido maoísta cuya dirección estaba exilada en París y tenía acceso a libros y a folletos prohibidos. Zorro empezó a frecuentar su casa. Corrían las cortinas, ponían la radio con el volumen al máximo y se pasaban horas y horas discutiendo las estrategias de la revolución, el problema colonial, los éxitos y los errores de la lucha colonialista.

El profesor era muy crítico en cuanto al papel del Partido Comunista Portugués y del propio MPLA: «Ambos están en manos de un grupúsculo revisionista», decía, «están rendidos a los intereses soviéticos. El MPLA quiere la independencia de

Angola para que el imperialismo soviético extienda sus garras en el África Austral. Viriato da Cruz lo denunció y tuvo que refugiarse en China. Quien domine el África Austral dominará el mundo». Zorro estaba asustado, nunca había considerado la situación desde ese punto de vista. Cuando decidió partir al exilio, el profesor le enseñó una lista con nombres y direcciones de compañeros en Portugal y en París: «Quiero que te la aprendas de memoria, después quema el papel». Zorro aceptó. Al cabo de una semana, ya en Lisboa, descubrió que se había olvidado de todo.

A Paulete le hizo gracia la pregunta de Zorro:

—¿Hija de Lúdia? Lúdia es mi tía y, que yo sepa, no tiene hijos. Da clases en Berlín, en la Universidad.

Fueron a bailar. Alguien había puesto Angola 72 y Bonga cantaba *Kilumba diá Ngola*. Zorro notaba en sus brazos el calor de Paulete. Notaba su olor y el ritmo, la urgencia del ritmo. Escuchaba la voz ronca que cantaba como si la tuviese dentro: «*Kilumba ayá mié, Kilumba ayá mié, Kilumba ayá mié mu Angolá, Kilumba ayá mié*». Bajó los ojos y la vio con los párpados cerrados, la sonrisa ausente.

En la plaza Primero de Mayo volvió a sentir miedo. (¿Duda? ¿Inquietud?) «Ya se ha escapado», pensó mientras se acercaba a ella. «No es una mujer, es un presentimiento». La tocó en el hombro. La chica se volvió y le abrió unos ojos profundos:

—¡Zorro! —gritó abrazándolo—. ¿Cuándo has llegado?

«Estoy llegando», dijo Zorro. Hundió la cara en su densa mata de pelo y le susurró algo al oído. La muchacha sonrió:

—Eres un reaccionario —dijo—. Un hijo de la gran puta.

—Mucho peor —murmuró Zorro—. Un hijo de la lucha.

CAPÍTULO 2

«**E**n Catengue», me contó Zorro, «llegó un momento en que pensé en acabar con todo. Porque no había caminos. Yo ya no creía en nada, pero sabía que no tenía derecho a contagiar a los demás con mi descreimiento».

La historia de Zorro: estuvo en Catengue. Una mañana despertó y vio la tierra roja, los montes sumergiéndose en la bruma. Escuchó un gemido y descubrió a una niña que se moría a su lado. Era una muchacha de unos dieciséis años: «Sujetaba con fuerza una Ka-2 y me sonreía. Me dijo: “Vamos a darle una paliza a esos gilipollas, comandante. ¡Vamos a ganar!”. Yo sabía que no».

Zorro era comisario político de escuadrón. En octubre lo nombraron responsable de logística del Comité de Emergencia para la Defensa de la Ciudad de Moçâmedes. Sin embargo, cuando se lo comunicaron, Moçâmedes había sido ocupada por el ejército de Sudáfrica. El grupo que defendió la ciudad hasta el final estaba formado por niños de diez años. Nadie se salvó. Zorro también se enteró de eso. Aún así, se metió en un viejo Dakota y voló hasta Benguela.

«Participé en los combates de ocupación de la ciudad», me dijo; «resultó fácil, porque la delegación de la UNITA^[42] era militarmente muy débil. Casi no hubo sangre». Mientras tanto, la columna sudafricana había subido hasta Coporolo. Aquí se dividió: quince blindados se dirigieron a Benguela y cinco a Cubal. Zorro asistió de lejos a las maniobras: «Lo vi todo con mis prismáticos. Luego me enteré de que las FAPLA recibieron festivamente a los cinco blindados. Para tranquilizar a los soldados, el alto mando de las FAPLA, en Luanda, mandó un mensaje garantizando el envío rápido de refuerzos. En Cubal, los soldados vieron llegar a los sudafricanos, pensaron que eran los refuerzos que les habían prometido, abandonaron sus trincheras y se pusieron a bailar en medio de la carretera».

Simon du Plessis, un joven teniente sudafricano que conocí en la cárcel de São Paulo, en Luanda, iba en uno de esos blindados: «Llegamos a Cubal», me contó, «y vimos que la carretera estaba llena de negros y que estaban todos bailando. Quise parar el coche. Llamé la atención del artillero, le dije: “Esos cafres están bailando. ¿Por qué rayos bailan?”. Se rió: “No sé”, respondió, “hay cosas que no podemos saber. ¡Esos bastardos no son como nosotros!”. Y empezó a disparar. Ese día matamos a muchos de los vuestros».

La prioridad de las jefaturas militares de las FAPLA era proteger Luanda. Nadie sabía exactamente lo que se tenía que hacer con los sudafricanos y las escasas instrucciones que llegaban se contradecían unas a otras. En Catengue, un cubano, el capitán Rodríguez, asumió el mando de las operaciones. «Cometimos un error tras otro», me dijo Zorro, «primero porque podíamos haber abandonado a su debido tiempo las posiciones que sabíamos que eran insostenibles y haber retrocedido al interior, a la zona de los mumuilas o de los mucubales. En ese momento, la orden no

era la de retroceder. Retrocedimos después, ante los sudafricanos, dejando atrás armas y equipajes. Después de ese desastre vino Catengue. Montamos una defensa asentada en tres líneas de fuego. Una a tres kilómetros de la bifurcación, otra a cuatro y la última a cinco. El capitán Rodríguez quiso que fuese yo el que disparase el mortero y con el primer tiro —¡tuve suerte!— reventé el blindado que tenía delante. Pero después, los sudafricanos empezaron a responder y enseguida silenciaron a la primera línea, y luego a la segunda y, al final, a la tercera».

Entonces retrocedieron a un lugar a veinte kilómetros de Coporolo, un valle a través del cual serpentea la carretera. El capitán Rodríguez explicó que era necesario cavar trincheras y esperar allí la llegada de los sudafricanos. Zorro protestó, le parecía más sensato montar la emboscada en las montañas. Rodríguez lo acalló con un grito:

—¡Coño, será como lo digo yo!

Aún estaban cavando las trincheras cuando los blindados sudafricanos surgieron por detrás de ellos —habían abandonado la carretera y atajado por un camino— y empezaron a disparar: «La consigna fue “¡Fuera-fuera-fuera!”», me contó Zorro. «¡Nos metimos por el monte y sólo paramos en Benguela!».

La madrugada en que sucedió la batalla de Catengue, Zorro se despertó y vio a su lado a una niña muriéndose: «Estaba en las últimas», me dijo Zorro, «tenía una bala en el pecho y perdía mucha sangre. Le pregunté de dónde era y me dijo que había nacido en Moçâmedes. Yo también soy de Namibe. Sentí curiosidad y quise saber cómo se llamaba».

La chiquilla lo miró con una misteriosa expresión de orgullo:

—Quiero Ver-el-Fin.

CAPÍTULO 3

«¿Zorro? Ya lo conocía por el nombre».

—Ya lo conocía —dijo Paulete—. Todo el mundo lo conocía. Decían que estaba loco, decían que no le tenía miedo a nada. Me gustó porque sabía bailar y era tímido y delicado. No intentó enseguida llevarme a la cama, como hacían los demás.

Paulete estaba entonces terminando el instituto. Los padres la habían mandado a Lisboa a casa de una tía, tras un escándalo que conmocionó Benguela:

—Una historia estúpida —me explicó Paulete—. Un profesor se enamoró de mí. Estaba casado y era mucho mayor que yo. Un día me pidió que lo acompañara a su casa porque tenía algo importante que decirme. No le dio tiempo a decirme nada. Su esposa apareció con una pistola en la mano, le pegó un tiro y, de inmediato, intentó suicidarse, pero temblaba tanto que no fue capaz. El pobre hombre acabó con un boquete en el cuello. Me escribió una carta mientras estuvo en el hospital y ésa fue la última vez que tuve noticias de él. Luego, mis padres me mandaron a Portugal.

La historia que se contaba en Benguela era un poco diferente, pero siempre sucede así: el que cuenta un cuento añade un punto, en Luanda, dos o tres, y en Benguela, del cuento se hace una novela. Lo cierto es que Paulete marchó a Lisboa y ahí estaba cuando estalló la Revolución de Abril. Anduvo por las calles gritando con el pueblo, fue a las elecciones, participó en las interminables asambleas de estudiantes que exigían el fin de las clasificaciones elitistas, la expulsión de los profesores reaccionarios y que ni un soldado más fuese embarcado para África. Asistió a las reuniones clandestinas del MRPP^[43], en las que se discutía si el pelo largo era reaccionario o no, con sus defensores señalando el ejemplo superior de Marx y sus detractores rebelándose contra el movimiento hippie, síntoma de la decadencia irremediable de la sociedad capitalista.

En la época en que conoció a Zorro ya había leído lo elemental de Marx y Enver Hoxha y defendía la creación en Angola de un nuevo partido de la «izquierda revolucionaria, capaz de representar a los trabajadores, a los campesinos y a las masas oprimidas de los *musseques*». A Zorro le impresionó la energía de Paulete: «Salíamos todas las noches, íbamos a pegar carteles o a fotocopiar manifiestos y no regresábamos a casa hasta la madrugada. Yo había alquilado una habitación en Graça y Paulete dejó a la tía y se vino a vivir conmigo. Hacíamos el amor aún sucios de tinta o de cola, pero a las siete de la mañana ella ya estaba en pie, limpia y fresca, como si hubiese dormido la noche entera».

CAPÍTULO 4

Cuando se soltó de los brazos de Paulete, Zorro se dio cuenta de que la chica iba acompañada de un joven blanco, fuerte, el pelo y la barba larga, mal arreglada, y unas gafas de aros redondos que parecían muy pequeños en mitad de una cara ancha. Paulete se lo presentó a Zorro con una sonrisa ambigua: «Francisco Borja Neves, un amigo de Benguela. Quizá ya hayas oído hablar de él, tiene la manía de ser poeta».

Zorro le dio la mano y el otro la apretó con fuerza: «En efecto», le dijo, «recuerdo haber leído algo tuyo en el *Jornal de Angola*».

En realidad, Paulete le había hablado mucho de él. Fue su primer novio. «Era un chico de buena familia, de Lobito, hijo de un ingeniero del ferrocarril». Paulete hablaba de él en tono neutro (eso era lo terrible de ella, aquel tono de voz): «Lo conocí cuando tenía dieciséis años. Yo era virgen, pero me veía a mí misma como una mujer fatal. Salía a pasear de noche, sola, con una minifalda roja, diminuta, y un sombrero de terciopelo».

La gente murmuraba. En el instituto, los chicos enmudecían a su paso. La madre le montaba escenas en casa. «Eso era lo que yo quería, ¡asombrar a la burguesía!». Una noche, un coche pitó detrás de ella. Francisco Borja Neves, al volante de un Jaguar E, descapotable, se daba empaque. Se reía:

—¿Qué hace una mujer como tú en un sitio como éste a la una y media de la madrugada?

Película americana, años cincuenta: «¡Eramos tan idiotas!». Paulete lo miró con intensidad:

—Estoy paseando —respondió—. Paseando la angustia.

Empezaron a salir: «Estuvimos saliendo un año, un poco más. Todas las semanas había una fiesta en casa de alguien. Se bebía mucho, se fumaba mogollón, se discutía de música y de fútbol. Los sábados íbamos en coche hasta Baía Azul, Caotinha o Sombreiro. Xico hacía pesca submarina y yo me quedaba tomando el sol. Por la noche nos bañábamos desnudos y era algo maravilloso: con el claro de luna, el mar hervía de peces. Nos quedábamos muy quietos y venían a picotearnos el cuerpo».

El romance duró hasta que apareció en Benguela un cantante español que imitaba a Elvis Presley en una discoteca de moda. Paulete se enamoró del español y empezó a acompañarlo a todas partes. Borja Neves perdió el norte: lloró, prometió y amenazó, la persiguió días ininterrumpidos por las calles de Lobito y de Benguela. (Paulete: «El amor hace que la gente se vuelva ridícula. El odio es un sentimiento más respetable.») Mientras tanto, sucedió el episodio del profesor y Paulete fue deportada a Lisboa. En septiembre de 1974 regresó a Angola con Zorro y, en cuanto llegó a Benguela, descubrió a otro Borja Neves. El chico se había convertido en el delegado de la juventud del MPLA y estaba entusiasmado preparando la revolución. Hablaba cantando, imitando el habla del pueblo. Se dejó crecer la barba y proletarizó su bonito Jaguar. El coche parecía un funicular, siempre lleno de gente, quincallería, cubierto

por el polvo de los *musseques*. Pegado a una de las puertas llevaba un cartel enorme con la bonita cara del comandante Valodia, asesinado a traición, y la consigna «La victoria es cierta, la lucha continúa». Le robaron el coche poco tiempo después, pero a Borja Neves no pareció molestarlo: «Era una simple excrescencia de mi pasado burgués», le dijo a los amigos; no obstante, cuando después se enteró de que el coche había ido a parar a manos del representante local del FNLA se enfureció: «¡Son unos payasos!», se desahogó. «¡No tienen ni idea de lo que les costó a mis padres hacerme burgués!».

Los padres de Borja Neves habían regresado a Portugal, pero él se negó a acompañarlos y vivía solo en la enorme vivienda de la familia, en Restinga. Decir solo no es del todo cierto: compartía la casa con un criado, André Calandula, principal objeto de su adoctrinamiento político.

«Era una casa enorme», me contó Paulete, «con unas nueve o diez habitaciones y unos cinco cuartos de baño. Francisco creía que un comunista no podía tener criados y por eso ascendió a Calandula a colaborador —y lo instaló en una de las habitaciones de invitados. Cuando marchó a Luanda, Calandula siguió en la casa y en el MPLA. Murió durante la ocupación de la ciudad por parte de la UNITA».

Zorro se acordaba de él. «Tras el desastre de Catengue huimos a pie hasta Benguela, donde pasamos un mal trago. Casi toda la población simpatizaba con la UNITA y cuando se dio cuenta de que habíamos sido derrotados, corrió detrás de nosotros a pedrada limpia y con burlas e insultos. El tal Calundula es un personaje al que no puedo olvidar, porque en medio de todo aquel desconcierto, mientras nuestros jefes militares quemaban los polvorines y huían encabezando las tropas, él se comportó con mucho valor. Insistió en quedarse, incluso solo, y se quedó. Nunca más oí hablar de él».

A finales de 1974, Borja Neves fue a Luanda a estudiar economía y se comprometió con la Revuelta Activa^[44]: «Fui yo la que le presentó a Lúdia y a Mário Pinto de Andrade», recuerda Paulete. «En esa época, había empezado a colaborar con el *Diário de Luanda* y quería hacerle una entrevista a mi tía».

Hacía unos tres meses que Lúdia estaba en Luanda y pasaba los días reunida, intentando establecer lazos de entendimiento con los diversos grupos que se peleaban dentro del MPLA y en la periferia: «Borja Neves vino a verme para pedirme una entrevista y enseguida se mostró interesado en colaborar con la Revuelta Activa. Creo que asistió a unas tres o cuatro reuniones. Parecía un buen chaval, pero hablaba demasiado, estaba siempre justificándose. Tenía una gran necesidad de demostrar que lo sabía todo y que era tan angoleño como cualquiera de nosotros».

En una de las primeras reuniones, donde también estuvo Mário de Andrade, se decidió que, por cuestiones de seguridad, cada uno de los presentes tenía que elegir un nombre de guerra. Una doctora mestiza dijo que se llamaría Ginga. Un joven alto, recién llegado de un prolongado exilio, no lo dudó ni un segundo: «Yo soy Kalungá», dijo. Hablaba con un marcado acento parisino y utilizaba términos y construcciones

de la lengua francesa; por ejemplo, decía siempre *affaire*, en vez de *asunto*, y cuando los demás se distraían, golpeaba en la mesa con los nudillos de los dedos y gritaba: «Hay que hacer atención».

Un segundo joven, sentado delante de Borja Neves y al que todos los demás trataban con gran complicidad, sonrió: «En cuanto a mí, elijo Kalengue, el nombre que me puso mi abuelo».

Borja Neves ya había pensado varias veces en ponerse un nombre de guerra, pero nunca llegó a conclusión alguna. A medida que se acercaba su turno, se fue poniendo nervioso. Mentalmente intentó recordar el poco umbundo que sabía, pero sólo se acordaba de *tchipepa*^[45]. En quimbundo era más fluido: *quimbanda*^[46], *candengue*^[47], *camba*^[48], *monangambe*^[49]. Pero nada de aquello le servía: «¡Vaya por Dios!», pensó afligido, «van a decir que soy portugués». Intentó concentrarse: *jinjuba*, *jindungo*, *kiabo*^[50], *kitaba*^[51]. ¡Maldita sea! En ese momento sólo se acordaba de nombres de comida. Alguien preguntó: «Y Xico Borja Neves, ¿ya lo ha decidido?».

—¡Ya lo tengo! —dijo Francisco empapado en sudor—. ¿Puede ser Nigua?

«Así fue como pasó a ser conocido como Xico Nigua», me contó Lúdia. En la misma reunión también había un joven protestante natural de Dondi. Se llamaba Nendela Epalanga; cuando le preguntaron qué nombre elegía se lo pensó un poco y dijo: «José, me gustaría ser José». Se hizo un silencio forzoso. Lúdia sonrió: «Yo seré Maria», dijo, «¡Maria es bastante apropiado!».

CAPÍTULO 5

Ángel Martínez, el mercenario, abrió los ojos y vio la noche irrumpir en llamas. Delante de él, el monte Quifangondo se recortaba contra el súbito esplendor del cielo. Cerró los ojos y vio el fuego, el caos, el pánico: «Estoy en el infierno», pensó.

Estaba muy cerca.

A pocos metros, en mitad de la carretera, un blindado Panhard ardía. El propio pantano ardía en muchos puntos; de repente se encendía una luz y otra y otra, como brascas estrellas fatuas. Formaban líneas, figuras, rápidas constelaciones, y en unos segundos pensó que el mundo había cambiado: «Aquí estoy yo», pensó, «tumbado de espaldas sobre la noche, y la tierra es cóncava y arde». Pensó en su abuela, la alegre Rosalía Hernández, diciéndole en su bonito español de Cuba que cuando llegara el fin del mundo todas las cosas cambiarían de sitio: «De las fuentes brotará fuego. Las estrellas caerán sobre la tierra transformando el agua del mar en sangre y la de los ríos en absenta. La noche se hará día y el día, noche. El aire se llenará de langostas grandes como caballos, y sus caras serán como las nuestras, con largos cabellos de mujer, y el fragor de sus alas será como el de mil coches corriendo hacia la guerra. Y habrá relámpagos, voces y truenos. Los desiertos se cubrirán de nieve y el sol abrasará los hielos polares».

La pierna herida hacía que le doliera todo el cuerpo y tenía sed, una sed ansiosa, insensata: «Angelito, estás jodido», dijo en español. Siempre que hablaba consigo mismo lo hacía en español. Además, sólo consigo mismo era cuando hablaba en español. Incluso cuando era un crío, en casa, sólo utilizaba el inglés, porque tenía miedo de que se burlasen de su acento. Los adultos lo llamaban «el pequeño gringo».

«¿Quién te ha mandado meterte en esta guerra de negros?», hablaba poco a poco, sintiendo como las palabras se le formaban en la boca. Naranjas. Le apetecía comer naranjas. Tres semanas antes, en Kinshasa, le habían ofrecido unas espléndidas naranjas dulces como la miel. «En Miami también había buenas naranjas», pensó.

Fue alcanzado por metralla de mortero y ni siquiera uno de los malditos soldados zairenses se detuvo para socorrerlo. Los vio huir como ratas, asidos como racimos a los camiones, o corriendo alucinados mientras los misiles reventaban y lanzaban por los aires trozos de árboles y el barro y los lodos profundos de la ciénaga. Acababa de caer, herido en la pierna derecha, cuando una explosión violentísima lo proyectó fuera de la carretera. Aturdido, vio los Panhard de los comandos portugueses destruirse uno a uno. Sabía que quienes operaban en los Órganos de Stalin, en lo alto del monte, eran soldados cubanos: «Uno de ellos podría ser mi hermano».

Había pensado en eso muchas veces. Tres días antes, mientras estuvieron acampados en el Morro da Cal, vio a un grupo de cinco soldados que avanzaba por la carretera. Con los anteojos se distinguía perfectamente el uniforme verde oliva del ejército cubano. Los soldados avanzaban despreocupadamente, riendo y conversando. Ángel los apuntó con su MG-42, esperó a que estuvieran a tiro y disparó. Uno de los

soldados cayó, se incorporó rápidamente y empezó a correr. Ángel volvió a disparar y el soldado cayó de nuevo. Aún volvió a levantarse, ayudado por otro, y siguió corriendo. Ángel iba a disparar otra vez cuando se le ocurrió que quizá aquel hombre podía llamarse como él:

—Me dio pena y le disparé a otro; ése cayó y ya no se levantó. Parece mentira, pero cuando le quitamos los documentos vi que se llamaba Martínez. José Martínez.

Ángel Martínez se unió a los guerrilleros de Holden Roberto a principios de octubre, tras leer un breve anuncio en *Soldiers of Fortune*: «Atención. Si eres aventurero o técnico militar y quieres combatir contra el imperialismo comunista en África, contacta con el teniente coronel Brown, S. F.» Ángel tenía veintisiete años y no tenía trabajo desde que había vuelto de Vietnam. Educado en el odio al comunismo, militaba en un movimiento de exiliados cubanos cuya principal ocupación consistía en elaborar minuciosos planes para una sublevación armada contra el régimen de Fidel Castro. Cogió el teléfono y llamó a la redacción de la revista.

El teniente coronel Brown dirigía *Soldiers of Fortune*. Ángel lo encontró en su despacho. Era un hombre fuerte y de aspecto saludable. Llevaba una camiseta blanca con la inscripción «Volar - La muerte viene de arriba». Detrás de él un cartel que decía: «Hazte mercenario. Viaja a tierras lejanas, conoce a personas interesantes... y ¡mátalas!».

Brown le dijo que también había estado en Vietnam. Hablaron un rato de la guerra y descubrieron que tenían amigos comunes. Al final, Brown miró fijamente a Ángel: «¡Me parece que usted es el hombre adecuado!». Entonces le explicó que un representante del FNLA, movimiento que luchaba en Angola contra rusos y cubanos, estaba buscando a un hombre especial, capaz de cumplir una misión difícil pero gratificante: «Un dirigente del FNLA se ha visto obligado a esconder en una pequeña ciudad del norte de Angola, Damba, una cartera con diamantes. Toda esa zona está ahora al rojo vivo, los soldados del FNLA luchan contra los comunistas del MPLA y también —tenemos informaciones al respecto— contra soldados cubanos que reciben ayuda de técnicos rusos y de la Alemania roja. Su misión consiste en recuperar ese maletín».

Ángel quiso saber cuánto valían los diamantes.

—Mucho dinero —dijo Brown—. Lo suficiente como para que el FNLA siga en la lucha dos o tres años más. Y usted tendrá derecho a un diez por ciento.

Ángel pensó un poco:

—Me parece bien —respondió—. Cuando el dólar manda, hasta la mierda anda. En cualquier caso, aunque los diamantes fuesen realmente para combatir a Fidel ni siquiera querría tanto. Me bastaría con el cinco por ciento.

Cuando llegó a Kinshasa le dijeron que Sudáfrica había entrado en Angola y que la situación militar debería decidirse a más tardar el día 11 de noviembre, fecha prevista para la independencia de Angola. Pero no era del todo seguro: a Luanda

estaban llegando cientos de soldados cubanos, bien entrenados, armados y con municiones, lo que podría invertir el curso de la guerra. Era importante recuperar el maletín con los diamantes, pero aún lo era más contribuir a la conquista de la capital. Le ofrecieron trescientos dólares a la semana por dirigir un batallón de soldados del ELNA, el ejército del FNLA. Ángel dijo que sí. En menos de un mes ya estaba en Quifangondo.

En ese momento ya se había convertido en un personaje mítico entre las tropas del ELNA, los zairenses y los comandos portugueses. Fue él quien tuvo la idea de interceptar un pequeño avión que abastecía la hacienda Margarida, ocupada por militares de las FAPLA. Un piloto portugués, un hombre bajo, seco y lleno de tics, al que los compañeros llamaban Bom Alvega, aceptó volar con él en un bimotor Beechcraft.

Despegaron del aeropuerto de Ambriz y subieron hasta seis mil pies. Volaron en círculos durante casi dos horas sin encontrar señales del avión del MPLA, hasta que decidieron tomar la ruta de Luanda. Entonces lo vieron: era un Cherokee Six, monomotor, y volaba delante de ellos, a la misma altura, de vuelta a la capital. El piloto portugués hizo que el Beechcraft descendiera unos pies y se colocó a la derecha del blanco. Ángel tenía una visión perfecta de la barriga del aparato. Montó una ametralladora Browning 30 en la ventana de su izquierda y empezó a disparar ráfagas cortas, una y otra vez. A través de la radio, Bom Alvega dio fe de la desesperación del otro piloto: «¡Nos están disparando!», lo oía gritar, «¡Fascistas! ¡Fantoches de mierda, nos han tocado!».

El monomotor se lanzó en picado en un intento por escapar al fuego de Ángel y empezó a serpentear entre las montañas, en vuelo rasante, a unos cinco o seis metros del suelo. Bom Alvega se lanzó en picado detrás de él, persiguiéndolo de cerca. Ángel cambió una caja de doscientas cincuenta balas y volvió a disparar intentando alcanzar el motor. De pronto, el Beechcraft se estremeció y, sólo entonces, Bom Alvega reparó en que uno de los tanques estaba vacío. Estiró de la manga y el avión subió dando tumbos. Mascullando imprecaciones y palabrotas, Bom Alvega cambió el selector de los tanques, abrió la manecilla de mezcla y bombeó el combustible a mano. Cuando se recuperaron del susto, el Cherokee Six había desaparecido.

Ángel Martínez sonrió al pensar en la aventura del avión. Aquello lo había convertido en un héroe a ojos de los zairenses y de los infelices guerrilleros del ELNA, pero no le valió de mucho en el asalto a Quifangondo. Sus propios soldados se habían negado a avanzar y sólo cambiaron de idea cuando él se sacó la pistola y fusiló al que creía que era el cabecilla de la revuelta. Entonces tomaron las armas y bajaron al Morro da Cal, pero en cuanto entraron a la ciénaga de Panguila y los misiles empezaron a llover, lo abandonaron todo y huyeron. Algunos tuvieron que verlo cuando le alcanzó la metralla del mortero: «Seguro que me vieron caer», pensó con rabia, «me vieron caer y ni siquiera se pararon a ayudarme».

La noche volvía a estar en silencio y ya las estrellas brillaban a miles. La

espectacular fusilería parecía haber acabado y, sólo entonces, Ángel comprendió el motivo: «Esos cabrones estaban festejando la independencia», pensó, «ya pasa de medianoche, es 11 de noviembre y nosotros no hemos entrado en Luanda. ¡Fidel ha vuelto a ganar!».

Pensar en eso lo colmó de ira y de fuerza: «¡No me pillarán!», gritó. Intentó incorporarse y fue como si la noche se le echara encima. Pero lo intentó de nuevo, y esa vez logró arrastrarse unos metros. Descansó un poco, se incorporó, se agarró la pierna con ambas manos y dio unos pasos más; de repente, tropezó y cayó. Palpó el suelo y sintió una cosa fría y blanda. Apartó la hierba y vio la cara de un hombre blanco, con los ojos abiertos, la cabeza enterrada en el cieno hasta las orejas. No tuvo que mirarlo dos veces para saber que era un cubano: «¡María santísima!», exclamó en español. «Creo, compañero, que estás peor que yo». Se sentó al lado del muerto y así se quedó un buen rato. La noche, en ese momento, le parecía más grande. En la memoria se le agolpaban imágenes rápidas de La Habana: el verde y el verde, el azul y el azul, las hojas de las palmeras bajo el cielo. Las luces de los casinos. Su padre, paseando con él por las calles encharcadas de lluvia, señalando con la barbilla los coches de los gringos: «Mira», le decía, «ése es un Plymouth Sport Fury, un día tendremos uno. El rojo es un Cadillac, un coche excelente, por desgracia devora gasolina; el descapotable es un Lincoln, con dirección motriz, tampoco me importaría que fuese mío».

Y, después, la revolución: el griterío de su madre y de los criados. La huida a Miami en un barco abarrotado de gente. La abuela, doña Rosalía Hernández, apretándole la mano: «No te preocupes, Angelito, tu padre vendrá a buscarnos». Nunca fue. Unos decían que estaba preso, otros que había huido a Guantánamo y, aún otros, que seguía en La Habana con la amante y dos hijos algo menores que él. Sería la hipótesis más probable.

Ángel empezó a registrar los bolsillos del muerto: «Sólo me faltaría que éste también se llamara Martínez», murmuró. Se llamaba Pablo Vivo: «Este nombre no te sienta bien», le dijo Ángel al muerto. Soltó una carcajada: «En realidad me sienta mejor a mí». Estaba contento, al fin y al cabo, el juego no había terminado todavía. Se desnudó; desnudó al cadáver y se colocó el uniforme verde oliva. Después excavó con las manos una fosa en la tierra encharcada y escondió en ella el cuerpo del cubano: «¿Lo ves, Pablo? Aún no has muerto. ¡He muerto yo!».

CAPÍTULO 6

Mientras el presidente pronunciaba su discurso en la plaza Primero de Mayo, Zorro avanzaba hacia Paulete entre la multitud, la abrazaba, y después saludaba a Borja Neves. Mientras Lúdia pensaba en la muerte, encerrada en su habitación, Ángel Martínez enterraba a un muerto para robarle el nombre. Mientras sucedía todo esto, yo me preparaba para huir de Huambo.

Fue una noche de tiroteo intenso, me acuerdo perfectamente.

Empezó cuando Angola todavía no era independiente y no paró hasta la madrugada. Creo que aquella noche, en Huambo, nadie durmió. Mi abuela estuvo todo el tiempo sentada en la gran silla de mimbre en la sala de estar, con los brazos cruzados y la cara seria. Nos miraba, pero no decía nada. A su alrededor se acumulaba un desorden de maletas, cajas, cartones, libros, ropa, vajillas, bandejas y cubiertos. Mi madre intentaba ayudar en el arreglo de todo aquello, pero mientras aumentaba el tiroteo empezaba a llorar: «Ya dije que tendríamos que habernos ido en septiembre, pero nadie quiso hacerme caso. Tantos tiros, tantos tiros. ¡Van a llegar los comunistas!». Mi padre fingía no escucharla. En momentos así solía recordar las palabras de un abuelo escocés:

—¡Si te da miedo el fuego, no te metas a bombero!

En mitad de la noche supimos por la radio que el tiroteo había empezado como si fueran fuegos artificiales para conmemorar la independencia; sin embargo, en el auge de la fiesta, una bala perdida mató a un oficial del FNLA. Los soldados del ELNA se tomaron el accidente como una provocación y respondieron disparando contra los de la UNITA. En pocos minutos había empezado una batalla entre dos fuerzas aliadas.

Me alegré cuando me enteré de eso: «Los fanticos van a matarse unos a otros», pensé. Pero de inmediato me di cuenta de que aquella nueva guerra civil podía traerme complicaciones. Quería escaparme a Luanda con un amigo, Tito Rico, cuatro años mayor que yo. El último avión hacia Portugal salía aquella misma mañana y mi familia y la de Rico lo tenían todo preparado para irse en él. Acordamos huir de madrugada. Rico había falsificado un salvoconducto de la UNITA y sabía conducir. Nos escaparíamos en el Land Rover de su padre.

El día anterior estuve paseando por la ciudad. Las calles estaban inmundas y jaurías de perros rebuscaban en los destrozos; había pastores alemanes, lobos de Alsacia, un bóxer, perdigueros, dálmatas y muchos otros perros de raza. Las casas, preciosas, tenían las ventanas cerradas, las puertas y portalones cerrados, los grandes jardines vacíos y ese aspecto vago y desolado de las cosas que han dejado de tener sentido. Fui al jardín zoológico, un lugar que conocía desde que era niño. Los soldados habían matado a las gacelas, a los pavos reales y a las avestruces para comérselos; a los elefantes para robarles los colmillos, y a los leones, a los perros salvajes y a los tigres por puro placer. Pero habían soltado a los monos, y el viejo cocodrilo permanecía incólume, con la boca abierta, a la espera de que algún pájaro

viniese a limpiarle los dientes y aliviarle el hambre.

Los monos, colgados de los eucaliptos, empezaron a gritar cuando me acerqué. Unos saltaron de las ramas más bajas y vinieron hacia mí. Gritaban, daban volteretas y gritaban, se alejaban unos metros y volvían al griterío. Saqué de un saco unas manzanas y mendrugos de pan. El alarido creció y los monos que todavía estaban en los eucaliptos empezaron a imitar a los demás. Me dio miedo, les tiré el pan y las manzanas y me marché. En ese momento empezó a llover.

Llovió toda la noche. Una tormenta furiosa ahogaba de vez en cuando el crepitar de las ametralladoras. Mi abuela se levantó y fue a cubrir los espejos con una sábana. Siempre que había tormenta lo hacía. Desde mi habitación, con la súbita luz de los relámpagos, podía distinguir imágenes de la guerra. Hombres alcanzados mientras corrían, como en una fotografía, petrificados en plena carrera por la luz de los relámpagos.

Metí dos pares de pantalones, algunas camisetas, calcetines y calzoncillos en una mochila pequeña. A esto le añadí una cantimplora, un cepillo de dientes, mi máquina de fotos y un libro, *El proceso histórico*. En la sala, mi abuela seguía callada. «Ve a descansar», me dijo mi madre, «cuando sea la hora de irnos al aeropuerto, te llamo». Volví a mi habitación y escribí una nota: «Abuela, cuando leas esto, yo ya estaré muy lejos. Voy a unirme al MPLA para luchar por nuestra tierra. Sé que tú lo entiendes. Diles que volveremos a vernos cuando todos los fantoches hayan sido perseguidos y Angola sea libre. Saludos revolucionarios». ¿Os hace gracia? En 1975 tenía quince años y eso no era ridículo.

Las cinco de la mañana. Me calcé un par de bambas, me puse mis viejos vaqueros acampanados, mi camiseta roja y salté por la ventana. Crucé el patio; al otro lado del muro había un descampado que se unía con el campo del Atlético Clube. Una vez allí, nadie podía verme. Respiré hondo la frágil luz de la mañana. Me agaché y enterré las manos en la tierra húmeda.

Tito Rico me estaba esperando delante de la puerta principal del Atlético. Intercambiamos un apretón de manos a la manera del MPLA, clavando los dedos corazón e índice en señal de victoria. «Temí que no vinieses», me dijo Rico, «pasa de la hora».

Nada más salir de la ciudad nos topamos con un control. Eran tres militares del ELNA. Uno de ellos metió la cabeza por la ventana y Rico le enseñó el salvoconducto. El hombre cogió el papel y gritó no sé qué a los demás. «Mierda», murmuró Rico, «¡son zairenses!». Salimos del coche y los soldados nos registraron. El que tenía el salvoconducto se volvió hacia nosotros muy excitado:

—*Qui êtes vous?* —gritó—. *Où allez vous?*

Rico se abalanzó sobre el soldado y con un gesto rápido le quitó el salvoconducto.
—¡Vete a tomar por culo!

«¡Se acabó!», pensé, «¡nos matan!». Los otros soldados levantaron las armas y miraron al tercero como si esperaran órdenes. Sin embargo, éste había perdido la

arrogancia y parecía un simple campesino amedrentado:

—*Excusez-moi!* —repetía—. *Excusez-moi!*

Entramos en el coche y arrancamos a toda velocidad. Empecé a reírme a carcajadas. Rico también se desternillaba sobre el volante. Se reía tanto que se le saltaban las lágrimas. «¡Hostia!», pregunté, «¿al final qué es lo que ha pasado?».

Rico se limpió los ojos con el reverso de la mano: «¡No sé!», respondió, «deben haber pensado que yo era alguien muy importante. Esos paletos, cuando se les grita, enseguida pierden la compostura».

En el control siguiente, Rico se limitó a mostrar el salvoconducto con un gesto de indiferencia. El soldado, un adolescente tímido, le dio vueltas y más vueltas al documento y al final lo devolvió: «¿Adónde vais, hermanos?». Rico ni lo miró:

—¡Y a ti qué te importa!

El soldado retrocedió sorprendido:

—¡Hostia! No vale la pena que hagáis disparates. Continúa, pero ten cuidado: están disparando en Quibala.

Rico estaba eufórico. Cantaba. «Valoodia, Valoodia. / Valodia cayó / defendiendo al pueblo angoleño. / Valoodia, Valoodia. / Valodia cayó / en manos de los imperialistas». Tenía una voz áspera pero agradable. Un sol deslumbrante formaba espejismos en el asfalto. Miré alrededor y vi la hierba alta, la inmensa extensión de campo. Levanté la voz y me uní a él: «Pueblo angoleño, / todos bien atentos, / porque en el neocolonialismo / la represión es peor, / la miseria es un martirio, / la pobreza también, / porque el neocolonialismo / no tiene color».

Íbamos cantando y no nos dábamos cuenta que el paisaje se hacía cada vez más denso. Un bosquecillo discurría a lo largo de la carretera. Una curva. Rico grita y para el coche. A cincuenta metros un tronco largo cortaba el camino. Dos bidones de gasolina, uno a cada lado del tronco, indicaban que aquello debía de ser —o haber sido—, un puesto de control. Fuera de la carretera había un sofá enorme, en buen estado. El suelo estaba lleno de botellas vacías.

Silencio. Nos quedamos en silencio. Rico quitó las manos del volante y vi que temblaban. «¡Qué raro!», dijo, «si esto fuese una emboscada, ya nos habrían matado. Seguro que están comiendo. Lo mejor será apartar el tronco y seguir el viaje». Salimos del coche y en ese instante se oyó un silbido prolongado y después una voz burlona:

—Tranquilos, colegas, tranquilos, os quiero a los dos con las manos en alto.

La voz venía de la derecha. Nos volvimos y no vimos a nadie. Entonces me di cuenta de que había gente detrás de nosotros. Sentí un golpe en la nuca y caí al suelo. Estaba a gatas intentado comprender lo que había pasado, cuando la voz volvió a oírse.

—Vaya, vaya, vaya. Será mejor que no peguemos a estos chavales. Al fin y al cabo, no sabemos por qué.

El dueño de la voz salió entonces de detrás de los árboles. Un hombre bajo y

corpulento, vestido con una camiseta muy ajustada de mil flores. Llevaba un Kaláshnikov en bandolera y dos pistolas en un cinturón, como los cowboys. Se acercó balanceándose, dio unos pasos de baile, me tendió la mano y me ayudó a ponerme de pie:

—Muy bien —dijo—. Nombre, edad, estado civil, señas particulares y etcétera, etcétera. *Kapuete karnundanda kapulokosso*, como se dice allí, en nuestra Luanda.

El soldado que me había golpeado fue a buscar dos cervezas y me ofreció una. Estaba caliente. Le pasé la cerveza a Rico. El hombre esperó a que acabásemos de beber y después volvió a hablar:

—Quiero ver vuestras tarjetas, cartas de recomendación, pasaportes o carnés de identidad. Y, ahora, quiero saber de qué lado estáis en esta guerra.

Rico se metió la mano en el bolsillo y enseñó el salvoconducto. El cowboy empezó a reír:

—¡Vaya! ¿Ahora resulta que estos ilustres chavales son *kwachas*^[52]? —sacó una de las pistolas, la hizo rodar alrededor del dedo índice y apuntó a la cabeza de Rico—. ¡Con los *kwachas* no acostumbro a perder el tiempo!

Lo miramos aterrorizados. Rico gritó:

—¿Sois del MPLA? ¡Joder, que nosotros también somos del eme! El salvoconducto es falso...

El cowboy parecía divertirse mucho:

—¡Claro que sí! El salvoconducto es falso, los chavales son falsos y yo me llamo Trinidad —se plantó delante de Rico, arrimó la cara a la suya y gritó—. ¡Calla la boca, mulato de mierda, hijo de puta! Habla sólo cuando yo te lo mande.

Fue una conversación difícil. Rico intentaba contar nuestra historia, pero cada vez que decía que éramos del MPLA se llevaba un cachete. Por fin, el cowboy se sentó en el sofá, se cruzó de piernas y nos miró fijamente:

—¿No me conocéis, chavales? —preguntó—. ¡En el eme todo el mundo me conoce!

Dejó el Kaláshnikov en el suelo, llamó a uno de los soldados y le susurró no sé qué al oído. Éste desapareció corriendo y volvió con una guitarra. El cowboy cogió el instrumento, lo afinó y empezó a cantar: «*Mira a Juka Kalu, / se pasa el día huyendo. / Trata al pasma de criado, / cuánto lo está jodiendo*».

Rico me dio una palmada en la espalda:

—¡Es Santiago! —dijo—. ¡Ese tío es el comandante Santiago!

CAPÍTULO 7

En diciembre de 1961, un alférez portugués llevó a Luanda a un niño de ocho años y lo entregó al cuidado de Ana da Piedade Castro de Magalhães, más conocida como Anita Vuela-Bajito. El alférez le dijo a Anita Vuela-Bajito que había encontrado al niño abandonado en el monte y que le dio pena porque hablaba portugués: «Además, es más listo que el hambre», añadió.

Anita Vuela-Bajito tomó al niño, lo sentó en sus rodillas y le preguntó el nombre: «Tiago», le dijo el crío, «Tiago de Santiago da Ressureição André». Tenía unos ojos enormes, redondos y líquidos, y cuando hablaba los abría aún más. «Parece un ángel», dijo Anita.

El alférez sonrió:

—¿Entonces te lo quedas?

La escena sucedía en el Luar das Rosas, afamada casa de putas sita en Marçal, entre el Barrio Obrero y los *musseques*. Anita Vuela-Bajito estaba completamente desparramada en un sofá rosa y se abanicaba. Colgada en la pared había una imagen de Jesucristo, con los brazos abiertos y la cara transpirando luz. Una mulata de pelo rubio, arrodillada ante la gruesa señora, le pintaba las uñas de los pies.

Anita Vuela-Bajito levantó la vista hacia el alférez:

—Es verdad que ejerzo una labor social —dijo—, y me siento orgullosa de ello. Pero incluso así, creo que usted no entiende la situación: ¡en el Luar das Rosas acogemos a niñas, no a niños!

Después estrechó la cabeza de Tiago contra sus voluminosos senos y sus ojos se llenaron de lágrimas:

—Bueno —dijo—, éste aún es un ángel y los ángeles no tienen sexo.

Así fue como Tiago de Santiago entró en el Luar das Rosas. Muchos hombres envidiaban su suerte. Las ahijadas de Anita Vuela-Bajito se disputaban su cuidado, excediéndose en regalos y mimos. Las tardes de sábado le daban dinero para ir a São Domingos, un cine de los curas capuchinos donde se pasaban las aventuras de Django, Zorro y Sabata. Tiago se sentaba en los estrechos bancos de madera y permanecía callado, boquiabierto, siguiendo las cabalgadas de sus héroes por las polvorientas praderas del Oeste americano. A su alrededor, la gente exultaba. Aquellas sesiones eran muy concurridas: siempre que el cowboy estaba en peligro se oían gritos de aviso: «¡Cuidado, tío, que lo tienes detrás!»; cuando el cowboy sacaba la pistola y disparaba sus infalibles tiros, entonces se oían palmadas y silbidos: «¡Buah! ¡Menudo fogueo! ¡Ese tío parece un brujo...!».

Al Luar das Rosas iban funcionarios públicos, escribientes y pequeños comerciantes, gente en la frontera entre el asfalto y el *musseque*. Al iniciarse la guerra, empezaron a aparecer muchos militares portugueses y el negocio se hizo próspero. Anita Vuela-Bajito engordó tanto que un día quiso salir de casa y no cabía por la puerta. De esos tiempos de esplendor, Tiago de Santiago da Ressureição André

guardó recuerdos inagotables. Sobre todo recordaba las fiestas del patio, con grupos en directo, y las chicas, como estrellas luminosas, bailando descalzas sobre el suelo de tierra batida.

Uno de los grupos más populares era Os Sangazuza, cuyos componentes tocaban vestidos de azul y amarillo. El guitarrista se enamoró de una de las muchachas, Eva Kissanguela, una chica de Malange, de piel aceitunada, con los ojos brillantes como un incendio a la luz de la luna. Tiago se convirtió en su confidente y aliado. Fue el inicio de una amistad provechosa, pues el guitarrista fue el que le enseñó los rudimentos del arte. A los dieciséis años, Tiago ya animaba las noches de los sábados, cantando tanto folclore nacional y congoleño como los temas afrocubanos más famosos.

En esa época fue cuando conoció a Santos Biker, un mulato taciturno que hizo dinero contrabandeando pescado seco desde Namibia y que después montó una complicada red de bares y casas de juego en los *musseques* de Luanda. Santos Biker vivía en conflicto permanente con los cantineros portugueses y necesitaba gente nueva para ampliar sus negocios. Tiago le convenía porque era un personaje popular que conocía a todo el mundo y, además, vendía valor.

Santos Biker tenía la costumbre de mascar unas hojas oscuras, demasiado gruesas para ser de tabaco. Se decía que era una hierba del norte, un veneno impiadoso, que utilizaban los zairenses en sus procesos judiciales: a los acusados les daban una infusión de esas hojas y, si la resistían, se llegaba a la conclusión de que eran inocentes. Se decía que Santos Biker evitaba hablar porque, cuando abría la boca, su aliento lo apestaba todo y era tan dañino que las flores se marchitaban en las habitaciones donde dormía. Las chicas del Luar das Rosas vivían con el temor perpetuo de tener que irse a la cama con él: «Sus besos matan», murmuraban, «y cuando no matan, te vuelven loca». Además, solía tener pesadillas: soñaba que, mientras dormía, un grupo de militares entraba en la habitación y lo mataba a tiros de metralleta. Siempre que soñaba eso se despertaba empapado en sudor y se volvía bruto y cruel con las mujeres con las que dormía.

El sueño no parecía tener mucho sentido, pues todo el mundo sabía que Santos Biker era invulnerable a las balas y que tenía la facultad de reconocer a los policías incluso yendo de paisano, aunque estuvieran a dos manzanas de distancia. No estaba claro cómo había conseguido esos dones, pero se decía que siempre iba con una pequeña culebra enrollada en la muñeca izquierda. La culebra —¿un hechizo o el hechicero real?— sería, posiblemente, la causa de esos poderes.

La revuelta nacionalista y la llegada de los militares portugueses benefició a Anita Vuela-Bajito, pero perjudicó enormemente a Santos Biker. En efecto, los cantineros vieron en este hecho la oportunidad de librarse de él y lo denunciaron como terrorista. Además, los constantes altercados en los *musseques* tenían a la gente aterrorizada: los hombres llegaban de trabajar y se encerraban en sus casas. Los bares clandestinos fueron desapareciendo uno tras otro. Muchos miembros de la red

acabaron encarcelados o largándose.

En los estrechos laberintos de Cazenga, Sambizanga y Rangel se instaló una extraña guerra. Una guerra hecha de tiros rápidos intercambiados al oscurecer, de sordas luchas cuerpo a cuerpo, de navajazos traicioneros en la dulce penumbra de los *dancings* y los burdeles. El nombre de Santos Biker se murmuraba con alborozo, sus actos se multiplicaban de boca en boca. Se dejaba ver poco. Sólo aparecía en el Luar das Rosas los días en que no iba nadie y, aun así, envuelto en su propia sombra, cada vez más nocturno, mascando siempre la hierba fatal.

Santiago empezó haciéndole pequeños servicios y acabó siendo el guardaespaldas y el brazo derecho del contrabandista. Acumulaba esta función con la música y su talento parecía crecer con él.

Una noche mataron a Santos Biker. Sucedió un Viernes Santo. El contrabandista estaba en el Luar das Rosas. Había llamado aparte a Anita Vuela-Bajito y le dijo, con un gesto, que quería a Eva Kissanguela —la de los ojos como incendios a la luz de la luna de la que se había enamorado el guitarrista de Os Sangazuza. «Me quedo toda la noche», murmuró, «y, que quede claro, que no estoy, que no estaré y que nunca estuve aquí». Pagó por adelantado y subió solo a la habitación. Santiago había salido a pasear. Cuando volvió, de madrugada, por la casa había un vaivén loco. Dos horas antes, un jeep del ejército había parado enfrente. Cinco soldados entraron en tromba, subieron las escaleras corriendo, se dirigieron a la habitación de Eva Kissanguela y reventaron la puerta de una patada. Santos Biker se incorporó de un salto, pero ni siquiera le dio tiempo a coger la pistola: la primera ráfaga le sesgó la mano derecha y la segunda lo alcanzó en el pecho y lo lanzó contra la pared, donde permaneció un segundo, perplejo, como si no creyese lo que estaba pasando; después suspiró y cayó de bruces.

Cuando Santiago entró, Eva Kissanguela lloraba, retorcida en el suelo, mientras las demás chicas gritaban con ella. Anita Vuela-Bajito estaba sentada en el sofá de la sala y parecía más vieja y más pesada:

—Esa puta —dijo, señalando con el mentón a Eva Kissanguela—, esa zorra sinvergüenza nos ha traicionado a todos...

Nunca nadie supo con seguridad cómo sucedieron los hechos. Lo que se comenta es que Eva Kissanguela se había enamorado de un soldado portugués que le había prometido el oro y el moro, casa y matrimonio, muchos hijos, en definitiva, el final feliz de las fotonovelas. La chica fue contándole confidencias y un día, inevitablemente, le habló de Santos Biker. El soldado advirtió que aquella era la oportunidad de brillar ante sus superiores y urdió la trampa.

Aquel desgraciado Viernes Santo, cuando Santos Biker eligió a Eva Kissanguela, ésta se escabulló un momento y telefoneó al soldado. A continuación, se fue a la habitación, donde el hombre la esperaba tumbado y desnudo sobre las sábanas. Mientras se desnudaba, vio por el espejo cómo el bandido se llevaba la mano a la muñeca izquierda y se desenrollaba la pequeña culebra verde como quien se

desabrocha un reloj. Horrorizada, escuchó el silbido de la culebra antes de que la guardara en una de las botas. Se volvió con lentitud y lo miró fijamente a los ojos:

—Hago todo lo que quiera —dijo—, pero en la boca no lo beso.

Santos Biker la puso de espaldas, la atrajo hacia sí y sin pronunciar palabra se sirvió de ella. Eva esperó a que el bandido se durmiera. A continuación, se liberó con cuidado y se arrodilló junto a la cama. Estuvo un rato mirando la bota en la que dormía la culebra. Levantó el puño, cerró los ojos y la golpeó con todas sus fuerzas. Santos Biker se movió: «¿Qué pasa?».

—¡Nada! —lo tranquilizó Eva—. Aquí nunca pasa nada.

Veinte minutos después, los soldados irrumpieron en la habitación, Santos Biker se levantó creyendo que aún estaba durmiendo, vio a los soldados disparando y se dejó matar pensando que luego iba a despertarse.

Santiago heredó lo que quedaba de la banda de Santos Biker, pero no abandonó la música y, en 1972, grabó su primer *single* con el título de *Nzambi Ya Tubia*. En aquella época ya cantaba en el *Ku-di-Sanga-diá-Makamba*^[53] en N'Goma, en el Centro Social de São Paulo e incluso en el Marítimo de la isla, frecuentado por la alta burguesía de la ciudad. Empezó componiendo rumbas y merengues muy pegadizos en quimbundo, pero fueron los sembas los que lo hicieron popular. Con el tiempo desarrolló un estilo nuevo, y fue el primero en cantar en el lenguaje de los suburbios, mezclando quimbundo y portugués, recurriendo a menudo a un argot exuberante, de origen imposible de determinar. Sus experiencias amorosas le servían de inspiración. A partir de un determinado momento inventó un personaje al que le puso el nombre de Juka Kalu, y todas las canciones hablaban de él. Más tarde empezó a cantar sus propios actos —asaltos, timos, evasiones ante la policía— siempre en nombre de Juka Kalu.

Cuando estalló la Revolución de Abril, Santiago era ya un tipo muy famoso, sobre todo en los *musseques* y los suburbios de Luanda, pero la policía había conseguido reunir una serie de pruebas contra él y estaba a punto de echarle el guante. Lo hicieron en el peor momento; o en el mejor, depende del punto de vista.

En la ciudad reinaba un ambiente de gran nerviosismo. Los colonos andaban agitados con las noticias que les llegaban de la metrópoli. Los comunistas, se murmuraba en secreto, estaban detrás del golpe militar y se preparaban para entregar Angola a los rusos. Había que hacer algo.

Al mismo tiempo, los militantes del MPLA, que habían recibido la noticia de la revolución con una mezcla de espanto y euforia, se lanzaron a una actividad frenética, intentando ganarse el apoyo de los estudiantes y «de las masas oprimidas de los *musseques*». En los institutos y las facultades la agitación se propagó como el fuego por la hierba seca. En los *musseques* fue un poco más difícil, pero la llegada de un grupo de antiguos presos del campo de concentración de São Nicolau lo cambió todo. Eran jóvenes intelectuales que mantenían una buena relación con el pueblo, reforzada por el hecho de haber estado detenidos varios años junto a trabajadores y campesinos.

Santiago fue detenido en Ku-di-Sanga. Había acabado de interpretar su éxito más reciente, *Juka Kalu e o Taxeiro do Amor*, cuando un individuo alto, completamente vestido de blanco, se acercó a él y le susurró algo al oído. Santiago se incorporó de un salto:

—¡Bandidos! —gritó—. ¡Están deteniéndome!

En la sala se levantó un rumor confuso de voces. Cinco policías salieron de la sombra y se abalanzaron sobre él. Uno de sus hombres sacó una pistola, pero lo desarmaron de una patada; dos jóvenes negros —que Santiago nunca había visto antes— se levantaron para protegerlo y, en un segundo, toda la sala se había desmadrado. Las chicas, entre putas y burguesas, gritaban y se desgredaban; las sillas volaban por los aires. «¡Viva el MPLA!», gritó uno de los jóvenes, «¡muerte al fascismo y al colonialismo!». Se había marcado el tono. Santiago fue arrastrado hasta un coche de policía seguido por una muchedumbre vociferante: «¡Fascistas! ¡Fascistas! ¡Santiago, héroe del pueblo!».

Al cabo de una semana, Santiago volvía a estar en libertad. Ese mismo día, un joven alto y delgado, de cara alargada, apareció en el Luar das Rosas y pidió hablar con Santiago. Anita Vuela-Bajito lo midió con la mirada: «En esta casa hace muchos años que no entran santos», dijo. El joven sonrió, pero podía advertirse que se sentía incómodo:

—Tengo que hablar con él —murmuró—. Es muy urgente. Va a empezar una guerra y el pueblo tiene que organizarse.

Le dio el nombre y un número de teléfono y se marchó. A los tres días, Santiago lo recibía en una de las casas que tenía en Cazenga. Inmediatamente lo reconoció, era uno de los jóvenes que se había levantado para defenderlo. Iba vestido de forma sencilla, pero por el porte y la manera de hablar se veía que tenía estudios. Debía de ser un tipo importante en ese MPLA. Santiago nunca había mostrado interés por la política, pero los acontecimientos de los últimos meses habían empezado a preocuparle. Muchos de los hombres que aparecían en el Luar das Rosas hablaban del MPLA, de la independencia, de la expulsión de los portugueses. Anita Vuela-Bajito se reía en sus narices: «¡Sed sensatos!», les gritaba. «¡Sólo me faltaba eso, que aquí mandaran los negros! ¿Os habéis creído que esto es el Congo?».

Así pues, Santiago recibió al joven en una de sus casas de Cazenga; para impresionarlo, puso a dos hombres en la puerta armados con G-3, vestidos de negro y con gafas oscuras. Desde la casa se accedía a otra, que a su vez daba a una tercera. El que pasara por los complicados laberintos del *musseque* nunca lo sospecharía. Santiago estaba sentado al fondo de la última de las salas, detrás de una voluminosa mesa de caoba; quería estar así cuando el otro entrara.

La conversación fue larga y se prolongó durante varios días. Fue una conversación que cambió la vida de Santiago. En realidad, se la arruinó, pero eso, en aquel momento, nadie podía saberlo. El joven pertenecía a las facciones clandestinas del MPLA y había estado preso en el campo de São Nicolau. Hablaba pausadamente

y con autoridad, pero sin asomo de arrogancia. Le dijo que el movimiento luchaba por la liberación de Angola, para que fuesen los propios angoleños los que decidiesen su destino. Le explicó que el golpe de estado en Portugal era el resultado de esa lucha, pero que la victoria, aunque segura, todavía podía tardar: «Lo que pasa es que el imperialismo internacional está atento y quiere neocolonizar Angola por medio de sus fantoches, la UNITA y el UPA-FNLA».

Sangre. Fuego. Y sentimientos que Santiago conocía a la perfección. No le gustaba la UPA, ni Holden Roberto. Contó su historia y el joven se conmovió:

—Camarada —le dijo—, Angola te necesita.

Le puso la mano en el hombro, se acercó a él y continuó diciendo en otro tono de voz:

—La estrategia del imperialismo es divide y vencerás. Y, desgraciadamente, ha tenido éxito. Como sabes, el traidor Chipenda abandonó el movimiento y arrastró con su locura a algunos de nuestros mejores guerrilleros. Ahora lo que tenemos que hacer es contar con el pueblo. Tú eres un héroe del pueblo, todos estos años has luchado contra los colonialistas portugueses y has sido un ejemplo para nosotros. Ahora contamos contigo para combatir a los fantoches del FNLA.

Santiago se irguió nervioso. El joven pareció leerle el pensamiento:

—Estoy diciendo la verdad —contestó—. En São Nicolau oí decir que tendiste una emboscada al ejército de los portugueses. Me dijeron que un militar abusó de una chiquilla del barrio obrero y que tú mismo vengaste la afrenta.

Ocurrió más o menos así, aunque la muchacha no era doncella. Era una de las ahijadas de Anita Vuela-Bajito. Santiago atrapó al sinvergüenza, le dio una buena paliza, lo desnudó y le escribió en la espalda, a navaja, una frase que después transformó en verso de rumba y se hizo famosa: «¡Ay, cómo duele vivir!».

Cuando el joven se marchó, Santiago lo acompañó a la puerta. Volvía a sentirse invulnerable. Ahora conocía el futuro, sabía lo que iba a hacer. Él, Tiago de Santiago da Ressureição André, iba a colocar su grano de arena en los cimientos del mundo.

LA EUFORIA

«Era una guerra atroz [la guerra civil de Angola] en la que había que cuidarse tanto de los mercenarios como de las serpientes, y tanto de los cañones como de los caníbales».

*Gabriel García Márquez en Operación Carlota,
Mosca Azul Editores, Perú, 1977*

CAPÍTULO 1

El día clareaba cuando un grupo de cinco soldados de las FAPLA encontró a Ángel Martínez, alias Pablo Vivo. Ángel los vio llegar, caminando a través de la bruma: extraños fantasmas cautelosos. Pisaban el cieno como si fuese cristal. Uno de ellos se paró de repente y lo apuntó con el arma. Antes de que disparase, el mercenario lo detuvo con un grito:

—¡Qué haces, caramba, soy cubano!

Fue como si se hubiese desatado un hilo invisible. La tensión se deshizo y los soldados empezaron a reír y a moverse con normalidad. El que lo había apuntado con el arma levantó la mano colocando los dedos en forma de la V de victoria:

—¡Compañero! —exclamó—, ¡patria o muerte!

Lo llevaron a hombros colina arriba. A medida que subían, empezaron a aparecer hombres armados. Todos le sonreían y hubo uno que se le acercó y quiso darle un abrazo, pero los soldados que lo habían encontrado lo apartaron con un gesto. Lo trataban como si fuese un regalo.

Ángel temía que apareciesen cubanos. «Querida abuela Rosalía Hernández», pensó, «con razón me dijiste que este acento sería mi perdición». Además, no resistiría a un interrogatorio formal. La solución era desmayarse, fingir que estaba conmocionado. O, mejor aún, hacerse el mudo. ¡Putita vida! Era poco probable que en el ejército cubano aceptasen a mudos...

Cuando los cubanos aparecieron él ya estaba en el Hospital Militar. Una enfermera gorda y maternal le curó la pierna y le garantizó que la metralla ni siquiera le había alcanzado el hueso: «En dos semanas», le dijo, «estás listo para otra». Lo dejaron en una sala enorme con una veintena de heridos, uno de los cuales no paraba de gritar. Empezaba con un gemido agudo e iba subiendo el tono hasta que perdía el aliento; luego, paraba un segundo, retorcía las manos y reviraba los ojos, y volvía a gemir y a gritar. Un negro delgado lo señaló con el dedo y le dijo sonriendo: «¡Ten paciencia, camarada! ¡Dentro de poco te callo!». Y, efectivamente, a mitad de esa misma noche el muchacho dejó de gritar. A la mañana siguiente se lo llevaron de allí.

Ángel dormía. Soñaba que era un niño y que iba con su padre a pasear por las calles, cerca de la playa. El padre tenía una pequeña cabeza de pájaro y vestía un frac negro, con lentejuelas doradas. Se paró ante un barco deshecho, le dio una palmada en el hombro y le preguntó señalando con el dedo un bulto que se acercaba: «¿Éste es nuestro hombre?». Ala segunda palmada, Ángel se despertó. Inclinado sobre él había un tipo con bata blanca y con una expresión divertida en un rostro oscuro:

—Buenos días —lo saludó—. Dormías como un ángel.

—¡Soy Vivo! —le respondió Ángel casi aterrorizado—. ¡Pablo Vivo!

El médico lo miró con curiosidad:

—Ya lo sé —dijo—. ¿Y de dónde eres?

Ángel no respondió. Ni siquiera parecía haberlo oído. Pero cuando el médico iba

a repetirle la pregunta, le hizo una señal para que se acercase:

—Tu mujer es una cabra —le susurró—. Jode con el cura.

Los ojos le brillaban. Abrió la boca y empezó a reírse a carcajada limpia:

—Me gusta comer carne de puerco con papas —gritó poniendo voz de mujer— y garbanzos y chorizos, y huevos, pollos, carneros, pavos, pescados y mariscos.

El médico dio un paso atrás:

—Este hombre no está bien —dijo—, lo mejor será darle un calmante. Luego pasaré por aquí; quizá entonces ya sea posible hablar con él.

Al salir del hospital, con las manos temblorosas, todavía podía oírse el griterío del herido:

—Bebo ron y cerveza y aguardiente y vino y fornico, incluso con el estómago lleno. ¡Soy impuro! ¿Qué quieres que te diga? ¡Completamente impuro...!

Tres días después, Ángel huyó del hospital. El sol nacía y mostraba una ciudad aturdida. Ante él se sucedían calles llenas de basura, los perros vagabundos salían de las sombras y venían a lamerle los pies, y todo aquello le resultaba extraño. «Me he equivocado de película», pensó. Todavía le dolía la pierna. No sabía qué hacer. Siguió por una calle en pendiente y luego por otra y por otra. Al final fue a parar a una gran plaza, rodeada de edificios altos, y el mar se abrió ante él. Decidió rodear la bahía en dirección a la fortaleza. Al otro lado se extendía una larga lengua de arena blanca, árboles dispersos y casas. «Panorama», se leía en un edificio grande. La playa parecía un buen lugar para descansar, ordenar las ideas, articular un plan para abandonar la ciudad y unirse a las tropas de Holden Roberto.

Ángel se quedó mucho tiempo tumbado boca arriba, con los párpados cerrados, sintiendo como el sol le calentaba los huesos. Escuchaba voces a su alrededor, pero era como si estuviese flotando en otro tiempo. Risas de mujer, pasos, el mar enroscándose en la arena. Entonces algo le golpeó en el pecho. Abrió los ojos y, primero, vio una pelota de playa con los colores de la bandera americana. A continuación, la vio a ella. Avanzaba a contraluz, la espléndida cabellera ondulando al viento:

—Perdone —le dijo la joven. Se agachó para recuperar la pelota y el mercenario siguió su movimiento con una súbita sensación de angustia—. De todas maneras, la playa no es el mejor sitio para dormir.

Se reía. Volvió el cuerpo y lanzó la pelota hacia sus compañeras:

—¿Usted es cubano?

Ángel no sabía hablar con mujeres. ¿Miedo? En aquel momento era más que miedo. Angustia, un sentimiento oscuro. La mulata se arrimó más:

—¿No entiendes portugués? —le preguntó—. ¿Cómo te llamas?

—Pablo. Pablo Vivo. —Ángel respiró hondo y la miró a los ojos—. ¿Y tú?

Era Paulete.

CAPÍTULO 2

Llegamos a Luanda al anochecer. El propio Santiago nos llevó en jeep, conduciendo como un loco. Fuimos directamente a una antigua escuela inglesa, en el Morro da Luz, donde el MPLA había improvisado su cárcel principal. Debo decir que no estaba preocupado. Al contrario, hervía de excitación. Rico, a mi lado, no paraba de hablar. Comentábamos las últimas noticias. Santiago se había enterado de que la columna de Holden Roberto había sufrido una importante derrota en Quifangondo y retrocedía ahora, a la desbandada, en dirección a Zaire. Los sudafricanos también habían parado después de tomar Novo Redondo y se rumoreaba que ya estaban retrocediendo. Santiago se reía alto, dando fuertes golpes al volante; se lamentaba de no haber podido disparar ni una sola vez contra esos *carcamanos*^[54]:

—Nunca fallo un tiro —garantizaba—. Le pongo nombre a las balas, cada una es un fantoche muerto.

En el Morro da Luz nos condujeron a un gimnasio repleto de gente. A Santiago lo saludaron los militares de las FAPLA con grandes exclamaciones de alegría. Uno de ellos, con la graduación de capitán, le dio un abrazo, intercambió con él algunas informaciones sobre la situación militar y sólo después pareció fijarse en nosotros:

—¿Quiénes son éstos? —preguntó—. ¿Hay que fusilarlos?

Pensé que estaba bromeando, pero cuando nuestras miradas se cruzaron me di cuenta de que no. Santiago soltó una carcajada:

—¡Más tarde! —dijo—. Creo que son de los nuestros, pero será mejor confirmarlo. Llevan salvoconductos de los *kwachas*.

El gimnasio, aunque amplio y alto, resultaba asfixiante con tanta gente. Eran, sobre todo, simpatizantes del FNLA, pero también había algunos portugueses sospechosos de sabotaje y una americana negra acusada de pertenecer a la CIA. Había venido a Angola porque quería conocer la Madre África, participar en la revolución. Además, no se sentía capaz de aguantar ni un día más el abominable dominio de los blancos, el sistema capitalista, la discriminación a la que estaban doblemente sometidas las mujeres negras en Estados Unidos. Me pareció que era sincera, pero Rico no me permitió que me acercara a ella:

—Está claro que es de la CIA —me dijo—. ¡No ves que va disfrazada de Angela Davis!

Al poco vinieron a buscarla y se la llevaron a una sala contigua. La oímos gritar durante casi quince minutos y cuando volvió tenía la camisa rasgada, arañazos en la cara y en el cuello. «Eso no está bien», dijo Rico.

En aquel momento noté un ligero alboroto en la puerta. Santiago iba empujando a una señora pequeña y flaca, pero la expresión de ambos no coincidía con sus respectivas posiciones: parecía que quien mandaba era ella. Santiago, en cambio, arrastraba la vista por el suelo.

CAPÍTULO 3

¿ *E*n qué circunstancias fue detenida?

LÍDIA: Me detuvieron el 11 de noviembre, aquella misma noche. Me vino a buscar Santiago. Era algo que estaba escrito. Unos días antes me había llamado por teléfono un antiguo compañero: «Van a detenerte», me dijo, «están esperando la independencia. Después te detendrán». Yo le respondí:

—Ya estoy presa.

(A la revolución, al pueblo, al país. En fin, tretas.)

Le respondí:

—Tu independencia me la paso por el culo.

Más tarde me telefoneó Mário. Estaba en Lisboa, en casa de Noémia de Sousa. Le dije prácticamente lo mismo:

—Esta independencia ni subyugada, amigo mío. Nos va a devorar la carne y carcomer los huesos.

*(Entrevista con Lília do Carmo Ferreira,
Luanda, el 23 de mayo de 1990)*

CAPÍTULO 4

Cuando Mário colgó, Lída volvió a tumbarse en la cama y pensó en Viriato. Estaba muerto. Lo recordó como lo había conocido, un adolescente de aspecto frágil pero mirada decidida, hablando de cosas que no podía saber. Después de tener tuberculosis engordó, se hizo más lento, más pesado. Aun así, por dentro, seguía siendo el mismo joven obstinado y soñador, absolutamente convencido de que, solo, sería capaz de transformar el mundo. Las últimas cartas que había recibido de él, fechadas en Pequín, la preocuparon. En ellas, Viriato ya no escondía su decepción con respecto a China: «¿Socialismo?», preguntaba, «¿también esto será socialismo? Me basta recorrer los quinientos metros que separan las calles asfaltadas de los barrios más pobres para que me asalte la repentina sensación de haber retrocedido varios siglos en la historia».

Lída y otros amigos intentaron conseguirle un visado y una autorización para que se estableciese en Francia. Los chinos, sin embargo, no estaban dispuestos a dejarlo salir. Viriato empezó a ponerse nervioso, provocando a las autoridades cada vez de manera más violenta. Un día, en un arrebato, rompió en público un busto de Mao Zedong. Creyó que así lo chinos lo expulsarían, pero en vez de eso lo enviaron a una aldea sin nombre y fue ahí, en 1973, pocos meses antes de la Revolución de Abril, donde Viriato murió. Los médicos le diagnosticaron un infarto de miocardio.

De madrugada, Lída salió al patio. La abuela Fina seguía cultivando rosas. Los combates en Quifangondo habían roto una cañería y hacía tres días que faltaba el agua. «Las rosas van a marchitarse», pensó Lída, «menos mal que ha llovido». Acarició una rosa. La guardó en el hueco de la mano y después le abrió los pétalos con los dedos temblorosos. Era suave y húmeda y por dentro brillaba, roja, a la luz insegura de la mañana.

Lída se acordó de la bailarina. La había visto por primera vez en uno de los pocos bares que aún servían bebidas. Un sitio sombrío, arredrado de los acontecimientos que sacudían la ciudad. A algunos compañeros les gustaba reunirse allí. Decían:

—Es un lugar apartado del mundo.

La mujer estaba oculta en la sombra, pero cuando entraron subió a la tarima y se puso a bailar. Su imagen aún inquietó más a Lída. Volvió a su habitación, se sentó a la mesa de su escritorio y se puso a escribir. Esto lo sé y creo que sé el resto. En *El fuego que duerme*^[55] figura un poema casi explícito, «Estado de guerra», con la indicación de haber sido escrito el 11 de noviembre de 1975:

*Sus gestos eran como aves súbitas
Sus gestos eran como cristal y se quebraban
Sus gestos se desenredaban como algas
Ella era la bailarina y yo la amaba.*

*Fue hace mucho tiempo y Miriam cantaba
En aquel tiempo dormíamos calzados
o ni dormíamos.*

*Era el tiempo de las luchas y Miriam cantaba
Hablabo yo de la bailarina, fue en un bar
de mala fama, el Aldo, había tiros afuera
y la bailarina bailaba sola en la tarima.*

*Bailaba con ira y con júbilo
¿Entiendes? El mundo estaba loco
y yo la amaba.*

Son versos que recuerdan los que escribía en su juventud. En *La sangre de los otros*^[56], una antología de poemas publicada seis años más tarde, lo que resalta es la ironía feroz, devastadora. En 1992, Lúdia lanzó en Luanda *Un vasto silencio*^[57]. Sabiendo lo que sabemos hoy, podríamos atrevernos a decir que en este libro hay más que tristeza. Hay otra cosa, un amargo sentimiento de abandono. «Lúdia do Carmo Ferreira nunca trató otro tema a parte de éste —la renuncia», escribió una vez un crítico que a ella no le gustaba. ¿Renuncia? A mí me gustaría saber lo que le pasó a Lúdia.

CAPÍTULO 5

Ángel vivió un tiempo escondido en casa de Paulete, un bonito apartamento en plena avenida junto al mar. Le mintió: le dijo que lo habían herido en combate y que estaba esperando embarcar para Cuba. Y después de dormir con ella, le dijo que estaba enamorado (eso era verdad) y que ya no quería volver a la isla.

Paulete había tenido la suerte de encontrar aquel apartamento. En el caos que acompañó la fuga en masa de los portugueses, se encontró con un antiguo compañero del instituto, hijo de uno de los reyes del café. El chico no se había dejado contagiar por la euforia nacionalista y mucho menos por las tesis del viejo Marx. Quería seguir viviendo bien y se mostraba indiferente ante lo que pudiera ocurrirle a Angola: se iba a Brasil. Paulete le preguntó si no podría alquilarle la casa y el joven se rió: «Te la cambio por un beso», dijo.

En aquel momento había quien cambiaba coches y casas por cosas mucho menos valiosas que un beso de Paulete. En el aeropuerto, tipos afligidos trepaban al tejadillo del coche y allí mismo lo subastaban por un reloj, un bolígrafo o simplemente un par de zapatos, cualquier cosa que se pudiese llevar en la mano. Por tanto, Paulete le dio el beso y recibió las llaves.

Con Paulete vivían dos amigas: Lay y Samy. Milagro de las Rosas Mattoso da Câmara (Lay) pertenecía a una vieja familia de Benguela. Tenía la piel oscura, una mata de pelo densa, pero lisa, que le caía en manojo por los hombros. Sabina Schwartz (Samy), también natural de Benguela, perturbaba a los hombres con sus ojos color ceniza.

La casa tenía una particularidad que poca gente conocía: daba acceso al apartamento contiguo a través de un agujero abierto en la pared del armario empotrado. Fue obra e idea de Paulete. El apartamento había pertenecido a una ancianita. Eso era, al menos, lo que Paulete supuso, aunque nunca la hubiese visto. Pero durante los primeros meses después de haberse instalado, oía ruidos en la casa de al lado y al caer la tarde, siempre a la misma hora, veía una mano descarnada que aparecía por la ventana. Era un señuelo para las palomas, que bajaban en círculos y venían a posarse en el brazo flaco, picoteando el maíz que la anciana escondía en el hueco de la mano.

Una tarde, Paulete reparó en la inhabitual ansiedad de las palomas y al fisgonear por la ventana no vio el brazo de la anciana. Durante toda la noche y la mañana siguiente estuvo atenta a los rumores del edificio, pero del otro lado de la pared no llegaba el menor indicio de vida: ni el sonido del agua circulando por las cañerías, ni la voz de la telefonía, ni tampoco el desazonado crepitar de una tetera hirviendo.

—Ha muerto —dijo Lay—. Lo mejor es llamar a la policía.

—¿Qué policía? —se preguntó Samy—. Ya no quedan policías, se han ido todos a la metrópoli.

—Y probablemente eso es lo que ha sucedido con ella —se aventuró a decir

Paulete—, seguro que la vieja se ha ido a la chita callando.

A continuación, miró a sus compañeras y se echó a reír:

—¿No creéis que aquí estamos un poco apretadas?

A Samy le parecía que no. Le gustaba tener a mucha gente a su alrededor. Quizá por eso fue la única que se opuso a la idea de agujerear la pared y ocupar clandestinamente el apartamento vecino:

—¡Eso es una locura! —gritó—. Primero porque la vieja puede que esté ahí, sí señora. ¡Muerta, podrida, apestando! Además, nos arriesgamos a agujerear las cañerías o la instalación eléctrica.

Paulete no se convenció. Fue a buscar un martillo, se metió en el armario empotrado de su habitación y empezó a romper la pared:

—Poned la música a tope —dijo—, y si aparece algún vecino protestando por el ruido, haced que también se ponga a bailar.

El agujero comunicaba con el armario del otro apartamento. Paulete entró, separando con las manos nerviosas los vestidos y las faldas, refajos y combinaciones. Nada más entrar, una nube de polillas se despertó, a la vez que un perfume añejo se liberaba en el aire. Por fin, la muchacha consiguió dar con la puerta del armario y salió a la luz.

La casa estaba impecable. Limpia, arreglada, la cama hecha, con sábanas, mantas y una colcha de encaje. Las porcelanas azules en las lejas, un periódico de hacía seis meses abierto en una silla. En el comedor encontraron la mesa puesta, con cubiertos de plata y un único vaso de cristal. Al abrir la puerta de la cocina un hedor intenso las obligó a retroceder. Samy se apoyó en la pared y vomitó allí mismo:

—¡Ay, madre mía, pero si es la vieja! —gimió—. Ya os dije que no tendríamos que haber entrado.

Pero no era la vieja: encima de una mesita, triste y sin gloria, un enorme queso se pudría.

Entonces ocuparon la casa, haciendo creer al resto de vecinos que seguía habitada por la antigua propietaria. Fue en ese apartamento donde Ángel Martínez —o Pablo Vivo, como prefiráis— estuvo escondido. Pero, claro, al cabo de unas semanas ya mucha gente sabía que Paulete se había enamorado de un cubano y que lo escondía en casa. «Para que no lo repatrién», decía. Y con la boca chica había quien juraba que el cubano ya había intentado desertar del frente de combate, y otros que había matado a un oficial, y terceros que era un izquierdista, como Paulete, y que lo buscaban por intento de sublevación.

EL MIEDO

«¡Hay que cantar los fusilamientos!»

*Francisco Borja Neves en una entrevista en el
Jornal de Angola del 20 de enero de 1977*

CAPÍTULO 1

Lay: diecisiete años, alta, un cuerpo larguirucho quebrado por la cintura. El pelo negro, perfumado y tan espeso que incluso apartándoselo con las manos no se le veía la piel. La conocí en el Morro da Luz, pocas horas después de que me detuvieran junto a Rico.

Habíamos visto entrar a Lúdia arrastrada por Santiago. Para mí, ése fue el momento de la verdad, el instante irreparable en que por primera vez me corrió el gusanillo de la duda. Ya sabía quién era Lúdia (historiadora y poeta, fundadora del MPLA, intelectual respetada en Europa, etc., etc.). También sabía que simpatizaba con la Revuelta Activa. Pero que estuviera detenida... «¡No puede ser!», murmuré, «¿para esto es para lo que sirve la independencia?».

Una chica a mi lado se rió bajito: «¡Tranquilo, verás cosas peores, esta independencia acaba de empezar!». Fue lo primero que me dijo Lay. Hacía tres días que estaba allí, acusada de estar vinculada al movimiento estudiantil, a las Comisiones Populares de barrio y, por ende, a los Comités Amílcar Cabral. Fue ella la que me puso en antecedentes de lo que sería la OCA: «El MPLA ha traicionado al pueblo», argumentaba, «y se ha vendido a la burguesía y al imperialismo internacional de tal forma, que no sirve de nada intentar cambiarlo por dentro. La única solución es crear un movimiento popular alternativo, un movimiento que no se avergüence de ser comunista».

¿Vale la pena decir que cuando nos pusieron en libertad, en la madrugada del día 13 de noviembre, yo ya estaba en la oposición al régimen? En cuanto a Rico, lo que quería era unirse a su familia en Portugal.

También fue Lay la que me presentó a Joãoquinzinho y consiguió que me alquilara una habitación. Eran, de una manera algo confusa, parientes lejanos. Joãoquinzinho vivía en el Barrio do Cruzeiro, en una vivienda fresca y espaciosa, con un ancho balcón alrededor. Doña Diamantina, la madrina, se pasaba en casa el día entero. Hablaba poco. Al caer la tarde, arrastraba dos sillas hasta el balcón y ahí se quedaba, absolutamente quieta, en un silencio distraído, esperando a que Joãoquinzinho llegase. Éste abría la cancela del jardín exactamente a las seis y cuarto, la besaba en la mano y se sentaba en la otra silla. Así permanecían hasta casi las siete. Después, la anciana señora se incorporaba suspirando e iba a hacer la cena.

Joãoquinzinho había heredado de su padrino una relojería y el minucioso oficio de arreglar relojes. Era, creo que ya lo he dicho, un hombre inmenso y fuerte, pero tenía manos de hada y con ellas hacía prodigios: en la cárcel lo vi cortar trocitos de madera con un cuchillo y transformarlos en miniaturas exactas de locomotoras, automóviles y casas.

Así pues, cuando nos pusieron en libertad, me fui a vivir a casa de Joãoquinzinho. Rico se quedó dos o tres semanas en Luanda y después consiguió embarcar para Lisboa. Me llamó diciendo que había encontrado a mis padres. Me dijo que mi abuela

se había quedado en Huambo. No me pareció raro. Siempre fue una mujer muy decidida.

CAPÍTULO 2

La fuga de Ángel fue algo estúpido. Es verdad que en casa de Paulete no estaba muy seguro: el *mujimbu*^[58] se propagó por media Luanda —la «Luanda de la PBA», la «pequeña burguesía alfabetizada», como decía Zorro— y la historia del cubano se convirtió en un succulento plato para las malas lenguas. Pero abandonar aquel refugio, aunque precario, para aventurarse en una ciudad que no conocía, siempre me pareció una insensatez enorme.

«De quien huye ese hombre es de Paulete», comenté cuando me enteré del caso. Lay me dio un cachete y se rió. Ni ella ni yo sabíamos entonces las verdaderas intenciones de Ángel, alias Pablo. Pablo Vivo.

«Paulete le devoraba el alma», se avino Lay besándome en la boca: «¡Como yo me voy a comer la tuya!».

¡Milagro de las Rosas! Estábamos en su habitación, desnudos en la enorme cama, con un mosquitero que Lay había traído de casa de sus padres y que allí, en Luanda, no tenía mucha utilidad. «Me hace sentir en paz», explicaba la chica. Una luz crepuscular se filtraba por aquella redecilla y le doraba la piel, se hundía en los senos redondos y firmes, daba a todo donde se posaba la melancólica consistencia de la miel.

Lay me mordía los lóbulos de las orejas, lo que acababa haciéndome cosquillas en el cielo de la boca y de inmediato hacía que me hirviera la sangre. Mientras le besaba el pelo, y los hombros y los senos, pensaba en Pablo. ¡Qué raro! Pensaba en Pablo haciendo el amor con Paulete. Hoy, siempre que pienso en Ángel, me acuerdo de la gran cama de Lay y veo su cuerpo intenso, asomado a la luz ámbar del final de la tarde.

Pablo no logró salir de Luanda. Ya en aquel momento, los guerrilleros de Holden Roberto habían vuelto a Zaire y las fuerzas sudafricanas habían retrocedido hasta la frontera. Savimbi había perdido Huambo y se había internado en las *anharas*^[59] del este intentando reorganizar un movimiento completamente destrozado. EL MPLA estaba eufórico. En marzo, el pueblo atiborró las calles de festejos. Mientras tanto, los soldados de la UNITA, apenas medio centenar de hombres harapientos, bebían el agua de las ciénagas y comían raíces; dormían de día, escondidos en agujeros, y cuando caía la noche, avanzaban dando tumbos, imitando el canto de las cigarras y de los pájaros para comunicarse entre los diferentes grupos.

¿Que qué pasó con Ángel? Se dice que uno de sus ex soldados lo reconoció en la calle. Un pobre diablo al que los cubanos habían reclutado a la fuerza y que luego se hizo delator.

Llevaron a Ángel a la cárcel de São Paulo y le molieron el cuerpo a golpes. Los cubanos, cuando se enteraron del caso, se pusieron eufóricos. Para ellos, Ángel representaba la primera prueba de la implicación norteamericana en la guerra de

Angola. Allí estaba, encarnada en un solo hombre, el soldado de fortuna y el traidor. Unos días más tarde detuvieron a un puñado de mercenarios —encabezados por un británico de origen chipriota, Kostas Georgiu, llamado Kalan— y prepararon un juicio, un espectáculo estruendoso, destinado sobre todo a avergonzar a América.

Ángel era inteligente. Mucho más inteligente que todos los mercenarios juntos. Enseguida se dio cuenta de la verdadera intención del juicio y decidió cambiar las reglas del juego. Ya en el primer interrogatorio, dejó al Tribunal Popular Revolucionario boquiabierto:

—Sí, camaradas —dijo en español, con un marcado acento norteamericano, retomando las palabras del procurador popular—, la sociedad norteamericana, donde me crié, es monstruosa. Es una sociedad donde se corre tras el poder, tras la condición social, es una sociedad de malbaratadores, donde los débiles se vuelven todavía más débiles y los fuertes más fuertes. Es un país donde los acontecimientos se desarrollan a un ritmo vertiginoso y los débiles no lo aguantan. La gente busca formas de evasión en la droga y el alcohol. La gente es muy egoísta, no piensa en los demás.

El procurador popular, que se preparaba para machacarlo lanzando en su contra las sólidas tesis de Marx, Engels y Lenin, se quedó estupefacto, desconcertado, el dedo en ristre:

—¿Está diciendo que el sistema capitalista es monstruoso?

Ángel se avino vehemente:

—Yo soy la prueba viva de eso mismo, camaradas. Hoy me he dado cuenta de que he caído en lo más bajo adonde un hombre puede llegar. Yo, que vine de la patria de los valientes, ¿qué es lo que soy ahora?

Enseñó las muñecas esposadas. Gritó:

—¿En qué me he convertido, madre mía, en qué me he convertido? ¡En un miserable prostituto, eso es lo que soy, una puta, una desgraciada puta de guerra!

En las sillas reservadas al público, una mujer empezó a llorar. Ángel también tenía la cara empapada de lágrimas. Hizo una pausa, recorrió lentamente la sala con la mirada:

—Y aquí estoy hoy y sólo me queda pedir perdón. Pido perdón a mis hermanos negros. ¡Suplico que me perdonen porque estaba ciego y ahora veo!

El procurador popular también era un hombre inteligente. Su padre, un montañés que llegó a Angola descalzo e hizo fortuna cambiando cuentas de cristal por cuero y cabritos, lo había mandado a Coimbra a estudiar leyes. El joven angoleño frecuentó las tertulias, hizo amistades, participó en reuniones clandestinas, y una noche más animada —en un bar de putas—, se atrevió a declamar unos versos de protesta. La PIDE lo llamó para que prestase declaración y eso le reportó cierta gloria entre la izquierda portuguesa. Tras la Revolución de Abril reapareció en Angola con un discurso exaltado, atacando a Portugal y a Estados Unidos y defendiendo el poder popular. Se llamaba Rui Tavares Marques, pero toda la gente lo conocía por Tovaritch

Marx. Era, ya lo he dicho, un hombre inteligente. En un primer momento, la farsa de Ángel lo sorprendió, después miró hacia la sala llena de gente, vio a los equipos de televisión, a los periodistas ansiosos —había periodistas de todas las nacionalidades — y se dio cuenta de lo que tenía que hacer:

—¿Si hubiese mercenarios que fueran a los Estados Unidos de América a combatir contra el pueblo americano y si algunos de ellos fueran hechos prisioneros serían tratados de la misma forma que vosotros lo habéis sido?

Ángel parecía tener la respuesta en la punta de la lengua:

—¡Nunca! —afirmó—. Estados Unidos jamás reuniría a un tribunal. Los mercenarios nunca habrían salido del campo de batalla.

—¿Qué les pasaría?

—¡Los fusilarían!

—¿Cuál es el sistema social más evolucionado? ¿El de Estados Unidos o el de Angola?

—No soy político, pero empiezo a entender algunas cosas. Los sistemas son tan diferentes como la noche y el día. Cuando estuve en el Hospital Militar había un guarda cubano, un hombre simpático, es como si aún lo estuviera viendo. Era un campesino, en Cuba trabajaba en la caña de azúcar y era todo lo que sabía hacer. Pero se ofreció como voluntario para venir a luchar aquí, no por dinero, sino por la República Popular de Angola. Dejó familia y amigos, la casita en la que vivía feliz para venir a luchar. Eso hizo sentirme avergonzado. Me sentí pequeño —al decir esto, Ángel levantó la mano derecha y mostró el pulgar y el índice—, me sentí como el pulgar al pie del índice. No sabía dónde meterme. La diferencia que existe entre él y yo es como la de la noche al día. Yo vine aquí por avaricia de dinero. Ése es el sistema que está en vigor en Estados Unidos. Allí, el que tiene dos camisetas quiere tener veinte. Pero aquí, la gente ya se da por satisfecha si sólo tiene dos.

Al final de la primera sesión, Tovaritch Marx pidió que llevaran al americano a su despacho:

—La declaración que a hecho ha impresionado favorablemente a nuestro pueblo —dijo—. No obstante, nos gustaría que expusiese mejor los vicios del sistema americano, los mecanismos que arrastran a jóvenes como usted a vender su alma al diablo.

Posó en él una mirada simpática. Sonrió:

—Vamos a darle papel y lápiz. Escriba todo lo que recuerde. Muéstranos el verdadero rostro de la gran democracia americana —hizo una pausa, se atusó la larga perilla de pelos crespos con sus estrechos dedos e, incorporándose, acompañó al prisionero a la puerta. Lo abrazó—. Si necesita ayuda, venga a verme. Nuestro pueblo sabe perdonar a quien se arrepiente.

En los días siguientes, Ángel Martínez leyó varias declaraciones. Sí, estuvo vinculado a grupos de exiliados cubanos. Sí, tenían instructores de la CIA. Cuando aún era adolescente fue guardaespaldas de un rico traficante de drogas. Sí, el

gobierno norteamericano estaba implicado en el comercio internacional de cocaína.

Fue vitoreado.

Una sofocante tarde de julio recostaron a Kalan, a dos ingleses más y a un americano en el alto y blanco muro de la cárcel de São Paulo y los fusilaron. Pasé por ese sitio unos meses después. Al mirar de frente se veían los almendros en flor. Otros nueve mercenarios fueron condenados a duras penas de prisión. A Ángel le cayeron treinta años.

CAPÍTULO 3

Aprendí mucho durante aquel primer año en Luanda. Estaba matriculado en el instituto y al caer la tarde daba clases de alfabetización para adultos. Normalmente cenaba en casa de Paulete, el «cuartel de las locas», como decía Lay. Allí se celebraban muchas reuniones de la OCA. Eran encuentros de lo más animado. Aunque Zorro no se asumía como militante de la organización, acudía mucho. Borja Neves también. Creo que ya se odiaban.

Nunca olvidaré aquellas veladas. La gente se sentaba en círculo en el suelo de la sala. Lay se acurrucaba entre mis piernas y yo le rodeaba la cintura con los brazos. Eso es lo que mejor recuerdo, el calor de Lay, el perfume de su pelo, sus dedos asiendo los míos.

Alguien se hacía un porro, lo encendía, le daba una calada y lo ponía a circular. Zorro no fumaba, le pasaba el cigarrillo a Paulete sin interrumpir su discurso. Decía que la formación de una burguesía de Estado ya no era posible: «El proceso está siendo dirigido por esclavistas desposeídos, gente vinculada a la vieja aristocracia criolla. En el fondo, lo que quieren es recuperar el poder y la situación de dominación económica que tuvieron en el siglo pasado. Se colocan la máscara del socialismo, hacen alianzas con las masas, que desprecian en lo más íntimo, y, llegado el momento, las arrinconan de nuevo en los *musseques*». Defendía un acercamiento a la UNITA: «Es el único movimiento de origen campesino que existe en Angola, no tiene sentido luchar contra él». Esto causaba un gran escándalo, Borja Neves golpeaba el suelo con los puños: «¡Eh, tío, tranquilo, tronco! La UNITA está hecha con los racistas sudafricanos». Tenía los ojos brillantes, la barba desaliñada. Hablaba muy alto, vuelto a Paulete.

Otro gran motivo de discordia era el encarcelamiento de Lída y otros disidentes del MPLA. Zorro quería hacer algo, crear un movimiento para exigir la liberación de los presos políticos, intentar un acercamiento a la Revuelta Activa. El padre de Lay, Afonso Mattoso da Câmara, un republicano y demócrata de la vieja guardia, vinculado a la Revuelta Activa, se había visto obligado a marchar a Lisboa después de que los amigos le advirtieran que la DISA tenía órdenes de detenerlo. Muchos otros militantes históricos, como Gentil Viana, ya estaban detenidos en la cárcel de São Paulo. Borja Neves no quería saber nada de ellos. Respondía agresivo:

—¿Esa gente? Son unos extranjerizados, siempre han vivido fuera de Angola. Una temporadita en la cárcel les sentará bien. Conocerán la Angola profunda.

Decía eso mirando a Paulete:

—Incluso la cárcel es una pena leve para ciertas personas. La revolución requiere firmeza, hay que fusilar para educar.

A gritos:

—¡Hay que cantar los fusilamientos!

Todo el mundo sabía que Paulete solía ir a visitar a Lída y a Ángel a la cárcel de

São Paulo. Llevaba libros para la tía y cómics para el mercenario. Me contó que un día fue hasta la cárcel con la abuela Fina. La anciana, en aquel momento más que centenaria y casi ciega, había preparado un pastel enorme para dárselo a Lúdia. Uno de los guardias se negó a entregarle el pastel: «Puede que haya escondido algo dentro, me conozco esos trucos». La *bessangana*, doña Josephine do Carmo Ferreira, alias Nga Fina Diá Makulussu, pidió entonces que le devolvieran el pastel. El soldado se negó: «Ahora se queda. Está confiscado», dijo. Entonces la abuela perdió la paciencia. Cogió el plato, lo puso en el suelo, se levantó las telas y se orinó encima: «Así está mejor», le dijo al guardia, «¡ya te lo puedes comer!».

Paulete estaba más delgada y más callada. Su silencio enfurecía a Borja Neves:

—¡No entiendo cómo ciertas personas que se consideran revolucionarias son condescendientes a la reacción!

Fumaba desesperadamente. Yo también fumaba. Me sentía más ligero, era como si mis entrañas levitasen. Deslizaba la mano por dentro de la camisa de Lay y le tocaba los senos calientes, los pezones duros. Lay se arrimaba a mí y gemía bajito a mi oído. Suspiraba: «Esta conversación va de Mao a peor, ¿cuándo se acaba esto?».

Cuando aquello acababa nos íbamos a su gran cama. Lay se subía encima del colchón y desplegaba la mosquitera. La luz se tupía, yo me sentaba en una silla, atontado, como si hubiera tomado mucho sol. La veía de rodillas en la cama, quitándose la camisa por la cabeza, el tronco recto. Y, después, mirándome a través de la red. Poníamos una cinta en el casete: «El poder popular / es la causa de esta confusión». Era un bolero triste y melancólico: «Los lacayos del imperialismo pretenden acabar con nosotros». Lay me sujetaba la nuca con los dedos fríos. Santocas cantaba, la voz de lamento: «Adelante, pueblo angoleño, / bien atentos, no os dejéis comprar». Le besaba el cuello interminable, le besaba los senos erguidos. «Bien atentos que la lucha continúa, / la vanguardia del pueblo es el MPLA». Lay, con los dientes mordisqueándome el pecho. «El MPLA es el pueblo, / el pueblo es el MPLA». Mi boca en la suya; Lay: «Besas como un niño». Sentía su boca húmeda, el vientre nocturno. «Las fuerzas armadas del pueblo angoleño / deben estar bien atentas». Lay, ansiosa: «¡Ven!»; las uñas en mi espalda. Y Santocas cantando: «Hay que seguir incentivando el trabajo político, / la prontitud combativa es la gran defensa de nuestras conquistas».

CAPÍTULO 4

Creo que fue en marzo. Es cuando el calor coincide con el agua y ese exceso de energía transforma la naturaleza. Las flores arden de fiebre y los animales de celo. Los crímenes aumentan en los suburbios. En las farmacias se agotan las pastillas para dormir (suicidios de amor). Las mujeres lloran sin saber por qué. Las adolescentes caminan con furor.

Aquella noche llovió, de eso estoy seguro. Pasaba ya mucho rato de la hora de recogida obligatoria cuando sonó el teléfono. Fui a atenderlo porque sabía que a esas horas sólo podía ser para mí. Era Lay, preocupada:

—¡Tienes que venir! ¡Ha ocurrido una desgracia!

¿Salir por la noche? Nadie salía por la noche. Había ladrones, la policía y, lo peor de todo, los altercados permanentes con los militares. Los jóvenes eran cazados como conejos, embarcados a toda prisa en camiones furtivos y enviados directamente a los frentes de guerra. Yo nunca salía de casa después de anochecer. Pero salí. Me subí en la vieja bicicleta de Joãoquinzinho y empecé a correr, zigzagueando entre las sombras. Llegué empapado de lluvia y sudor. Nervioso. Lay me esperaba en la puerta:

—Es Paulete...

Paulete estaba en la habitación, tumbada en la cama. Lloraba bajito, agarrando la almohada. Samy me empujó a un rincón:

—Ha sido Xico.

En aquella época, Borja Neves daba clases de matemáticas en el instituto Ngola Kiluange. Había publicado un pequeño volumen de poemas, *Tetembua ya Kalunga. Cantos de la Revolución*, y no hablaba de otra cosa. Había engordado —según Lay, se había hinchado— y bebía mucho. Su pasión por Paulete se había transformado en un sentimiento peligroso. La telefoneaba todos los días, iba a buscarla a la Embajada de Italia, donde trabajaba. Le enviaba largos poemas de amor. Paulete lo trataba muy mal. «Nacer blanco», le decía, «es una desgracia, peor que nacer sin piernas. Es nacer sin alma». Se burlaba de él ante todo el mundo, leía sus poemas en las reuniones de la OCA, le pedía constantemente pequeños favores. Muchas veces concertaba citas y después no aparecía. Borja Neves la esperaba horas y horas, royéndose las uñas de angustia y desesperación.

Aquella tarde llegó en coche a la Embajada. Paulete fingió no verlo. Entonces, él abrió la puerta y ordenó: «¡Entra!». La chica nunca lo había oído hablar así. Entró y Borja Neves puso el coche en marcha. Fueron a Maianga, a su apartamento. «¡Desnúdate!», dijo el chico. Paulete lo miró asombrada:

—¡No pienso hacerlo!

Borja Neves parecía más calmado: «¡Serás la última burguesa de mi vida!». Se quitó el cinturón y empezó a azotarla hasta que Paulete cayó al suelo. Entonces, la tomó del cuello, la llevó a su habitación y la desnudó:

—Estaba fuera de sí —contó Paulete—, creo que ni siquiera me oía.
Fue a buscar un cuchillo a la cocina y arrimó la hoja al cuello de la muchacha:
—Di que me amas.
—Te amo...
—Di que no puedes vivir sin mí.
—No puedo vivir sin ti.
—Jura que vas a casarte conmigo. Júralo por la salud de tu madre.
—Lo juro.

Mientras se movía rompió a llorar. Lloraba y pedía perdón. Estuvo mucho rato abrazado a ella. Al final se durmió. Paulete recogió la ropa y se marchó.

Me quedé sin aliento:

—¡Voy a matar a ese animal!

Estaba dispuesto a ir solo a su casa. En aquel momento hubiera sido incluso capaz de matarlo. Pero Lay no me dejó salir. Al día siguiente supimos que un compañero de Borja Neves lo había encontrado inconsciente en el suelo de la habitación. Había intentado suicidarse tomándose un frasco entero de somníferos. «Las mujeres son las que se matan con pastillas», comentó Samy. «Los hombres se pegan un tiro. A mí me parece que no quería matarse».

CAPÍTULO 5

Xico Nigua fue expulsado inmediatamente de la OCA. El acta la redacté yo: «El camarada Francisco Borja Neves es expulsado de la Organización Comunista de Angola, célula Viriato da Cruz, por comportamiento antisocial. Se aconseja a todos los camaradas que corten con él cualquier tipo de relación». Al poco fue detenido. La policía le mandó que parara el coche en una operación rutinaria y debajo del asiento encontró una caja llena de panfletos de la organización. Ésta es su versión. Pero mucha gente cree que fue él quien se entregó. Lo cierto es que a la semana siguiente, cuatro hombres de seguridad fueron al «cuartel de las locas» y nos llevaron a todos a la cárcel de São Paulo: a mí, a Paulete, a Lay, a Samy, a Zorro y a dos desgraciados más, uno de los cuales había aparecido simplemente para entregar un jamón.

Nos metieron en el pabellón de aislamiento, una construcción alargada, un poco alejada del cuerpo central. Me quedé con Zorro en una celda cuadrada, un cubículo caluroso y tan privado de aire que hasta las moscas se asfixiaban y se dejaban atrapar con la mano, aturcidas. En uno de los rincones había un agujero que servía de letrina. De madrugada temprano, en cuanto el sol salía, golpeando de frente contra las paredes de la cárcel, la letrina empezaba a gargarizar. Primero con un suspiro profundo, una especie de lamento, pero después subía y se transformaba en una risa sorda, en un eructo, y subía más y el hedor se desbordaba y trepaba por las paredes, se pegaba a la piel como si fuese liga. Estuvimos allí dos noches y un día sin que nadie se acordara de nosotros. Al principio todavía me apetecía bromear: «Podríamos escaparnos por la letrina». Las horas pasaban y la sed se hizo insoportable. Entonces, volví a pensar en la letrina. Sacudí a Zorro: «Ahora lo digo en serio. ¡De verdad que podríamos huir por la letrina!». ¿El hedor? Ya ni siquiera lo notaba. Sólo la sed. Las paredes de la celda se me echaban encima. Me quemaban. A la mañana del segundo día perdí la cabeza y me lancé contra la puerta a puñetazo y patada limpia. Un guardia apareció corriendo. Abrió la puerta hecho una furia: «Fraccionista de mierda, ¿acaso te crees que tienes criados en la cárcel? ¡A que te reviento los morros!». Me empujó con fuerza y volvió a cerrar la puerta. Me senté en el suelo y empecé a llorar. Zorro me tomó de la mano: «No llores, bailundino, las lágrimas te van a hacer falta». Por la tarde vino otro hombre: era Santiago. Sonrió y me dio una lata llena de agua:

—Me acuerdo de ti. ¡El joven camarada de la carretera de Quibala! Resulta que al final te tendríamos que haber fusilado —me dio una palmada en la espalda—. El camarada Monte quiere hablar con los dos.

El camarada Monte era un blanco pequeño y seco, con la cara chupada y el pelo desordenado. Cuando entré tenía los pies en la mesa y leía unos papeles: «¡Muy bien, jovencito!». Me miró como si se hubiese despertado justo en ese momento: «¡Quieres ser comunista y ni siquiera tienes cuerpo para aguantar los golpes...!». Se encendió un cigarrillo sosteniéndolo entre el pulgar y el dedo corazón:

—Tu amigo Neves ya lo ha cantado todo. Lo único que necesito es que me

confirmes algunos detalles.

Me enseñó una hoja de papel escrita a máquina. Era una lista con unos treinta nombres. A algunos no los conocía. De los otros estaba seguro de que si no eran militantes, al menos, eran muy cercanos a nosotros:

—No sé quienes son...

Monte aguantó el humo en la boca, se atusó el pelo de recién levantado con la mano izquierda. Parecía divertirse:

—Quédate con la hoja —dijo—, puede que después te acuerdes.

Cuando regresaba oí que alguien gritaba mi nombre. Me volví. Lay se reía para que la viera. Le vi los dientes brillar entre las rejas. Volvió a gritar:

—¡Lila!

Era nuestro código de colores. Amarillo: situación difícil, peligro, urgencia. Azul: no digas nada, guarda silencio. Rojo: entre nosotros hay un infiltrado. Negro: vete. Marrón: no hay problema. Lila: espléndido, todo ha ido bien. Habíamos aprendido aquel disparate en algún manual de lucha clandestina, pero nunca nos había servido de nada. Con todo, Lay lo adaptó con éxito a los juegos de amor.

Zorro ya estaba en la celda, con la cara cubierta de sangre seca, el labio partido: «Nada, bailundino, no te preocupes. El camarada Monte y yo hemos tenido una pequeña discusión».

Dos días después Santiago llamó a la puerta, como siempre hacía antes de entrar: «Traigo un nuevo inquilino. La habitación es pequeña, pero no os preocupéis. ¡Unidos cabéis todos!». Se rió con estruendo. Joãoquinzinho entró en pijama, agachando la cabeza para no golpearse en el techo, las manos atadas a la espalda. Esa madrugada, dos civiles armados lo sacaron de la cama: «Ni siquiera me han dejado que me vista». Joãoquinzinho mostraba con disgusto el pijama desaliñado, las chanclas llenas de barro. Habían forzado la entrada y descubierto en mi habitación la literatura producida por la OCA en quince meses de actividad. Lo suficiente para que se convencieran de que Joãoquinzinho era uno de los cerebros del movimiento. Zorro debía de ser el otro. Monte estaba decidido a arrancarles una confesión, y con Joãoquinzinho no fue difícil —se avino a todo, firmó todos los papeles que le pusieron delante. Zorro, en cambio, o se encerraba en un silencio de piedra o se divertía confundiendo a los interrogadores:

—Sí —decía—, el objetivo de la OCA es derribar al régimen. Es un régimen burgués, fascista, de inspiración colonial.

—¿Puede decirnos cuántas células existen en total?

Zorro, con aire apesadumbrado:

—No puedo porque ni siquiera lo sé. La OCA es como un cáncer. Se ha multiplicado por todas partes. Hemos montado nuestras células en el seno de organizaciones de masas, de empresas, de comunas. Incluso en las células del MPLA.

Volviéndose hacia Monte:

—Estamos aquí conversando y a lo mejor su célula del partido ya está controlada

por nosotros. Quizá usted mismo sea ya uno de los nuestros.

Monte temblaba de rabia. Empezaba a gritar, daba puñetazos en la mesa, apuntaba con la pistola a la cabeza de Zorro.

Para mí, lo más difícil de soportar era el calor. Nos pasábamos todo el tiempo en calzoncillos. Sólo teníamos un colchón, una esponja insana, tan infestada de chinches y pulgas y cucarachas que respiraba como si estuviera vivo. Dormíamos por turnos, no sólo porque no cabíamos los tres tumbados en el colchón, sino porque creíamos más importante que alguien estuviera siempre despierto: «En el silencio de la noche», explicaba Zorro, «se puede percibir mejor lo que pasa en la cárcel, pescar conversaciones, comunicarse con los otros reclusos». A mí, lo que más miedo me daba era que me mordieran las ratas. Me las imaginaba subiendo por la letrina y entrándome por la boca mientras dormía. Pero a los otros no les hablaba de eso.

Al cabo de tres semanas, cuando me llevaron por primera vez a ducharme, el pelo se me había transformado en una pasta grasienta que se podía moldear con los dedos. Abrí el grifo y el agua salió a chorro, primero oscura, roja, y luego limpia. La recogí en el hueco de las manos, me la llevé a la cara y la noté pura y fresca, como debió de haber sido al principio del mundo.

¡Dios mío, estaba vivo!

Metí la cabeza debajo del grifo y me reí. El guarda me gritó algo. Me reí para que me oyera y él se rió también. Zorro y Joãoquinzinho parecían tan eufóricos como yo. Aquel día pedimos un cubo y un trapo y limpiamos la celda, lavamos la ropa y el colchón. Pasamos a ducharnos todos los martes. El sábado nos dejaban quedarnos dos horas en el recreo, bajo el sol.

Allí me volví a encontrar con Ángel. Estaba más fuerte. Me dijo que se pasaba el día haciendo musculación y me aconsejó algunos ejercicios. A través de él tuve noticias de Lída, de Lay, de Samy y de Paulete. Ángel estaba muy bien informado. Había entablado amistad con uno de los guardias y éste le llevaba cartas para Paulete, le traía los recados, se aventuraba incluso a pequeñas indiscreciones. Me enteré de que Lída, sola en una celda, se pasaba el día escribiendo. No estaba mal instalada, teniendo en cuenta las circunstancias, e incluso podía recibir visitas.

A Samy la iban a soltar en breve. El padre, un ingeniero alemán, era una persona influyente, con amigos bien situados. El caso de Milagro de las Rosas era el opuesto: la DISA quería negociar el silencio del viejo Mattoso da Câmara, en Lisboa, proponiéndole a cambio la liberación de su hija. Eso podría demorarse un tiempo. La situación de Paulete era todavía más complicada. Había escupido a Monte a la cara durante los interrogatorios, insultado a todo el mundo y se había asumido como dirigente de la OCA.

Los días encerrado en la celda me parecían muy largos. Zorro y Joãoquinzinho hablaban poco. Zorro había improvisado un tablero de ajedrez, con chapas de botellas y cartón, y nos enseñó a jugar. Santiago, que disponía de mucho tiempo libre, aparecía con frecuencia. A veces traía la guitarra, se sentaba en un ladrillo y cantaba.

Pero sobre todo hablaba, hablaba mucho. Era capaz de quedarse horas y horas hablando solo. Se divertía con sus propias historias, relatos impresionantes, violentísimos, donde hasta los casos más prosaicos —cosas sucedidas sin gran revuelo—, adquirirían la bravura de los mitos. Creo que creía en ellas, en esas historias, pero en algunas reconocí intrigas de viejas películas. Además de la imaginación, tenía, me parece que ya lo he dicho, una memoria prodigiosa. También aprendió a jugar al ajedrez y memorizaba jugadas enteras. Mientras jugaba, Zorro intentaba estirarle de la lengua para que hablara de la situación política. Lo difícil era, después, despojar la verdad del manto de fantasía. Un día apareció con una canción nueva, una rumba llamada *Viva el imperialismo proletario*. Parecía ser un elogio a las tropas cubanas. Pero dos de los versos se referían al presidente de forma poco ortodoxa; daban a entender, además, que Santiago lo conocía íntimamente. Zorro se extrañó:

—Esa canción te va a traer mogollón de problemas. ¿Qué sabes tú de la vida íntima de nuestro superior?

Santiago se encogió de hombros:

—¡Hasta sé de qué color lleva los *diampunas*!^[60] ¿Es que no sabes que fui su guardaespaldas?

Hizo una mueca. Cantó un poco más; pasados unos minutos apoyó la guitarra en la pared. Se hizo un silencio:

—¡Esos hijos de puta me han engañado! Han ido a decirle que yo era un hombre de Nito^[61].

Nuevo silencio:

—¿Y si lo fuera qué? ¡Joder, ese tío tiene los huevos bien puestos!

Se rió y sus carcajadas llenaron la celda:

—¡Soy un hombre de Nito Alves, sí señor! Conozco bien al comandante, es amigo mío. Un tío al que respeto, con los huevos bien puestos.

Santiago. El ceño fruncido:

—Me han engañado. Me han puesto aquí a cuidar chavales. Han apaleado a los compañeros del Comité Central. Ahora quieren parar la tempestad con las manos. Creen que pueden prender al pueblo entero. Pero eso no quedará así. Estoy avisando: ¡aquí va a pasar algo!

LA FURIA

«¡Yo podría...!».

*Inscripción en una de las paredes de la celda J,
establecimiento carcelario de São Paulo, Luanda, 1977*

«No lo sé todo. Hubo cosas que nunca quise saber».

*Lídia Ferreira en una carta a Mário de Andrade
escrita en Lisboa el 30 de abril de 1981*

CAPÍTULO 1

En la madrugada del día 27 de mayo de 1977 oí el estrépito de los tiros, pero no me desperté. Casi todas las madrugadas se oían tiros: podía ser la policía persiguiendo a delincuentes o soldados divirtiéndose asustando a los amantes mal dormidos que transitaban de las camas furtivas a los brazos de sus esposas legítimas. Oí los tiros y en mi sueño empezó a llover. Llovían grandes piedras de granizo, como en Huambo, y cuando golpeaban en el suelo estallaban y aparecían saltamontes. El asfalto quedó verde, las casas quedaron verdes. Ya no llovía —por todas partes lo único que había era saltamontes. Salí a la calle y, mientras andaba, oía como los saltamontes reventaban bajo mis pies. La voz mansa de Joãoquinzinho me arrancó del sueño:

—Despierta, jovencito, está ocurriendo algo...

Los tiros estaban cada vez más cerca. Por toda la cárcel había barullo, gritos, de pronto se oyó un estruendo enorme, como si una pared se hubiese derrumbado. Joãoquinzinho estaba preocupado:

—¿Será gente de vuestra subversión?

Zorro sonrió:

—¡Eso nunca se sabe, hay tantas! Entre Marx y Lenin caben más profetas de lo que alguien sensato podría imaginar.

Encaramado a hombros de Zorro pude fisgonear por el «respiradero», un pequeño agujero abierto en la pared, casi en el techo. Veía el patio, donde flotaba una luz insegura, gente corriendo entre las sombras, armas abandonadas en el suelo.

—No sé qué puede ser —dijo Zorro—. Pero seguro que no son los nuestros: los intelectuales no forman tanto jaleo.

Pasado un tiempo, el barullo disminuyó. Oímos voces que se acercaban y un hombre nos abrió la puerta:

—Todo el mundo fuera —gritó—. Ahora vamos a separar el trigo de la paja.

En el patio ya había decenas de personas. En un grupo alejado reconocí a Lúcia, abrazada a Paulete y a Lay. Civiles armados vigilaban a los reclusos. Santiago pasó corriendo cerca de mí, gritando órdenes. Agarró a Ángel de un brazo y lo apoyó en una de las paredes. Trajeron a los demás mercenarios y a algunos jóvenes que reconocí como miembros de la Revuelta Activa.

—¡Estáis locos! —le grité a uno de los civiles armados—. ¡No podéis hacer eso...!

El hombre me miró con un odio gélido. ¡Dios mío! Nunca nadie me había mirado así. Gritó:

—¡Paja! Tú, pasa para acá.

Avanzó hacia mí abriéndose paso con la culata del arma. Me agarró del cuello y me empujó al muro. Cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, vi los almendros en flor, el sol cortando el cielo. Ángel estaba a mi lado. Sonreía:

—No tengas miedo —dijo—. Yo estoy jodido, pero a ti no te harán daño. Santiago es amigo tuyo y está con ellos. Si no me equivoco, esto es lo que se suele llamar un golpe de Estado.

Se puso serio. Se volvió hacia mí, poniéndome la mano en el hombro:

—Me caes bien —dijo—. Te voy a contar una cosa.

Y fue entonces cuando me habló de los diamantes. Se encendió un cigarrillo:

—No soy un político —dijo—, me metí en esta guerra de negros por culpa de esas piedras.

Guardó silencio un instante, mientras le daba una calada al cigarrillo. A nuestro alrededor, el lío era tremendo. Hombres de Nito arrastraban a Borja Neves, histérico, que lloraba y gritaba arrancándose la barba y el pelo. Ángel volvió a hablar. Me contó la manera en que lo habían contratado: «¡Una cartera llena de diamantes! ¿Te haces una idea de cuánto vale eso? Voy a morir, paciencia, pero quiero que encuentres esa cartera. Sal de este país y llévate a Lay y a Paulete contigo». Me dijo que un dirigente del FNLA había escondido la cartera en un coche y que había dejado el coche en el garaje de una casa, en Damba, una ciudad del norte:

—La cartera está escondida en el forro de la puerta del lado del conductor. Es un Jaguar E, descapotable, no debe de haber muchos.

Lo miré asombrado:

—¿Rojo?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Señalé a Borja Neves:

—Posiblemente sea el suyo. Le robaron el coche en Benguela.

Santiago apareció en ese instante:

—¿Qué estás haciendo ahí, camarada? ¿Es que quieres morir?

Me cogió del brazo y me empujó hasta el centro del patio. Después se volvió hacia los otros reclusos, recostados en el muro de la cárcel:

—Ya podéis empezar a rezar.

Una voz se sobrepuso a la suya, una voz de mujer:

—Déjate de mierdas, Santiago. Estamos haciendo esta revolución para acabar con todas las muertes.

Era una joven embarazada. Avanzaba poco a poco, con ambas manos sujetándose la barriga. Parecía al mismo tiempo frágil y segura. Si se miraba su cuerpo, era una chica embarazada. Si se miraba su cara, era la autoridad. Los hombres armados se separaron para dejarle paso. Se acercó a Santiago y lo abofeteó. Después se volvió a los presos:

—El que se quiera ir, que se vaya —dijo—. El que quiera seguir preso, que se vaya a su celda. El que quiera defender la revolución, que se quede con nosotros.

Miró a Ángel:

—Te he visto por televisión. Te tenían que haber fusilado dos veces: una por ser un asesino a sueldo, la otra por ser un embustero. Pero por ahora te has salvado. Más

tarde nos ocuparemos de ti y de los demás mercenarios.

Zorro vino a hablar conmigo. Con un gesto señaló a la gente de Nito Alves:

—Es como si ya estuviesen muertos —dijo—. Vamos para dentro, bailundino.

Miré hacia atrás, intentando descubrir en medio de la confusión señales de Lay.
Pero no la vi.

CAPÍTULO 2

Joãoquinzinho no estaba en la celda. Llegó al poco chorreando agua. Había aprovechado el caos para ducharse. Se sentó en la punta del colchón y empezó a cortarse las uñas de los pies con unas tijeras enormes: «Me las he encontrado ahí afuera», explicó. El sol ya estaba muy alto cuando Ángel entró en nuestra celda: «Parece ser que he vuelto a vivir», dijo; «sea lo que sea lo que haya sido esto, creo que ya ha terminado». Me extrañó que anduviese paseando por la cárcel. Ángel se encogió de hombros: «Los negros están locos. Nos mandaron a nuestras celdas, pero no cerraron las puertas. Los bandidos se han escapado. Os habéis quedado vosotros, los políticos, y nosotros, los internacionalistas remunerados».

Al caer la tarde, volvimos a escuchar por toda la prisión un enorme alarido. Gritos, insultos, carreras. La puerta se abrió con estruendo y dos soldados me lanzaron a los brazos el cuerpo de un hombre: era Santiago, la camiseta rasgada, la frente abierta, chorreando sangre. A continuación, volvieron a entrar arrastrando a Borja Neves y a un viejo que nunca había visto antes, un blanco menudo de cuerpo pero muy tieso, con un bigotillo al estilo de Clark Gable. Cerraron la puerta. Nos quedamos siete personas en una celda estrecha, todos de pie, porque era imposible que alguien permaneciera sentado. El viejo pidió disculpas por las molestias, esas fueron sus palabras. Se presentó: «Aristides Lobo d'África, coronel del ejército portugués». Había oído hablar de él: en los años sesenta había dirigido una masacre en Cassange. Había enterrado vivo a un grupo de campesinos, hombres, mujeres y niños, dejándoles sólo la cabeza fuera, y después los decapitó a todos con la trailla de un tractor.

«Esto parece una reunión», dijo Zorro. Nadie le respondió. «Una reunión mal concurrida». Zorro, hablando en dirección a Borja Neves. «El sitio para la mierda está ahí detrás». Otra vez Zorro, en voz baja, temblando de rabia. Nunca lo había visto así. Borja Neves intentó defenderse: «Estamos juntos en el mismo barco, no vale la pena crear problemas».

Ángel habló por primera vez:

—Zorro tiene razón. Mi duda es si embutir al maricón por la letrina o si cortar los cojones.

Levantó el brazo y vi el brillo de una hoja. ¡Dios mío, tenía las tijeras de Joãoquinzinho!

Santiago sólo gemía, deliraba: «*N'gila ni kokoto ku muxima*»^[62]. Joãoquinzinho intentó la reconciliación: «Por favor, señores míos, basta de palabras belicosas, verborrea podrida». Imperativo:

—¡Vamos a rezar!

Y, de hecho, empezó a salmodiar un avemaría. Santiago abrió los ojos y se unió a él. El coronel Aristides Lobo d'África hizo lo mismo.

La situación era ridícula, pero la verdad es que Ángel bajó el brazo y Zorro no volvió a pronunciar palabra.

No sé cuánto tiempo pasó. Creo que me dormí a ratos. ¿Soñé? Soñé que había caído en un pozo oscuro. El agua era espesa y estaba caliente y yo me caía dentro, me caía todo el rato, cada vez más deprisa. Después, recuerdo los gritos. Alguien gritaba. Abrí los ojos y seguía dentro del pozo, dentro del agua oscura. Oí la voz de Zorro: «¡Asesinos! ¡Es una mujer, esos tipos están torturando a una mujer!». Silencio. Y otra vez los gritos. La oscuridad. El miedo se notaba en los dedos. En la boca. En los nervios. Un corazón palpitando a mi alrededor, lento, lento. Soñé con una niña que estaba siendo devorada por una jauría de lobos. Era una niña y estaba desnuda recostada en una piedra. Los lobos, sin embargo, no parecían movidos por el odio o el furor. Eran lentos y melancólicos y aullaban y mordían como quien cumple una obligación. Entonces, la niña me miró.

Era Lay.

Soñé que me despertaba y estaba lloviendo. Oíamos caer la lluvia y casi la podíamos sentir, golpeando con fuerza en la arena del patio, fustigando los altos muros de la prisión, derramándose feroz y libre sobre toda la ciudad. Santiago me miró. También parecía estar durmiendo:

—No puede ser lluvia —dijo—. ¡En mayo no llueve!

Todavía era de noche cuando vinieron a buscar a Borja Neves. Y, después, a Zorro y a Joãoquinzinho. Y luego a Santiago. Me tumbé en el colchón al lado de Ángel y Lobo d'África se sentó en un ladrillo. Me quedé esperando a que me viniesen a buscar. Pero no vinieron. Cuando me desperté, de madrugada, vi al coronel, acucillado al lado del colchón, con la cara entre las rodillas. «¿Por qué hizo aquello?», le pregunté. Parecía que estuviera esperando la pregunta:

—Porque teníamos pocas municiones, no había catanas y con los cuchillos de monte se tardaba mucho.

Tenía una sombra de tristeza en los ojos:

—Eran malos tiempos —dijo—. Por desgracia, los días de hoy no son mejores.

CAPÍTULO 3

¿Queréis saber lo que sentí cuando abrieron la puerta y me llamaron? ¡Alivio! No sabía lo que podía suceder, pero estaba muy cansado. El miedo, el verdadero miedo, nos deja exhaustos. Me llevaron a una sala grande que sólo tenía una lámpara colgada del techo. Monte estaba sentado a la mesa, el tronco desnudo, con una pistola delante. Me miró directamente y le vi las ojeras profundas, la barba sin afeitar:

—Quítate esa ropa...

Lo dijo en voz baja, en un tono delicado, como si me estuviese pidiendo un favor.

Sólo en ese momento reparé en Zorro. Estaba tumbado en un rincón oscuro, con los brazos atados a la espalda. Parecía que dormía.

Monte volvió a hablar:

—Pues sí, chico, ya debes haberte dado cuenta de que las cosas son diferentes. Se acabó lo bueno.

Me quedé parado, sin saber qué hacer. Uno de los guardias que me había llevado allí me dio un bofetón. «¿Estás sordo? ¿No has oído al comandante?». Me desnudé y Monte me tendió un papel, el mismo que me había enseñado la vez anterior:

—Ve diciendo en alto el nombre de tus amigos y lo que hacían en esa porquería de vuestro partido.

Zorro se estremeció:

—¡No hables, bailundino!...

Monte apoyó ambas manos en la mesa. Tenía pelos en los dedos, las gruesas venas le latían:

—Empieza a cantar, chaval, tengo poco tiempo.

En esa posición no podía ver a Zorro. Pero notaba sus ojos clavados en mi espalda:

—Palabra de honor que no los conozco. No soy de Luanda.

Monte pareció relajarse. Cogió la pistola y se puso a jugar con ella:

—Creo que todavía no te has enterado —dijo—. Ahora esto va en serio.

Levantó el cañón de la pistola:

—De ahí arriba nos han dado carta blanca. Vamos a acabar con vosotros, con todos. Ya seáis fraccionistas, izquierdistas, racistas o tribalistas. ¡Con todos! No te creas que esto me hace gracia, pero alguien tiene que hacerlo.

Apuntó a Zorro:

—¿Estás viendo a tu jefe? Quiero que seas mi testigo, vas a ver cómo te suelto la lengua.

Después me miró:

—Tu novia es muy guapa. Hemos pasado la noche jugando con ella. Luego, se la entregamos a los mercenarios. Imagínate a nueve tíos de una sola vez, creo que ni el *Kama Sutra* relata algo semejante.

Sentía náuseas. Quería que aquello acabase rápido. Cogí la hoja de papel y le di los nombres, le dije quién tenía el mimeógrafo, quién nos ayudaba, lo que hacían y dónde estaban los demás compañeros. Monte iba haciéndome preguntas, atento, la cara vuelta hacia mí. No tomó notas. Cuando acabé, se reclinó en la silla y sonrió:

—¿Ves cómo no era tan difícil? No cuesta nada ser un traidor.

Se volvió hacia Zorro:

—Ya tengo la mitad de la historia, ahora tú me cuentas la otra.

Mi amigo irguió la cabeza:

—¿Por qué no te largas a tu tierra, no eres portugués? ¿No os bastan cinco siglos de explotación? Al fin y al cabo, ¿cuál es la diferencia entre tú y Lobo d'África?

Si lo que pretendía era irritar a Monte, había acertado de lleno. Cuando hoy pienso en aquello, siento pena de Zorro. El heroísmo es sólo una forma de estupidez, quizá la más peligrosa. Monte se incorporó de un salto y le dio una patada en la cara: «¡El *nguelelo!*», gritó a los guardias. Los dos hombres obligaron a Zorro a ponerse de rodillas y le aplicaron en la cabeza una especie de torniquete con dos palos y un pedazo de cuerda. Monte lo agarró del pelo estirándole el cuello hacia atrás, a la vez que apretaba el aparato. Zorro gritó:

—¡Oh, madre! ¡Madre mía!

Me tapé la cara con las manos y me vi de nuevo en un pozo, dentro del agua oscura, espesa y oscura como el lodo. Quería salir de allí. ¡Dios mío! Cuando era pequeño me inventaba los sueños. Tumbado de lado veía las sombras bailando en la pared de mi habitación y les ponía nombres. Me volvía y veía a mi abuela en la otra cama, un volumen inmenso, y el claro de luna filtrándose por las rendijas de las persianas. Me inventaba sueños, apariciones, pero cuando el miedo se hacía insoportable despertaba a mi abuela.

Monte berreaba. Golpeaba con los puños en la espalda y la cabeza de Zorro:

—¡Habla, joder, por qué no hablas! ¿Quieres que te mate?

¡Lloraba! Con el pie izquierdo sujetó el cuello de Zorro y con el otro empezó a pisotearle la cabeza. Uno de los guardas lo agarró del brazo: «Déjalo, camarada, el chico no aguanta más».

CAPÍTULO 4

«**D**e donde vengo no hay paredes. Lo que recuerdo sólo es luz. Y el mar. O, quizá, el ruido del mar. Me acuerdo que era de noche y había un pasaje. Me dijeron: “¡Ven!”. Había un cuerpo y entré.

Caminaba cabizbaja. Mi pobre cabeza, mi cuerpo. (¿Mi cuerpo?) Caminaba por dentro de la noche, oyendo el mar. Me dijeron: “El que duerme camina”. Me dijeron que el sueño es el lugar más cercano a la muerte.

Soñé con paisajes en los que nunca estuve. Alguien me instruía: “Duerme”. Alguien me susurraba al oído palabras lentas. No sé de dónde venía. Llegué de noche en un cuerpo extraño. Me miré al espejo y me vi: la otra. Miré a mi alrededor y reconocí los lugares de mi sueño. Después me dijeron: “Duerme”.

Cuando me desperté surgieron voces. Me hicieron preguntas. Querían saber de dónde venía. Y dije: “De donde vengo no hay paredes”. Fue lo que dije. La mujer se rió y vi que no tenía dientes. Entonces les hablé de la luz. Y de la noche, y del pasaje en la noche: “Había un cuerpo y entré”.

La mujer ya no reía. Me miraba muy atenta, casi asustada. Yo también. El que había allí quiso saber mi nombre. Le dije: “He tenido muchos”.

Fue difícil habituarme al ruido y a las paredes. Eso fue quizá lo más difícil».

*(Fragmento de un texto inédito de Lidia
en posesión de Paulete Ferreira.
Está fechado en julio de 1977)*

CAPÍTULO 5

Zorro estuvo un mes sin poder mover las manos. Le habían atado los brazos con tanta violencia que las cuerdas le habían arrancado la carne y cortado la circulación. Joãoquinzinho le daba la comida directamente en la boca, lo lavaba, lo ayudaba en las cosas más elementales. También pasaba horas masajeándole los brazos y creo que fue eso lo que lo salvó. El *nguelelo* le dejó profundas cicatrices en la cabeza y tenía excoriaciones por todo el cuerpo. Pero parecía más decidido que nunca.

Estuvimos ocho meses en aquella celda, sólo salíamos para ducharnos. No nos dejaban tomar el sol ni recibir visitas y las únicas noticias que teníamos de lo que pasaba fuera era a través de los guardas. Durante esos ocho meses, largos, silenciosos, Zorro sólo habló conmigo en una o dos ocasiones y siempre mediante monosílabos. La mayor parte del tiempo hacía como si yo no existiera.

A pesar de todo, tuvimos suerte. Nosotros, los del Proceso OCA. Con la gente de Nito Alves no tuvieron piedad. Murieron a miles. Algunas mañanas de *cacimbo*^[63], cansadas y veladas como un espejo viejo, vi, por el respiradero, pasar camiones llenos de muertos. Era tanto el hedor, que los guardas se tapaban la nariz con algodón embebido en perfume. Algunos se volvieron locos. Hasta la letrina ya no olía a mierda, sino a sangre. Nos dormíamos con el griterío de los torturados y nos despertábamos cuando dejaban de gritar.

CAPÍTULO 6

En enero de 1978 nos trasladaron a una celda común, la celda J, donde ya había unos cincuenta reclusos. Me acuerdo de que durante los primeros días me pareció enorme. Fue a mitad de la noche. Me indicaron una manta en el cuarto de baño, me tumbé y me dormí. Me desperté de madrugada con la sensación de que estaba al aire libre, una luz cruda me mordía los ojos. Alguien cantaba una balada muy triste:

Me voy de aquí, me voy.

Llegó mi hora, Jesús.

Me voy.

Vuelo.

Me levanté y me acerqué. El hombre estaba sentado en la penumbra, en uno de los rincones de la celda, cabizbajo, simulando tocar la guitarra mientras cantaba. Lo toqué en el hombro con la punta de los dedos:

—¿Santiago?

Levantó la cabeza:

—Conozco esa voz —dijo—. Eres el joven camarada de la carretera de Quibala.

Se rió. Su risa seguía siendo la misma:

—¿Estás asustado, verdad? Me han dicho que parezco un fantasma sin cara.

No sé lo que parecía. Le habían arrancado los ojos, la nariz y las orejas.

—Lo siento mucho. ¿Por qué no te mataron?

Me callé, horrorizado con mi propia pregunta. El desgraciado, sin embargo, volvió a reírse:

—¿Acaso crees que no?

Santiago se podía haber escondido en los *musseques*. Nadie podría haberlo sacado de Cazenga, de Rangel o incluso del mismo Marçal. Allí tenía muchos amigos, hermanos de sangre. Hombres fieles, mujeres que rezaban por él, que por él encendían velas en los altares. Podría haber huido al monte, después al Congo o a Zaire, otros debieron de haber hecho eso.

—¿Por qué no huiste?

Santiago, riendo:

—¿Huir, amigo mío? ¡Soy Tiago de Santiago!

¿Quién le arrancó los ojos? Santiago no está seguro. Monte era uno de ellos, pero no estaba solo. Primero lo llevaron a una habitación pequeña y lo sentaron enfrente de una mesa. Cuatro o cinco personas lo miraban. Santiago estaba aturdido, le habían pegado antes de empujarlo a nuestra celda y otra vez de camino al interrogatorio. Un individuo gordo empezó a hacerle preguntas. También estaba Borja Neves, Monte y

una mulata desdentada. «Todos mascullando entre dientes, menos el gordo. Un tío simpático, ese gordo».

Tavares Marques:

—¿Vamos a charlar un poco?

Quiso saber lo que llevó a Santiago a aliarse con los fraccionistas, si sabía que se habían vendido al imperialismo y que luchaban contra los intereses de Angola. Santiago lo miró y lo vio sonriendo, con un traje blanco, zapatos blancos, una copa de vino en la mano. «Agua», pidió. Tavares Marques hizo un gesto y un soldado le trajo un vaso. Santiago se enderezó en la silla y bebió lentamente, sintiendo en la boca el sabor de la sangre:

—Fraccionistas —dijo— lo somos todos. La diferencia es que nosotros somos la fracción del pueblo.

Escupió en el suelo.

—La diferencia —siguió— es que nosotros somos los hijos del pueblo y vosotros sois los bastardos del colono.

Tavares Marques lo miró con una sonrisa melancólica:

—Puede ser —convino—. Pero, sin embargo, hemos sido nosotros lo que hemos hecho este país.

Se volvió a Monte:

—Paciencia, con estos tipos no hay que tener contemplaciones. Te entrego a este hombre.

Lo apalearon hasta que se desmayó, después le pusieron la cabeza dentro de un cubo lleno de agua sucia y cuando abrió los ojos lo volvieron a golpear. Al final, alguien le enseñó una navaja. El mundo se hizo oscuro, un lugar sin luz y sin tiempo. Podían haber pasado días o sólo unas horas. Santiago no era capaz de precisarlo. Oyó una voz estridente:

—¿Sabes quién soy?

Santiago lo sabía. No podía ver, pero era como si lo viese. El cuerpo embutido en un traje oscuro, las gafas de aros gruesos, la sonrisa triste:

—Lamento sinceramente encontrarte en este estado.

Silencio. Hacía frío y había humedad. Se oía el agua goteando del techo. Aquello no era la cárcel de São Paulo.

—¿No quieres hablar conmigo?

¿Dónde estaba? Parecía que debajo de la tierra.

—¿Estoy muerto?

El otro se rió. Una carcajada corta.

—Todavía no. Me caías bien, ¿sabes? Podría habértelo dado todo, pero no perdono a los traidores. ¿Ves lo que eres ahora? Un guiñapo, vales menos que un periódico arrugado.

Santiago levantó la cara:

—¡A nosotros podrán matarnos, pero no deshonrarnos!

Nueva carcajada. Amarga. Ahora la voz se arrastraba un poco:

—Esto no es una película, Santiago. Esto es la vida. Andamos por aquí a trompicones, de la mano con los fantasmas. Pero somos nosotros los que morimos, es a nosotros a quienes nos duele. ¿Honor? ¿Tu honor se come? ¿Das de comer a los otros con tu honor? Y, un país, Santiago, ¿crees que un país se construye con el honor? ¡Un país se construye con sangre! Damos de comer a los nuestros con el hambre de los otros, compramos nuestra vida con la vida de los otros.

Se calló. Parecía muy cansado:

—Ni siquiera te mato, Santiago. Tú ni siquiera mereces morir...

CAPÍTULO 7

¿ *L* a maltrataron mientras estuvo presa?
LÍDIA: No. Si es eso lo que quieres saber, físicamente nunca me maltrató nadie.

Pero ¿la sometieron a interrogatorios?

LÍDIA: Claro, eso sí. Monte me interrogó varias veces. Siempre solo. Generalmente venían dos soldados a buscarme a la celda y me llevaban a su despacho, una sala grande, con un armario lleno de libros. En una de las paredes, detrás de la mesa, había un retrato de Agostinho Neto. En la pared de enfrente esperaba encontrarme a Marx o a Lenin, pero no, había colgada una fotografía de Vladimir Nabokov...

¿Nabokov?

LÍDIA: ¿Verdad que es raro? Un día le pregunté que para qué servía la fotografía y se rió.

(Les digo que es Engels y ellos se lo creen. ¿Se ha fijado en que nadie conoce la cara de Engels?)

Sujeta a la pared también tenía una vitrina con una colección de mariposas. A Monte le gustaba enseñarme las mariposas. En realidad, no se trataba de verdaderos interrogatorios. Creo que necesitaba hablar con alguien que lo pudiese comprender.

¿De qué hablaban?

LÍDIA: Casi siempre de literatura. Monte decía que el futuro de la literatura angoleña pasaba por la recreación de la lengua portuguesa, como decía Luandino Vieira. Yo también creía lo mismo, que era uno de los caminos. Pero también creía (y lo sigo creyendo) que Luandino creó ese estilo para escapar al estigma de la raza. Nació blanco y portugués y quería ser angoleño. No podía cambiar de raza, pero podía cambiar la raza de la lengua. Eso es lo que hizo.

(«La piel es sólo el envoltorio del alma», cito a Luandino.)

¿Te has dado cuenta de que los mejores escritores angoleños son blancos o mestizos, que los mejores escritores sudafricanos son bóeres, que los mejores escritores del mundo son judíos?

En lo que escriben hay urgencia. Sufren, están enfermos. Escriben porque necesitan saber quiénes son.

*(Entrevista a Lída do Carmo Ferreira,
Luanda, el 23 de mayo de 1990)*

CAPÍTULO 8

Recuerdo confusamente los primeros días que pasé en la celda J. Me sentía un poco aturdido. Caminaba con pasos muy cortos y me asustaba cuando los demás reclusos hacían un gesto más amplio. La celda me parecía enorme, demasiado clara y ruidosa. Al principio me vi obligado a dormir en el cuarto de baño, porque en la celda ni siquiera había espacio para extender mantas, pero hasta eso me parecía un lujo. Eramos muchos. Todo el mundo hablaba a la vez y yo no entendía lo que decían.

Me daba duchas lentas, hasta que la piel de los dedos se me ponía amarilla y esponjosa. Me sentaba en mi taburete y guardaba silencio, procurando evadirme de allí con el pensamiento. Sobre todo, lo que no quería era pensar en Lay. Intentaba reconstruir viajes. El tren, ¿te acuerdas, hermanita? Eramos pequeños y el viaje parecía no tener destinos, los días se sucedían en horizontes iguales. A veces, el tren paraba al atardecer y, escondidos detrás de las ventanas, veíamos llegar las lentas manadas de antílopes. Acudían recelosos a lamer la humedad en el hierro frío de las vías. Partíamos de madrugada y otra vez aparecía la blanca extensión de las *chanas*^[64], el tren chirriando, jadeando, el suelo ardiendo. También me gustaba pensar en la lluvia. Estaba desnudo, delante de nuestra casa, y veía acercarse la lluvia. Un viento revuelto levantaba el polvo de los caminos. Corría suelto y sucio y el cielo, de pronto, se hacía más bajo. Las *quitandeiras* palpaban el aire con la lengua. Se reían y, para mí, todo eran enigmas. Después, la lluvia caía iluminada y nacían aves de dentro de las aguas. Venían en bandadas, agitando sus alas blancas. A lo lejos se escuchaban cánticos religiosos. En el aire se instalaba el olor áspero de la vida en secreta ebullición.

¿Y Lay? Alguien me dijo que la habían soltado junto a Samy. A los pocos días, Zorro vino a hablar conmigo, me puso la mano en el hombro:

—Tienes que ser fuerte, bailundino, la chica no lo resistió.

Se mató. No sé dónde, no sé cómo fue. Nunca quise saberlo.

Andaba por la celda como un sonámbulo. Nadie me prestaba mucha atención. Otros estaban peor. Borja Neves, por ejemplo, había intentado volverse a matar. En cuanto nos trasladaron a nuestra celda, Zorro reunió a todos los presos de la OCA: «Ese hombre es un infiltrado», dijo, «aquí no cabe». Aquella noche, en el momento en que Xico Nigua recibía su ración, Zorro cayó sobre él sin contemplaciones: «Perdona», le dijo, «he tropezado». Al día siguiente, en la comida, se repitió la escena y, en la cena, otra vez. Aquello duró dos semanas. Borja Neves estaba flaco y lívido como un Cristo. En cuanto alguien se le acercaba se ponía a temblar.

Una mañana me desperté y vi una fila de minúsculas hormigas negras. Seguí a las hormigas hasta el cuarto de baño y me encontré a Borja Neves tumbado de espaldas. Las hormigas le entraban por la nariz y le salían por la oreja derecha. Llamé a uno de los guardas, pensando que estaba muerto. Pero no lo estaba. Lo llevaron a la

enfermería y al poco lo soltaron. Pero seguimos viéndolo de vez en cuando, durante los interrogatorios. Se ponía al lado de Monte y bajaba los ojos si tenía que hablar con nosotros. Se sonaba y le salían hormigas.

Me fui recuperando poco a poco. Sentado en mi rincón veía a Joãoquinzinho fabricar guitarras con latas de aceite y trozos de madera. Veía como Zorro, que había sido elegido «jefe de celda», organizaba la vida de los reclusos. Primero creó los cursos libres. Él mismo enseñaba matemáticas y contabilidad. Un joven médico, también de nuestro proceso, dirigía un seminario sobre primeros auxilios. Había un tractorista, acusado de pertenecer al FNLA, que daba clases de quicongo. Sin embargo, lo que tuvo más éxito fue un curso de astronomía. El profesor era Simon du Plessis, un teniente bóer, capturado en Quanza Sul durante la invasión militar sudafricana. Pintaba las constelaciones en el techo de la celda sirviéndose de una tinta fosforescente que él mismo había elaborado con el aceite de las conservas de pescado rusas que nos daban en la comida. Por la noche, cuando apagaban las luces, podíamos ver el universo brillando sobre nuestras cabezas.

Yo empecé a enseñar literatura angoleña. Por aquellas fechas habíamos conseguido establecer una buena relación con algunos guardas, los llamados «conductores», y ellos hacían de mensajeros, llevando y trayendo mensajes de los presos que estaban en las otras celdas. Ángel, que mientras tanto se había hecho cocinero, también andaba libremente por toda la cárcel y nunca se negó a hacernos favores. Así fue como empecé a cartearme con Lída. Le pedía opinión sobre algunos aspectos de mis clases y le mandaba poemas. Lída siempre evitó pronunciarse sobre mi lamentable actividad lírica, pero, en contrapartida, nos hizo llegar manuscritos con largas disertaciones sobre el movimiento nacionalista angoleño en el siglo diecinueve, la negritud, la literatura brasileña y alemana, que conocía bien, entre varios temas generales. Joãoquinzinho leía en alto los papeles de Lída, tarea que desempeñaba con rigor y con una extraña solemnidad. Esperaba a que todo el mundo se callase y, sólo entonces, alzaba su bonita voz de cura. Todo el mundo lo escuchaba.

CAPÍTULO 9

A continuación, Zorro inventó la «televisión». Era una caja de madera con un cristal delante. Se me ha quedado grabada en la memoria la imagen del coronel Aristides Lobo d'África, muy tieso, con la caja encima de las rodillas. El silencio era absoluto. Delante de él había sesenta hombres, entre albañiles, electricistas, ladrones sin oficio ni beneficio, funcionarios públicos, estudiantes, médicos y abogados. Casi todos angoleños, pero también un zairense, dos sudafricanos, tres portugueses y un italiano. Se sentaban en el suelo, en sus respectivos taburetes, en bancos o en ladrillos. Lo escuchaban en silencio absoluto. Con la caja encima de las rodillas hablaba de Mozart. La mayoría de aquellos hombres nunca había visto un piano. Lobo d'África hablaba de *La flauta mágica*, con los dedos correteando por el borde de la caja mientras canturreaba, conmovido, las primeras notas, con los ojos brillando por detrás de la placa de cristal. Hablaba de los vales nocturnos de Chopin y su voz se volvía ronca y crepuscular. Los hombres, delante de él, lo escuchaban con los músculos en tensión.

Me nombraron director de los servicios informativos de la «televisión». Era divertido: al principio, aún intentábamos reproducir la realidad, o lo que suponíamos que era la realidad. Elaborábamos un telediario sobre la base de las informaciones que nos proporcionaban los guardas, los familiares y los amigos que nos visitaban o que extraíamos de los escasos periódicos y revistas que conseguíamos obtener. Poco a poco, empezamos a inventar breves noticias y luego otras de mayor impacto, enredando al resto de los reclusos en un universo de ficción. Dimos la noticia de una revuelta en la Unión Soviética, del fin del Bloque del Este y de la caída del muro de Berlín.

Fidel Castro ha sufrido dos atentados...

En Estados Unidos, un grupo de indios ha secuestrado al presidente...

El gobierno angoleño está aislado internacionalmente...

Mandela ha sido liberado. El apartheid ha llegado a su fin...

Jonas Savimbi, una vez que ha perdido el apoyo de Sudáfrica, admite negociar con el gobierno. El problema es que ya no hay gobierno...

Un periódico italiano ha fotografiado al Papa en una discoteca de homosexuales...

Algunos de los presos protestaron indignados y en el telediario siguiente desmentimos la noticia.

Nuestra Señora de Fátima se le ha aparecido a un grupo de pastores dominicanos bailando merengue encima de una bananera.

Nuevo desmentido.

Agostinho Neto ha ganado el Premio Nobel de Literatura y durante la ceremonia oficial ha negado la existencia de presos políticos en Angola.

Esta información, ilustrada con una fotografía del presidente, levantó burlas y silbidos: «Esa noticia es falsa», aseguró un hombre de Lubango que había sido encarcelado bajo la acusación de comer gatos. Llamamos a Zorro para comentarle el incidente. Entonces Zorro apareció en la televisión, con el pelo húmedo y echado hacia atrás, pajarita blanca y puro, y defendió apasionadamente la obra poética de Agostinho Neto. «Aun así no me lo creo», dijo el hombre que comía gatos, «el Nobel no se lo dan a negros». Era un mulato delgado, nieto de madeirenses que en la época colonial se ganaba la vida viajando de poblado en poblado con un proyector, una gran sábana y una colección de películas de Charlie Chaplin. Se detenía en las pequeñas poblaciones donde aún no había llegado el cine y montaba el aparato y la sábana, teniendo la precaución de reservar una fila para las personalidades de la ciudad: «A este lado se colocaban los blancos», explicaba, «a este otro de la pantalla, sentados en el suelo, los negros. Venían a cientos y me traían gallinas y cabritos. Cuando terminaba la película, se ponían a bailar». Si le llamábamos la atención por la naturaleza racista de sus afirmaciones era capaz de enfadarse: «¡No soy racista!», decía con vehemencia, «pero tampoco soy daltónico».

Extraterrestres aterrizan en Brasilia. Al contrario de lo que se suponía, no hablan inglés...

Fidel Castro ha sufrido un nuevo atentado...

Dos veces a la semana los guardas abrían la celda e íbamos al patio a jugar a fútbol. Eran partidos muy reñidos, que enseguida daban origen a discusiones sin fin. También se hacían campeonatos de damas y de ajedrez. Llegué a organizar concursos literarios. Los cumpleaños eran la excusa para celebrar grandes fiestas.

Elaborábamos vino a escondidas. Alcides, un estudiante de veterinaria, natural de Bié, conseguía obtener un excelente vino blanco a base de azúcar, pan y agua. Yo mismo probé algunos licores hechos a partir de compotas de lata. Lo más fácil de hacer era el aguardiente de arroz. Además de eso, tenía la virtud de no exhalar mal olor.

Casi todos los meses, los guardas hacían un registro en las celdas y se llevaban los toneles de vino, las guitarras, las planchas, las cafeteras eléctricas y toda suerte de instrumentos fabricados por nosotros. Entonces, decidimos excavar un escondrijo, un espacio de unos cuarenta centímetros de hondo por cerca de un metro de ancho. Lo difícil fue esconder la tierra. Aquello nos dio resultado durante bastante tiempo, hasta que en una de las operaciones de búsqueda, uno de los toneles de vino explotó. Y

luego otro, y otro. Las explosiones, aunque sofocadas, crearon el pánico entre los guardas. Uno de ellos disparó contra el taburete que ocultaba el agujero, hiriendo ligeramente al coronel Lobo d'África. Cuando se dieron cuenta de lo que había pasado, se volvieron locos de furia. Nos pusieron en fila y nos golpearon con las culatas de las escopetas. Lo destruyeron todo.

En septiembre de 1979 montaron a Lída en un avión con destino a Belgrado. Oficialmente iba allí para someterse a un tratamiento, ya que sufría una úlcera de estómago. El embajador de Yugoslavia fue a despedirse de ella al aeropuerto y le entregó un pequeño paquete: «Mi hija estará esperándola», le dijo para que los hombres de la DISA que la acompañaban lo oyeran, «hágame el favor de entregarle este paquete, es un regalo». En Belgrado, además de la hija del embajador, estaba esperándola un alto representante del gobierno, un hombre que había conocido cuando estuvo exiliada en Alemania, viejo amigo de Alberto Rosengarten. El hombre la abrazó emocionado: «¡Bienvenida a la libertad!». Le sonrió: «Las autoridades angoleñas nos pidieron que te mantuviéramos bajo vigilancia, pero como tú sabes, éste es un país libre. Dentro de dos horas tienes un vuelo a Lisboa. Si te quieres quedar, te quedas, si te quieres ir, te vas».

En la cárcel sólo supimos que Lída estaba en Lisboa en vísperas de Navidad. Hicimos una gran fiesta. Fue al poco de la noche de las explosiones. Conseguimos preparar algo de vino blanco, pero no disponíamos de instrumentos. Aun así, Os Kimbandas do Ritmo, el conjunto del que Santiago era vocalista y bajo y solista, tocaron y cantaron la noche entera. Santiago estuvo mejor que nunca, no sólo cantando, sino también simulando los solos de guitarra. Xico N'Dau, un sudafricano del CNA^[65], detenido por orden de la dirección de su movimiento (nunca llegué a saber por qué) interpretó temas de jazz y de blues: «*Black Africa's always a victim / 'cause there are two super powers in this world...*».

El primer día de 1980, un capitán entró en nuestra celda en busca de Santiago. El antiguo bandolero me pidió que lo ayudara a ponerse las botas. «No vale la pena», dijo el oficial, «a donde va no necesita botas».

EL FIN

«Volver del Fuego, regresar / poco a poco / y como en fragmentos / primero
el torso / la cabeza, después los dedos / que palpan el aire / alrededor. / Con
pánico. / Enseguida el pelo, mi bonita mata de pelo / juvenil. / Regresar del
Fuego y por instantes / lúcida / brevísimos instantes. /
Y regresar al Fuego».

*Lídia Ferreira, en Un vasto silencio,
Edições A Voz do Corvo, Luanda, 1992*

CAPÍTULO 1

Cuando era niño saqué un pájaro de una pequeña jaula. El pájaro no voló. Se quedó por allí, andando en círculos, en círculos, aterrorizado por la anchura del mundo y por la enorme responsabilidad de tener que sobrevivir por sí solo. Cuando me liberaron, también me sentí así. Vagaba por las calles sin rumbo fijo. También me resultaba difícil reconocer las cosas y a la gente. Aquella ciudad ya no pertenecía a mi organismo, era una prótesis.

Una vez me llevaron a una fiesta. Me extrañó la ropa, los pantalones con pliegues y sin raya, ajustados al tobillo. Los hombres llevaban el pelo corto y las patillas recortadas a ras de las orejas. Todas las mujeres me parecían guapas, pero estúpidas, de una estupidez sólida, franca y fundamental, que contagiaba a los demás. No sabía bailar, no conocía las canciones y ni siquiera a los músicos. La gente me miraba de reojo —era lo que yo notaba, pero posiblemente ni siquiera se fijasen en mí— y evitaba conversar sobre la situación política. Incluso nuestros antiguos compañeros habían cambiado. Uno me dijo: «Mira, lo que pasó, pasó. Fueron errores de juventud, ten paciencia, tienes que olvidarlo todo y empezar una nueva vida. Haz como si no hubiera pasado nada». Era mayor de las FAPLA. Murió en Mavinga.

Fui a Huambo a visitar a mi abuela. Me la encontré en el patio cuidando la huerta. Se volvió lentamente: «¿Qué haces aquí, ya se te ha pasado la revolución?». Estaba igual que la había dejado. La casa también. Elías Justino, el viejo cocinero, me contó que unos meses antes se había despertado con un rumor de voces. Al mirar por la ventana, distinguió unos bultos armados en el patio. Fue a llamar a mi abuela: «¡Señora, prepárese, vamos a morir!». La anciana encendió todas las luces y abrió la puerta en camión: «¡Fuera de aquí!», gritó al grupo de hombres que rastreaba el patio, «¡me estáis estropeando las rosas!». Era un comando de la UNITA. El jefe se levantó y le pidió disculpas atentamente, pensaban que la casa estaba ocupada por cubanos. Elías se reía al recordar el episodio: «¡La señora es una fiera!», me dijo.

«Tus padres tenían razón». La anciana murmuró eso mientras hacía punto. No podía verle la cara. Le veía la cabeza agachada, el pelo blanco recogido en un moño. «La tenían por razones equivocadas. Vete de aquí, chiquillo. Este país no tiene destino».

—¿Y tú?

Levantó los ojos, diáfanos:

—Yo soy como la hierba, no doy fruto ni doy sombra. Y en esta tierra eso es bueno. ¡Nadie se fija en nosotros!

CAPÍTULO 2

Me encontré con Lúdia en el Jardín Tropical, junto al monasterio de los Jerónimos. Ella no me había visto nunca. Yo la había visto por primera vez en el Morro da Luz, la tarde de la independencia, y la había entrevistado, ligeramente, la mañana del 27 de mayo de 1977. Ahora estaba sentada en un banco. Detrás de ella había rosas rojas y una buganvilla explotaba como un prodigio crepuscular. Le apreté la mano sin saber qué decirle. Lúdia sonrió divertida. «Parece que no nos conocamos».

Tenía 53 años. Era una mujer guapa. Daba clases de Historia de África en la Universidad Clásica de Lisboa. «Con algún que otro disgusto», me confesó moviéndose el pelo, «pocos alumnos lo son por vocación». Le pregunté por Paulete. Volvió a sonreír: «¡Igual que siempre!». Paulete seguía escandalizando a Luanda. Vivía con un ingeniero sueco, pero aparecía por todas partes del brazo de un importante miembro del partido. Ella misma le había escrito a la tía explicándole el caso: «Uno complementa al otro, el uno sin el otro es algo que no tiene sentido, como un cigarrillo sin nicotina, o como el café sin cafeína. El amor platónico». En la misma carta decía que ahora Zorro vivía con Samy y que ambos estaban estudiando economía.

Ángel había huido a Namibia con Simon du Plessis y el coronel Lobo d'África. El mercenario, que andaba por toda la cárcel como si fuera el gerente del lugar, y que era una especie de cocinero no oficial, sacó de la enfermería varios frascos de Largactil, una droga que se utilizaba para dormir a los locos, y la usó en las comidas. Con los guardas neutralizados, liberó a Lobo d'África y a Simon du Plessis. El resto fue fácil: esperaron la llegada de un camión militar que solía traer productos frescos y huyeron llevándose al conductor. Se dice que, en algún punto de la costa, los estaba esperando un barco de la armada sudafricana. En Windhoek dieron una rueda de prensa denunciando la brutalidad con la que el gobierno angoleño trataba a sus prisioneros. Ángel dijo que le gustaría quedarse en Namibia. El coronel Aristides Lobo d'África manifestó el deseo de regresar rápidamente a Portugal.

Joãoquinzinho retomó el oficio de siempre: «Mientras haya tiempo, habrá relojes», dijo Paulete. La anciana Fina murió mientras dormía y el caserón de las Ingombotas fue ocupado por un alto funcionario de Futungo de Belas.

Borja Neves dirigía el suplemento cultural del *Jornal de Angola*: «Bebe más de lo que respira», escribía Paulete, «y está hinchado como un pez globo». Pero, a pesar de eso, o quizá por eso, había publicado recientemente un nuevo libro, una novela inmensa, con más de mil páginas, *El profeta de los cabrestantes*, la historia de un oscuro operario de cabrestantes, semianalfabeto, que inventaba rumores. Éstos, propagados por el pueblo como hechos legítimos, acababan transformando la realidad; así, el *mujimbeiro*^[66] derrotaba a la UNITA, a Sudáfrica y a los Estados

Unidos de América y hacía de Angola un país pacífico y próspero, multirracial y antirracista. Lúcia ya había leído el libro y le había gustado: «Es una utopía extravagante que enriquece nuestra literatura». A mí me parecía un disparate multiplicado por mil páginas, la obra de un ebrio que al no poder organizar la realidad según sus propios deseos, optó por erigir a su alrededor un vasto y laborioso universo de ficción (en la cárcel hacíamos lo mismo con la «televisión»).

Lúcia también había editado un nuevo libro, el segundo después de *Piedras antiguas*, lanzado en 1961, en Lisboa, con la colaboración de la Casa de los Estudiantes del Imperio, la CEI. Fue el *Fuego que duerme*, al que nadie prestó atención. En Angola, los intelectuales la ignoraban. En Portugal, los críticos-amigos-de-África, la mayoría antiguos colegas y compañeros de lucha durante los años cincuenta, pasaban por su lado sin reconocerla. Lúcia fingía aceptar la situación: «Más práctico que morir es no haber existido nunca».

En 1988 volví a Angola. Fue una visita turbulenta. Formaba parte de una delegación de jóvenes exiliados, invitados a visitar el país por iniciativa de la organización juvenil del partido. Era parte de una ofensiva política, lanzada por el gobierno con el objetivo de mantener fuera de la órbita de la UNITA a la importante comunidad angoleña de Lisboa. Pero las cosas no salieron bien, aparentemente porque alguien o alguna estructura de dentro del aparato del Estado no quería que saliese bien. Hubo una serie de incidentes y, en Lubango, una chica del grupo fue violada. A toda prisa y con escándalo nos devolvieron a Lisboa, pero en el aeropuerto me encontré a Paulete.

Había venido a presentarme a sus hijas gemelas. Gemelas, pero no idénticas. Una era muy oscura, el pelo abundante e indomable como el de la madre. La otra, rubia, de ojos claros: «Son producto de mi barriga internacionalista», dijo riendo y entonces percibí, por primera vez, que tenía las encías negras, los dientes sólidos y brillantes. La gente en Luanda me pareció cansada y triste como en un fin de fiesta. Ella no.

Cuando llegué a Lisboa me pidieron un artículo de opinión sobre Angola. Una semana después de que el artículo saliera, recibí una postal firmada por Aristides Lobo d'África. Quería que fuese a visitarlo. Vendía papagayos y otras aves exóticas en un centro comercial: «Tengo una sociedad comercial con Ángel Martínez», me explicó; «él consigue las aves en África. Yo las vendo aquí y nos repartimos los beneficios. Es un buen negocio». Era un viejo simpático. Parecía que no hubiera hecho otra cosa en la vida que vender papagayos.

CAPÍTULO 3

Después de 1988 volví a Angola varias veces. Estaba en Luanda cuando Jonas Savimbi entró en la ciudad, y en septiembre de 1992 fui a cubrir las elecciones para un periódico de Lisboa.

Zorro se conmovió cuando vio que la gente esperaba su turno en colas sin fin, ardiendo en silencio bajo la furia del sol. Estábamos en un municipio remoto de Quanza Sul y aquella gente se había vestido con sus mejores ropas de domingo.

Yo: «¡Se creen que van a misa!». En todas partes sucedía lo mismo, en las ciudades o en los *quimbos* más distantes. Zorro se puso muy serio. Dijo:

—¡Están votando contra la guerra!

Él y otros antiguos compañeros de la OCA habían formado un pequeño partido. Paulete: «Al menos, sabremos el número exacto de personas que compran libros en Angola». Ella no creía en nada. Lo que quería era bailar en los bares nuevos, erigidos en los arenales de la isla. Divertirse con los amigos en las discotecas que se multiplicaban por toda la ciudad:

—¿Democracia? Los mismos que ahora hablan de democracia, hace dos meses defendían las conquistas del socialismo. Los conozco perfectamente. Me he acostado con todos.

A pesar de eso insistió en votar:

—¡Es un voto racial, amigo, voté al eme! —pausa, el tiempo exacto para una sonrisa cómplice—. ¡Son unos hijos de puta, pero son nuestros hijos de puta!

Mucha gente pensaba lo mismo. Lídia, que había aceptado ser candidata como diputada independiente en las listas del partido de Zorro, creía que Jonas Savimbi estaba siguiéndole el juego al MPLA:

—La obsesión racial de Savimbi lo ha vuelto ciego. Cuando el menor sentido común aconsejaba que la UNITA intentase una alianza con el grupo criollo, él se lanzó a discursos de odio contra la ciudad. Ahora, hasta las personas que siempre se opusieron al régimen van a votar al MPLA para impedir una victoria de la UNITA.

A mí también me daba miedo la UNITA. Un día Zorro me pidió que lo acompañara a visitar un cuartel de las FALA^[67]. «¿Te acuerdas de un antiguo criado de Borja Neves, un tipo llamado Calandula, que se unió al MPLA y desapareció durante la ocupación de Benguela?». Me acordaba del caso.

—Pues bien —Zorro abrió los brazos, asombrado—, parece ser que fue raptado por la UNITA y que después se unió a ellos. Ahora se llama Muerte Súbita y es coronel.

André Calandula, el coronel Muerte Súbita, nos recibió en su habitación, en uno de los hoteles de Luanda. Abrazó a Zorro con efusividad. Le preguntó por Borja Neves y quiso saber cómo estaba Paulete. A pesar de su traje oscuro, de buen corte, era exactamente el tipo de hombre que resulta fácil imaginarse encabezando grupos

de guerrilleros. Hacía preguntas cortas e incisivas e iba tomando notas en un cuaderno escolar. Parecía sinceramente interesado en conocer las opiniones de Zorro sobre el proceso político.

A mitad de la conversación pidió permiso para encender la televisión. En la pantalla apareció la cara de un disidente de la UNITA. «A este lo conozco bien», dijo Muerte Súbita, «era amigo mío. Desgraciadamente se vendió al MPLA». El disidente atacaba a Jonas Savimbi. Acusaba al dirigente de la UNITA de haber matado a opositores internos. Decía aquellas cosas tan terribles con convicción, con los ojos brillantes: «Ahora quiero dirigirme a mi amigo Muerte Súbita, alias André Calandula, mi viejo amigo». Me quedé estupefacto. Zorro también. Muerte Súbita se limitó a encogerse de hombros: «No hay problema», dijo, «está interpretando su papel». El disidente levantó el dedo: «Amigo André, ¿puedes creerte que haya mujeres que vuelen de noche? ¡Ya sé que no te lo crees! Pero cuando Savimbi te mandó que detuvieras a Teresa Catalaio, fuiste a buscarla y la empujaste tú mismo a la hoguera». Nueva pausa, aquel hombre era un gran actor. No lograba apartar la vista de la pantalla. «Amigo André, sé que me estás escuchando. Lo que quiero decirte es que el tiempo del miedo se ha acabado. Se ha acabado el tiempo en que nos veíamos obligados a cometer errores. Tú también pasaste por la “cabina técnica”. ¿Por qué no vas a la playa? ¿Te da vergüenza enseñar la espalda con las marcas del látigo? El tiempo del látigo se ha acabado, André. Se ha acabado el tiempo de la hoguera. Únete a nosotros y vamos a terminar de una vez con este tiempo». Muerte Súbita apagó el aparato. Se hizo un silencio incómodo. Zorro:

—Me cuesta preguntarte esto justo ahora, pero para nosotros es muy importante saber qué hay de verdad en todas esas historias que circulan sobre la UNITA. Historias de brujería, de caza de brujas, de todo eso.

Muerte Súbita lo miró durante un rato:

—¿La verdad, *maninho*?^[68] La verdad es que África es así. Vosotros vivís en Luanda, escucháis música americana, en Navidad coméis bacalao portugués, vais a la playa los domingos y pensáis que África es eso. La verdadera África está en los *musseques*, está en el monte. Y esa África es así, no vengáis ahora a darnos lecciones.

Estaba febril, eufórico:

—Esta ciudad está podrida. Los mulatos se han hecho cargo de todo.

Zorro:

—Yo también soy mulato.

—¿Que tú también eres mulato? Eso ya lo sé, *maninho*, eres mulato pero es como si fueras negro. Queremos devolver Angola al mundo africano. Estamos luchando por la dignidad del pueblo negro de Angola. Con elecciones o sin elecciones vamos a tomar el poder. Los dirigentes del MPLA son débiles, se pasan el día bebiendo y follando. En tres días tomaremos Luanda, nos ocuparemos de Angola.

CAPÍTULO 4

Una noche nos despertamos con el repentino espectáculo del fin del mundo. La ciudad entera parecía estar explotando. Mucha gente salió a la calle en calzoncillos, con armas en la mano. El fragor sacudía los edificios. El resplandor era tal que se podía leer hasta con las cortinas echadas, los estores cerrados. Vi que algunos hombres se reían. Un vecino me llamó: «¿Aún no tenéis armas? Pues venid y escoged». Nos enseñó una habitación llena de pistolas, fusiles, ametralladoras. ¡Por Dios! Juro que hasta había obuses, lanzagranadas. Joãoquinzinho miró todo aquello con una intensa expresión de horror. Movié lentamente su enorme cabeza de buey:

—¡Aquí hay más armas que gente para matar!

Y después llegó aquel mes de noviembre. Es en noviembre cuando empieza la estación de las lluvias. ¡Dios mío, hace años! ¿Cuántos años hace que no llovía en la ciudad?

Había ido a visitar a Lída, que se alojaba en el apartamento de Paulete, y ya no salí de allí. Los tiros parecían salir de todas partes. Zorro llamó por teléfono: «Ha venido un grupo de hombres a matarme, pero los vecinos les han dicho que yo ya había huido». Bajó la voz: «No quiero que Samy lo sepa. Le he puesto un válium en la sopa y ahora está durmiendo».

Llamé a Joãoquinzinho. Su voz llegaba con eco, como si estuviese hablando desde dentro de un pozo: «Hemos hecho una barricada en el pasillo», dijo, «un obús ha entrado por la ventana del salón».

La televisión mostraba imágenes de guerra. Niños con cintas rojas anudadas en la frente, walkmans en las orejas, cinturones de municiones cruzados en el pecho. Blandían las armas al aire y bailaban delante de las cámaras. En una de aquellas imágenes me pareció reconocer a un hombre: a Monte, la barba desaliñada le trepaba desde el pecho hasta los pómulos. Poco antes de las elecciones me lo había encontrado en la calle. Vino a hablar conmigo y me abrazó: «¿No me reconoces?». Volvió a abrazarme: «Espero que no me guardes rencor, ¿OK? Agua pasada no mueve molino». Sacó un trozo de papel y escribió un número: «Es mi teléfono», dijo, «ahora estoy en Kinaxixe, llámame y quedamos para una comilona, mi esposa cocina estupendamente». Le dije que sí y el sábado siguiente, en cuanto cayó la noche en Luanda, ya estaba yo en Kinaxixe. Era el quinto piso de un edificio en ruinas que parecía estar a punto de derrumbarse en una laguna de agua podrida. La escalera no tenía pasamanos y, de vez en cuando, faltaba un peldaño. Alguien había colocado velas encendidas cada tantos y tantos escalones y la cera iba escurriéndose por el suelo. La luz bailaba y hacía que las paredes se acercasen, se alejasen y de nuevo que se acercasen. Pensé: «Este edificio está vivo y respira». Algo oscuro pasó corriendo, me golpeó con fuerza en las piernas y desapareció en el vacío, por detrás de mí. En casa de Monte había luz. El ronronear pesado del generador hacía que el suelo temblase, pero a Monte no parecía molestarle: «Uno se acostumbra a todo», dijo

mientras me conducía a la cocina. La mujer era una señora muy baja, de caderas anchas y con un pecho enorme. Pero tenía la piel de la cara lisa y brillante, y cuando sonreía era casi guapa. Se llamaba Marilinda y trabajaba de secretaria en una empresa pública. En la sala, dos adolescentes comían en silencio: «Son mis hijos», dijo Monte. Después de cenar quiso que viese su colección de mariposas, cuidadosamente guardada en cajas de zapatos, y me dio la impresión de que era para eso para lo que vivía: «Tengo ejemplares rarísimos», me aseguró.

La televisión volvió a mostrar imágenes de las calles y esa vez estuve seguro de que era Monte. El reportero se acercó a él y le acercó el micrófono; Monte se pasó el arma a la mano izquierda y lo cogió:

—¡Aquí estamos! —dijo—. Nosotros, el pueblo. Defendiendo la voluntad del pueblo, las conquistas del pueblo, la libertad, la iniciativa libre. Luanda es hoy la trinchera firme de la democracia en África...

Parecía muy cansado, las ojeras profundas, el pelo grisáceo desaliñado. El reportero le preguntó cómo estaba la situación. Monte movió los labios mostrando los dientes de ratón y yo no me di ni cuenta de que aquello era una sonrisa:

—¡Ahora se está bien...!

Lidia no quería ver la televisión. Durante esos tres días se encerró a escribir en la habitación. Más tarde leí lo que había escrito. Cosas terribles. Cuando los tiros pararon, salí con ella. Fuimos a pie hasta la punta de la isla, simulando que no veíamos la ciudad en ruinas debido a los últimos enfrentamientos. La locura rondaba a nuestro alrededor, nos extendía sus largas patas de araña. El hedor me hizo recordar el 27 de mayo. La misma furia, el mismo vértigo. Se concentraba en las esquinas, se arrastraba por el suelo, se nos subía por las piernas, por el cuerpo.

En la playa no había nadie. Nos sentamos en la arena y nos quedamos mirando los destrozos que la marea había traído. Lidia dijo: «¡El caos es prodigioso!». Dijo: «¡Hace años que no llueve!». Era verdad. Hacía varios años que no llovía en la ciudad. Al *cacimbo* le sucedía una luz más blanca. A veces, el cielo se volvía oscuro y el mar crecía ansioso en la bahía, pero las nubes pasaban y no llovía nunca. La playa estaba llena de pequeños monstruos muertos. Los cangrejos habían muerto dentro de sus armaduras transparentes. Peces blancos nos miraban con grandes ojos de agua. Lidia me cogió de la mano: «¿Qué país es éste?». A lo lejos todavía se oían tiros.

Yo quería sacarla de aquel estado:

—La esperanza es como un fuego que duerme —le dije, citando uno de sus poemas—. Lo sofocan y creen que está muerto, pero sólo duerme.

Lidia ni siquiera me escuchó:

—Ahora sé más que entonces —dijo—. Ahora sé que ocurre exactamente lo mismo que con la desesperanza.

Se llevó la mano al pelo y se lo recogió con una cinta:

—No me tomes muy en serio. El corazón de los viejos es un mineral amargo.

El lanzamiento de su último libro, *Un vasto silencio*, estaba previsto para dentro de una semana. Le pregunté si la fecha se mantenía. Lúdia hizo un gesto vago. Estuvimos mucho rato escuchando el mar. Después me levanté y me marché.

CAPÍTULO 5

«**M**e desperté ciega, en plena noche. Un pequeño rumor me despertó. Un sonido bajo, un roce de cuerpos minúsculos moviéndose bajo la cama, en el suelo, subiendo por los armarios y por las paredes. Me levanté y las sentí vivas, debajo de mis pies. Había decenas. Subían por mi pobre cuerpo de vieja oliéndome con sus antenas alargadas. Cogí varias con ambas manos, me las metí en la boca y me las tragué, como antes mordía y me comía las rosas.

(...)

Estamos en la ruina, como estas casas. Hablo de cómo estamos por dentro: de rodillas. Comidos por la lepra, el lodo, un inmenso cansancio. A algunos los sostiene el odio. A otros ni eso: esperan. Al menos a que venga el fuego y nos limpie hasta el hueso. Hasta el alma. Camino por estas calles y lo que veo son cadáveres. Están todos muertos. Hay uno que pasa a mi lado. Le digo:

—Estás muerto.

Y se ríe. Tiene la piel estirada sobre los huesos.

Entramos juntos en el Biker. Nos sentamos a la misma mesa. Yo pido un café, él una sopa. Creo que antes fuimos amigos. Me habla de ese tiempo, pero yo no me acuerdo. Me gustaría que fuera verdad: tendríamos un pasado. La luz blanda del final de la tarde atraviesa la sala y se posa en las mesas de billar. En un rincón están los viejos. Están allí incluso desde antes de la independencia. Juegan al dominó y beben en silencio. Mi compañero los señala con la barbilla. Me pregunta:

—¿Ellos también están muertos?

Están muertos hace mucho tiempo. Juegan al dominó y beben whisky tibio evitando mirarse a los ojos.

(...)

Los viejos decían que era peligroso enfrentarse a la luz del crepúsculo. Decían asustados: “El fuego se prende a la ropa”. Y hubo uno que ardió por el pelo. También hablaban de las casas calcinadas. De los árboles en llamas. La sangre, repetían, devoraba horizontes.

(...)

Mi corazón está lleno de hormigas / y de un horror sin nombre. ¿Volveré? ¿Tengo que volver contigo a las tierras ácidas? ¿Entre las sombras y el agua que quedó de nosotros?

La vida era más bonita en marzo. / La lluvia traía termitas; fiebres, y entre el lodo / y los limos / trozos de hombres armados (la guerra que nunca cupo en mí).

En el cieno había bichos minúsculos, cosas sin utilidad, incluso flores.

¿Qué ha quedado de mí en esos lugares? ¿Quién he sido? Nunca he sido de nadie. Nada en ningún sitio me espera.

Mi corazón está lleno de cansancio. Duerme en el cieno entre las flores. He muerto y nadie se ha enterado de nada».

*(Fragmentos de un texto inédito de Lília do Carmo Ferreira,
en posesión de Paulete Ferreira. No tiene fecha)*

CAPÍTULO 6

Lídia no apareció el día del lanzamiento. La estuvimos esperando —unas treinta personas—, pero no apareció. Paulete se encogió de hombros. «Bueno», dijo, «no por eso vamos a dejar de beber». Y se puso a servir whisky. Borja Neves también estaba. Insistió en recitar un poema de Lídia: «Los pequeños animales pálidos y silenciosos». Tenía la voz ronca, roída por el alcohol. Después me tomó de un brazo y me arrastró a un rincón. «¿Sabes a quién he visto hoy? ¡Al comandante Santiago!». Le dije que era imposible:

—¡A Santiago lo fusilaron!

Borja Neves posó en mí unos ojos perdidos:

—Tienes razón —dijo—. Quizá por eso lo vi con tan mal aspecto.

Empezó a hablarme de su nueva novela. Un hombre viajaba en sueños a un planeta remoto. Todas las noches, siempre que se quedaba dormido, se veía llegar al planeta donde un viejo lo esperaba para conversar con él. «Ya he escrito dos volúmenes», me dijo. En ese momento, su mujer vino a buscarlo. Era una señora muy negra y muy gorda, con un rostro inexpresivo. Lídia la llamaba *Musa paradisiaca*, el nombre científico de la bananera. «Vámonos», dijo, «ya has bebido mucho». Borja Neves la empujó con brusquedad. Me abrazó: «¿Te acuerdas de mi viejo Jaguar?». Se rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Se atragantó y empezó a toser. Se puso muy rojo, cada vez más rojo, casi púrpura. La mujer lo agarró para que no se cayese. Él volvió a apartarla. Se limpió las lágrimas con el reverso de la mano: «Me lo encontré en venta en Roque Santeiro^[69] y lo compré por cien mil quanzas. Todo partido».

—¿Puedo verlo?

Borja Neves volvió a reírse:

—¿Verlo? Lo enterré, chaval. Un *komba*^[70] como debe ser. Esta guerra todavía no había vuelto a empezar. Me fui con él hasta Caotinha y lo tiré al mar.

Me abrazó otra vez. Me dijo, arrimando la boca a mi oído:

—Era lo último que quedaba de mí.

Volví a casa de Joãoquinzinho. Hacía meses que no circulaba una gota por las cañerías, pero doña Diamantina se las ingeniaba para que yo tuviese siempre la bañera llena de un agua verde. En los rincones crecían pequeños hongos. Me desnudé, me puse unas sandalias de goma y me eché un cubo por la cabeza aguantando la respiración. Había oído decir que algunas personas habían contraído cólera sólo porque no cerraban la boca mientras se bañaban. Percibí con tristeza que del techo colgaban pequeñas estalactitas. De repente, la casa me pareció que estaba a punto de derrumbarse.

Salí a la calle angustiado. ¿Dónde estaría Lídia? Decidí pasar por casa de Paulete. Me recibió envuelta en una toalla, el pelo chorreando agua:

—¡No sé qué ha sido de ella! —me dijo, antes incluso de que yo abriese la boca

—. ¡Ha desaparecido, se ha esfumado, y ya está! Esta pariente mía tiene artes de bruja...

—¿Y las niñas?

Paulete se recostó en la pared. Se desenrolló la toalla y la dejó caer:

—Las he mandado a Lisboa —dijo—. ¿No he hecho bien?

Desnuda parecía mayor. Su cuerpo brillaba, pero no como si reflejase la luz, era como si esa luz viniese de dentro. Le dije: «¡Creo que estás ardiendo!». Se rió. Siguió riendo mientras me quitaba la ropa. Me cubrió el cuello, los brazos y el tronco con aceite de sándalo. Abrió un frasquito de cristal y sacó una pequeña baya de *jindungo*. Me lo restregó por las encías:

—Dicen que mis besos queman.

Quemaban.

¡Dios mío! ¿Dónde estaría Lída?

CAPÍTULO 7

Borja Neves tenía razón. Unos días más tarde, yo mismo vi a Santiago y hablé con él. Fue en Quinaxixe. El sol derretía el asfalto. El hedor de los muertos era algo a la vez sólido y disperso. Se notaba en los dedos como la neblina. Yo avanzaba concentrado, cabizbajo, en parte debido al hedor, en parte para no tropezar con la basura, con los cuerpos mezclados con la basura. Oí el rechinar de unos neumáticos y di un salto, justo a tiempo de evitar que una vieja moto chocase conmigo. Grité:

—¡Santiago!

Era él, unas gafas de espejo sujetas a la cabeza con cinta adhesiva. Conducía la moto. Sentado detrás iba un viejo sin brazos, la barba blanca desgreñada, los ojos rojos y brillantes como ascuas. Santiago volvió su cabeza de monstruo en mi dirección:

—Habla otra vez.

—¡El cabrón del ciego! Con razón dice mi abuela que el malo siempre aparece.

Santiago soltó una de sus famosas carcajadas:

—¿Tú por aquí?

Soltó la moto y me abrazó. Me golpeó con fuerza en la espalda. Por fin se desprendió de mí y apuntando al viejo, me lo presentó:

—¡Éste es Antoine Ninganessa!

Y añadió, como si adivinara mi emoción:

—¡El profeta en persona!

Antoine Ninganessa hizo una pequeña venia, imperturbable, y me pareció que incluso sin brazos estaba entero. Santiago empezó a contarme su vida:

—He montado un negocio con el profeta.

En realidad eran varios negocios y no todos muy lícitos. Por un lado, habían fundado una secta, la Iglesia del Cristo Negro Redentor. Los viernes por la tarde se reunían para rezar, cantar y bailar. El sábado hacían milagros:

—Grandes milagros —me aseguró Ninganessa con la voz grave—. Cosas de mucha maravilla e inspiración.

También se dedicaban a organizar *kombas* y entierros:

—Preparamos la fiesta y nos encargamos del entierro —dijo Santiago—. Ya sabes, la muerte ahora está difícil, no hay ni cajas, cuanto menos ataúdes. Entonces, nosotros, en vez de vender el ataúd, lo alquilamos.

Sólo tenían un ataúd, bonito, pintado de rosa y oro (Santiago: «Es tan bonito que hasta le hemos puesto nombre, Furgón de la Pasión.») Colocaban al muerto dentro, lo enterraban y esa misma noche volvían al cementerio:

—Lo que hacemos de día, lo deshacemos de noche. Desenterramos a Furgón de la Pasión, sacamos al muerto y lo desnudamos.

—¿Robáis a los muertos?

—¿Robar? —era Ninganessa, ofendido—. ¿No conoces la palabra del Señor?

«Así como salió, desnudo del vientre de su madre, del mismo modo saldrá de esta vida». Sí, es una dolorosa miseria que se vaya como vino.

Otro negocio rentable era la venta de bloques de hielo en el mercado Roque Santeiro. Santiago había conseguido colocar a su gente en la morgue y allí era donde fabricaban el hielo: «Son los únicos frigoríficos industriales que todavía funcionan en Luanda», se lamentó volviendo a montarse en la moto. Mientras se alejaban, abriéndose paso por entre el hedor de los muertos, todavía pude oír como Ninganessa dirigía al otro: «De frente, ahora gira a la derecha...».

CAPÍTULO 8

Cada vez era más peligroso salir a la calle. Una tarde asistí a un linchamiento. Primero pasó por mi lado un albino en una bicicleta, pedaleando como un loco. Detrás de él, tripulando un carro de helados, iban dos policías. Mientras uno conducía, el otro, acuclillado dentro de la caja de los helados, con la cabeza y los brazos fuera, disparaba una pequeña arma automática. Disparó varias ráfagas, pero sin dar en el blanco. Entonces la bicicleta chocó contra una piedra, se irguió como un ave, el albino rodó por los aires y cayó desvalido. Los policías le saltaron encima:

—¡Córtale la cabeza! —dijo el que conducía.

El otro dudó:

—¿Aquí mismo?

En ese instante apareció una mujer pequeña agitando un puñado de dólares: «¡Doy 100!», gritó. Los policías intercambiaron una rápida mirada: «¡150!». La mujer separó los billetes, los alisó con los dedos y se los entregó. El albino empezó a llorar: «¡No lo haga, señora, por piedad, tengo nueve hijos!». No le sirvió de nada. La mujer sacó una catana y le cortó la cabeza con dos golpes vigorosos. Después, la guardó en un saco de plástico y se marchó.

Fui a casa de Paulete y le conté lo que había presenciado. Ella se encogió de hombros:

—Toda la ciudad está así —explicó—. Alguien ha corrido el rumor de que el cerebro de los albinos produce un jugo capaz de curar el sida.

En el mercado Roque Santeiro ya era posible comprar dicho jugo, servido en pequeños frascos. La televisión hizo un reportaje sobre el tema. Un albino, entrevistado en su casa, protestó aterrorizado: «No soy albino, soy blanco». Y se llevaba la mano al pelo teñido de negro y desrizado, la raya en medio: «¿Lo ven? ¡Soy blanco!». En el estudio, un médico garantizó que no existía una base científica que justificase el *mujimbu*: «El cerebro de los albinos es idéntico en todo al nuestro», aseguró.

Paulete me sonrió. Se había pintado como si fuese a una fiesta. «¡A la mierda los albinos!», dijo, «te estaba esperando». Ocultó la sonrisa entre las manos:

—¡Te quiero!

Yo no la quería. Quería salir de allí, de esa casa, de esa ciudad que ya no me pertenecía.

CAPÍTULO 9

Me encontré a Joãoquinzinho sentado en el balcón, de la mano de doña Diamantina. El atardecer era intenso y triste.

Una pregunta me inquietaba desde hacía varios días:

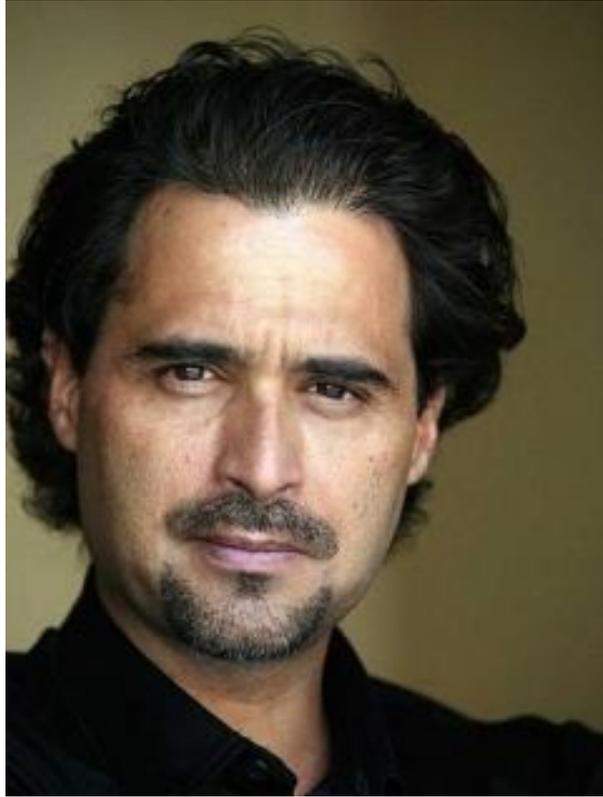
—¿Y ahora?

Joãoquinzinho hizo un gesto amplio, mostrando la casa, con las paredes comidas por las balas. La ciudad se pudría sin remedio. Los edificios con las entrañas devastadas. Los perros comiéndose a los muertos. Los hombres comiéndose a los perros y los excrementos de los perros. Los locos con el cuerpo cubierto de alquitrán. Los mutilados con la mirada perdida. Los soldados aterrorizados en medio de los escombros. Y más allá, las aldeas desiertas, los campos calcinados, las multitudes perturbadas de forajidos. Y todavía más allá, la naturaleza trastornada, el fuego devorando el horizonte.

Dije:

—¡Este país ha muerto!

*Lisboa / Luanda
26 de septiembre de 1994*



JOSÉ EDUARDO AGUALUSA (Angola, 1960), es periodista y escritor, con nueve novelas en su haber. De familia portuguesa y brasileña, pero criado en Luanda, ha hecho de la mezcla de culturas una de las reivindicaciones de sus novelas. Entre sus novelas figuran *Estación de lluvias* (1996), *Nación criolla* (1997) y *El año en que Zumbí tomó Río de Janeiro* (2002), todas ellas publicadas en España. Con *El vendedor de pasados* ganó en 2007 el Independent Foreign Fiction Prize, y ha conseguido el reconocimiento internacional a una de las trayectorias narrativas más originales y sugestivas de la literatura contemporánea.

Notas

[1] Madera con la que se hacían camas porque se creía que su intenso perfume era capaz de alejar a los chinches. <<

[2] Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Angola. (*N. de los T.*) <<

[3] Pequeña casa de campo. <<

[4] Jefe de tribu africana. (*N. de los T.*) <<

[5] Tipo de cereal cultivado en Angola. (*N. de los T.*) <<

[6] Espíritus. «Estar con los calundos»: estar de mal humor. <<

[7] Espiritu de un antepasado muy remoto y sabio. <<

[8] Carta. (*N. de los T.*) <<

[9] Colcha de lana. (*N. de los T.*) <<

[10] Concubina. <<

[11] Tela negra de luto. <<

[12] Pasta de fécula de mandioca. (*N. de los T.*) <<

[13] Plato angoleño. <<

[14] Guindilla. <<

[15] Danza angoleña creada en el s. XIX a partir del vals. (*N. de los T.*) <<

[16] Mujeres vestidas con telas a la manera tradicional de Luanda. (*N. de los T.*) <<

[17] Ejército Popular para la Liberación de Angola, el primer brazo armado del MPLA. <<

[18] Peinado. <<

[19] Suburbios de barracas. (*N. de los T.*) <<

[20] Dulce muy duro en forma de argolla. <<

[21] Vendedoras ambulantes. <<

[22] Espíritus. <<

[23] Expresión obscena en quimbundo. <<

[24] Pescadores de la isla de Luanda. <<

[25] Comerciantes del interior. <<

[26] Fiestas conmemorativas de la reconquista de Angola a los holandeses por Salvador Correia de Sá e Benevides. <<

[27] Blancos estúpidos. <<

[28] *Pulex penetrans*, parásito que entra por la piel y normalmente se instala en los dedos de los pies, donde pone huevos que provocan una fuerte comezón. <<

[29] Especie de carricoche. <<

[30] Lília Ferreira, en *Piedras antiguas*, edición de la Casa dos Estudantes do Império, Lisboa, 1961. <<

[31] Antigo aperitivo angoleño hecho a base de hojas de cola. <<

[32] Antiguamente era habitual ofrecer cola y gengibre a la chica a quien se pretendía cortejar. <<

[33] Organización Comunista de Angola, movimiento de extrema izquierda, proalbanés, compuesto esencialmente por estudiantes universitarios y jóvenes intelectuales. Fue la fuerza de izquierda más importante que se opuso al gobierno del MPLA. <<

[34] Dirección de Información y Seguridad de Angola, que más tarde dio origen al Ministerio de Información y Seguridad del Estado, MINSE. <<

[35] Cabezasos. <<

[36] Unión de las Poblaciones de Angola. (*N. de los T.*) <<

[37] Referencia a la colonización belga de la actual República Democrática del Congo, antiguo Congo Belga o Zaire. <<

[38] Profeta y nacionalista zairese, nacido en 1889 en la aldea de Nkamba. Encarcelado por las autoridades belgas, murió en 1951 en Katanga. <<

[39] Policía Internacional de Defensa del Estado. (*N. de los T.*) <<

[40] Aldeas. <<

[41] Abrazo. <<

[42] Unión Nacional para la Independencia Total de Angola. (*N. de los T.*) <<

[43] Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado. (*N. de los T.*) <<

[44] La Revuelta Activa, encabezada por Mário Pinto de Andrade, fue, junto a la Revuelta del Este de Daniel Chipenda y, posteriormente, el grupo de Nito Alves, una de las principales disidencias en el seno del MPLA. Produjo un documento firmado por muchos intelectuales que defendían una democratización mayor del movimiento y cuestionaban el liderazgo de Agostinho Neto. <<

[45] Dulce, bueno. <<

[46] Hechicero. <<

[47] Niño. <<

[48] Amigo. <<

[49] Esclavo, servicial. <<

[50] Vegetal de la familia de las cucurbitáceas muy usado en la gastronomía angoleña.

<<

[51] Aperitivo angoleño hecho a base de *jinjuba* (cacahuete), sal y *jindungo* (guindilla). <<

[52] Gente de la UNITA. (*N. de los T.*) <<

[53] Expresión en quimbundo que significa «encuentro de amigos». <<

[54] Sudafricanos. (*N. de los T.*) <<

[55] *El fuego que duerme*, Edições Atenas, Coimbra, 1982. <<

[56] *La sangre de los otros*, Edições Atenas, Coimbra, 1988. <<

[57] *Un vasto silencio*, Edições A Voz do Corvo, Luanda, 1992. <<

[58] Rumor. (*N. de los T.*) <<

[59] Gran planicie del sureste angoleño donde crecen gramíneas y pocos arbustos. (*N. de los T.*) <<

[60] Calzoncillos. <<

[61] Nito Alves, antiguo comandante de la guerrilla del MPLA en la primera región militar, cerca de Luanda. Después de la Revolución de Abril se convirtió en una figura extremadamente popular entre la población de los *musseques* de la capital angoleña. Fue el principal dirigente de una fuerte corriente de oposición a Agostinho Neto que se desarrolló en el seno del MPLA a partir de 1975. Acusado de encabezar un intento de golpe de Estado el 27 de mayo de 1977, fue detenido y fusilado. <<

[62] Verso de una canción de Fernando Sofia Rosa: «Tengo una pena inmensa en el corazón.» <<

[63] Neblina húmeda y densa que se forma al anochecer en algunas regiones africanas.
(*N. de los T.*) <<

[64] Valles anchos y planos característicos del sudeste angoleño por donde discurren los ríos. (*N. de los T.*) <<

[65] Congreso Nacional Africano. (*N. de los T.*) <<

[66] Persona que hace circular rumores. (*N. de los T.*) <<

[67] Fuerzas Armadas para la Liberación de Angola, ejército de la UNITA. <<

[68] Nombre con el que se designan entre sí los miembros del área de la UNITA. (*N. de los T.*) <<

[69] Gran mercado al aire libre. <<

[70] Ceremonia de entierro. (*N. de los T.*) <<